



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Se estaba enamorando de un misterioso texano.

Harley Fowler siempre salía sin un rasguño de las situaciones peligrosas, ya fuera en su trabajo de vaquero o en uno de los bailes del condado de Jacobsville. Hasta que conoció a la investigadora forense Alice Jones, que estaba intentando resolver un crimen relacionado con la única familia de la que Harley no quería hablar: la suya propia.

De pronto, Harley se encontró en el ojo del huracán y lo único que deseaba era proteger a Alice. Pero ella era una mujer obcecada y no sabía apreciar sus esfuerzos. ¿Qué podía hacer un rebelde como él? ¿Seducirla?

Capítulo Uno

Harley Fowler estaba absorto repasando su lista de tareas para el día, de camino a la ferretería en Jacobsville, Texas. Tanto, que se chocó con una joven mujer morena. Levantó la cabeza, sorprendido, viendo cómo ella se golpeaba con la puerta abierta.

—Había oído hablar de hombres que sólo viven para el trabajo, pero creo que esto es demasiado —dijo ella y se arregló el pelo, sintiendo que le dolía la espalda, donde se había golpeado con la puerta. Miró bien al hombre con quien se había chocado y pensó que era atractivo. La gorra de béisbol que llevaba le sentaba muy bien.

—No vivo para mi trabajo —repuso él—. Intento volver al trabajo cuanto antes, pero las compras que tengo que hacer me lo impiden.

—Eso no justifica que golpees a las mujeres con las puertas. ¿O sí?

No te he golpeado con la puerta. Tú te has tropezado conmigo —afirmó él, irritado.

De eso nada. Estabas leyendo esa hoja de papel con tanta intensidad que ni habrías visto un tren que se te viniera encima —insistió ella y miró hacia la lista que él sostenía—. ¿Tijeras podadoras? ¿Dos rastrillos nuevos? Sin duda, trabajas de jardinero —observó, fijándose en sus zapatos embarrados.

—No soy jardinero —contestó él, frunciendo el ceño con indignación—. Soy vaquero.

—¡No lo eres!

—¿Cómo?

—No tienes caballo, no llevas sombrero de vaquero y no llevas espuelas —señaló ella y le miró los pies—. ¡Ni siquiera llevas botas!

—¿Estás en tratamiento psiquiátrico o qué?

—No estoy bajo tratamiento —repuso ella con altanería—. Mi idiosincrasia es tan única que no pudieron clasificarme, ni siquiera siguiendo la última edición del DSM-IV ¡Ni mucho menos pudieron psicoanalizarme!

Ella se refería a un libro clásico de psicología empleado para diagnosticar las disfunciones mentales. Era obvio que él no tenía ni idea de qué estaba

hablando.

¿Y sabes cantar, por lo menos? —preguntó ella.

—¿Por qué iba a querer cantar? —preguntó él a su vez, atónito.

—Los vaqueros cantan. Lo leí en una novela.

¿Acaso sabes leer? —se burló él.

¿Qué te hace pensar que no?

Harley señaló hacia un cartel en la puerta de la ferretería que, con letras muy grandes, rezaba Tirar. Ella estaba intentando abrirla empujando.

La joven soltó la puerta.

—Ya lo he visto —afirmó ella, a la defensiva—. Sólo quería comprobar si estabas prestando atención —añadió—. ¿Llevas una cuerda?

—¿Por qué? ¿Quieres colgarte?

La joven suspiró con paciencia exagerada. —Los vaqueros llevan cuerdas.

—¿Para qué?

—¡Para amarrar el ganado!

—No suele haber ganado en las ferreterías —murmuró él.

—¿Y si lo hubiera? —inquirió ella—. ¿Cómo sacarías una vaca de la tienda?

—Toro. Criamos toros Santa Gertrudis de pura raza en el rancho del señor Park —informó él.

—¿Y no tenéis vacas? —quiso saber ella e hizo una mueca—. Entonces, no tendréis, terneros.

—Sí criamos terneros —repuso él, furioso—. Sí tenemos vacas. ¡Lo que pasa es que no las soltamos dentro de las ferreterías!

—Bueno, perdona —se disculpó ella en tono burlón—. Nunca dije que lo hicieras.

—Sombrero de vaquero, cuerda y vacas —murmuró él y abrió la puerta—. ¿Vas a entrar o te vas a quedar aquí? Tengo trabajo que hacer.

—¿Como qué? ¿Como golpear en la cabeza a mujeres desprevenidas?

Con impaciencia, Harley la miró bien. La joven llevaba unos bonitos pantalones, una rebeca de lana y una bolsa en la mano.

—He dicho que si vas a entrar en la tienda —volvió a preguntar él,

mientras sujetaba la puerta.

—Sí, la verdad es que sí —contestó ella, acercándose—. Necesito cinta adhesiva y pegamento y cerillas y tiza y chinchetas y cuerda de color.

—Déjame adivinar... ¿Eres constructora? —preguntó él en tono burlón.

—Oh, ella es algo mucho menos convencional, Harley—dijo el jefe de policía, Cash Grier, que acababa de llegar—. ¿Cómo estás, Jones?

—Saturada de CMs, Grier —contestó ella con una sonrisa—. ¿Quieres alguno?

—Aquí no tenemos muchos homicidios —contestó Grier, levantando las manos—. Y quiero que siga así. Estás un poco lejos de tu territorio, ¿no?

—Así es. Hayes Carson, el sheriff me pidió que viniera. Tiene un CM. Estoy trabajando en la escena del crimen, pero no he traído suficientes herramientas. Espero que esta ferretería pueda surtirme. San Antonio está demasiado lejos y yo tengo un caso del que ocuparme.

—¿Un caso? —repitió Harley, confundido.

—Sí, un caso —repuso ella—. A diferencia de ti, algunas personas somos profesionales con trabajos de verdad.

—¿Lo conoces? —le preguntó Grier a la joven. Ella miró a Harley con gesto escrutador.

—La verdad es que no. Subió las escaleras a toda velocidad y me golpeó con la puerta. Dice que es un vaquero —señaló ella y, bajando el tono de voz, añadió—: Pero, entre nosotros, estoy segura de que miente. No tiene caballo, ni cuerda, no lleva sombrero ni botas, dice que no sabe cantar y piensa que los toros pueden andar sueltos en las ferreterías.

Harley se la quedó mirando, presa de un cúmulo de emociones encontradas.

Grier soltó una carcajada.

—En realidad sí es un vaquero —lo defendió Grier—. Es Harley Fowler, el capataz del rancho de Cy Park.

—¡Imagínatelo! —exclamó ella—. ¡Sería un golpe terrible para cualquier turista que viniera a Texas el verlo vestido así! —dijo, señalando su atuendo con la mano—. ¡No podemos conservar nuestra fama de vaqueros si la gente va por ahí ocupándose del ganado con gorra de béisbol!

Grier intentó contener la risa. Harley parecía a punto de estallar.

—¡Es mejor un vaquero sin caballo que una constructora con una actitud

como la tuya! —le espetó Harley—. Me sorprendería que nadie quisiera contratarte para construir nada aquí.

—No construyo cosas. Pero podría hacerlo si quisiera —señaló ella con aire de superioridad.

—En realidad, no es constructora —intervino Grier—. Harley, ésta es Alice Mayfield Jones. Es una investigadora forense, de la oficina médica del condado de Bexar.

—¿Trabaja con muertos? —dijo Harley y dio un paso atrás.

—Con cuerpos muertos —aclaró Alice—. CMs. Y soy muy buena en mi trabajo. Pregúntale a él —añadió, mirando hacia Grier.

—Tiene muy buena reputación —admitió Grier, con ojos brillantes—. Incluso tiene su apodo. La llaman Alice el terror de los asesinos.

—Has estado hablando con Marc Brannon —acusó ella.

—Lo ayudaste a resolver un caso, cuando él era todavía Ranger de Texas —señaló Grier.

—Ahora me han mandado a un tipo nuevo, de Houston —indicó ella y suspiró—. Es muy difícil de sobrellevar. No tiene sentido del humor —dijo y miró al policía—. Un poco como tú solías ser cuando trabajabas para el fiscal del distrito en San Antonio, Grier. Un profesional solitario con mala actitud.

Oh, he cambiado mucho —aseguró Grier, sonriendo—. Una esposa y una hija pueden volvernós del revés.

—¿En serio? Si tengo tiempo, me encantaría ver a esa niña de la que hablan todos. ¿Es tan bonita como su mamá? —preguntó Alice, sonriendo.

—Oh, sí, claro que sí —afirmó Grier.

—¿Queréis dejar de hablar de niños, por favor? —pidió Harley—. Me dan sarpullido.

—Eres alérgico a las cosas pequeñas, ¿verdad? —le espetó Alice.

—Me da alergia todo lo que tenga que ver con el matrimonio —contestó Harley, lanzando a Alice una mirada cargada de significado.

—Lo siento —replicó ella, frunciendo el ceño—. ¿Esperabas que yo te pidiera que te casaras conmigo? No eres feo, pero yo soy muy exigente respecto a posibles parejas. Francamente, si estuvieras en venta en una tienda de novios, puedo asegurarte que no te compraría.

Harley se la quedó mirando, dudando si había oído bien. Grier tuvo que

darse la vuelta, se estaba poniendo morado de tanto contener la risa.

La puerta de la ferretería se abrió y salió un hombre moreno con rostro taciturno.

—¿Jones? ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡Mandaron llamar a Longfellow!

—Longfellow se ha escondido en el aseo de señoras y se niega a salir —contestó ella con gesto altanero—. Así que me mandaron a mí. ¿Y qué tienes tú que ver con el caso del sheriff Carson?

Kilraven se llevó el dedo a los labios y miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie más los oyera.

—Soy policía, trabajo en la ciudad —afirmó Kilraven.

—¡Lo siento! ¡Es tan difícil estar al día de todos estos secretos! —exclamó Alice.

Kilraven miró a su jefe y, luego, a Alice.

—¿Qué secretos?

—Bueno, aquí tenemos a un vaquero sin caballo —indicó Alice—. Y un CM en el río Carmichael..

—¿En el río? ¡Creí que era en la ciudad! ¡Nadie me había informado! —exclamó Kilraven.

—Acabo de hacerlo yo —señaló Alice—. Pero es un secreto. Se supone que no debo decírselo a nadie.

—Soy agente de la ley —insistió Kilraven—. Puedes contármelo. ¿De quién se trata?

—Sólo lo miré durante un par de minutos antes de salir a comprar material para la investigación —respondió Alice, poniéndose en jarras—. Es un hombre y está muerto. No lleva identificación, está desnudo y ni su madre reconocería su cara.

—Sus dientes pueden indicarnos...

—Para eso, debería tener dientes —replicó Alice con tono dulce.

Harley se estaba poniendo pálido.

—¿Eres aprensivo? —preguntó Alice, mirando a Harley—. Escucha, una vez examiné a un muerto a quien su novia había matado con un gancho. Luego, le cortó los... ¿Adónde vas?

Harley estaba encaminándose al interior de la ferretería.

—Al bario, supongo —adivinó Grier, sonriendo.

—¿Trabaja con ganado y es aprensivo? —inquirió Alice, maravillada—. ¡Debe de ser muy divertido verlo cuando tienen que marcar los becerros!

—Alice, todo el mundo tiene un punto débil. Hasta tú —observó Kilraven.

—Yo no tengo punto débil —aseguró ella.

—Ni vida social —murmuró Grier—. He oído que intentaste hacerle la autopsia a un pavo en Carolina del Norte, cuando estabas investigando un caso allí.

—Se lo había merecido —contestó ella.

Los dos hombres rieron.

—Tengo que volver al trabajo —informó Alice poniéndose seria—. Es un caso muy raro. Nadie sabe quién es este tipo ni de dónde viene y quien lo hizo intentó dejarlo inidentificable. Ni siquiera sé si podremos identificarlo con la prueba de ADN. Si no tiene historial criminal, no estará archivado en ninguna parte.

—Al menos, no suceden casos así a menudo —dijo Kilraven en voz baja.

—¿Cuándo vas a regresar a San Antonio? Ya has resuelto el secuestro de Pendleton y ayudaste a encerrar a esos tipejos.

—Aún quedan algunos cabos sueltos —dijo Kilraven e hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Alice y de Grier—. Tengo que seguir patrullando.

—La esposa de Brady ha hecho sopa de tomate y pan de maíz para comer. No llegues tarde —invitó Grier a su empleado.

—No tengo tiempo para eso, jefe.

—Es un buen policía —comentó Alice, mirando cómo se iba el atractivo oficial—. ¿Pero no crees que está alargando demasiado su misión aquí?— le preguntó a Grier.

—Winnie Sinclair trabaja en la centralita de la policía. Los rumores dicen que está colado por ella. Por eso no deja de encontrar excusas para quedarse —repuso Grier.

Alice esbozó gesto de preocupación.

—Pero Kilraven arrastra un pasado del que nadie sabe nada. Finge que nunca ocurrió.

—Quizá tiene que hacerlo.

—Fue terrible. Uno de los peores casos en los que he trabajado. Pobre tipo —comentó Alice frunciendo el ceño—. Nunca lo resolvieron. El asesino sigue suelto. Debe de haber vuelto locos a Kilraven y a su hermano Jon Blackhawk, no habrán podido dejar de preguntarse si habría sido alguien que conocían, alguna de las personas que habían arrestado.

—Su padre era agente del FBI en San Antonio. Después de los asesinatos, se dió a la bebida y se dejó morir. Blackhawk sigue en el cuerpo —reflexionó Grier—. Podría haber sido por un caso en el que cualquiera de los tres hubiera trabajado.

—Podría ser —afirmó ella—. Los hermanos deben de estar destrozados. Deben de sentirse muy culpables y no creo que quieran arriesgarse a que se repita de nuevo, con una nueva pareja. Por eso, evitan a las mujeres. Sobre todo, Kilraven.

—Kilraven no podría pasar por ello de nuevo —observó Grier.

—Esa tal Sinclair, ¿qué opina de él?

—No soy un cotilla.

—Dime.

—Está loca por él. Pero es muy joven —respondió Grier.

—A la larga, la edad no importa —opinó Alice—. Al menos, no siempre —añadió y abrió la puerta de la tienda—. Hasta luego, Grier.

—Hasta luego, Jones.

Alice entró en la ferretería. Harley estaba frente al mostrador, pálido y descompuesto. La miró.

—Ni siquiera lo describí con detalles —dijo ella, levantando las manos en gesto defensivo—. Y no entiendo cómo te las puedes arreglar para marcar el ganado, con tan poco estómago.

—Comí algo que no iba conmigo.

—En ese caso, no debes de traer muchos amigos, si te comes a todo el que no va contigo...

El dependiente se partió de risa.

—¡No me como a la gente!

—Eso espero. Ser caníbal es mucho peor que ser jardinero.

—¡No soy jardinero!

Alice lanzó una sonrisa al dependiente.

—¿Tiene tiza y cuerda de color? —preguntó ella—. También necesito pilas para mi cámara digital y jabón antiséptico para las manos.

Harley sonrió. Él conocía bien al dependiente. Por desgracia, Alice, no.

—Eh, John, ésta mujer investiga la escena del crimen, una de verdad —dijo Harley—. ¡Trabaja para la oficina forense de San Antonio.

A Alice le dio un vuelco al estómago.

¿De veras? —preguntó el dependiente, fascinado—. Eh, yo, veo todas las películas de detectives. Y sé lo que son las pruebas de ADN. ¡Hasta sé cómo averiguar cuánto tiempo lleva muerto un cuerpo sólo con identificar los insectos que tiene encima!

—Que tenga un buen día, señorita Jones —se despidió Harley, mientras el dependiente no dejaba de hablar.

—Ah, sí, muchas gracias —respondió ella.

Nos vemos, John —le dijo Harley al dependiente, recogió su compra y, sonriente, se digirió hacia la puerta.

—Deje que siga con lo de los insectos —continuó el dependiente con entusiasmo, sin quitarle los ojos de encima a Alice.

Alice tuvo que aguantar su monólogo agotador mientras le entregaba las cosas que había ido a comprar. Las series de televisión sobre investigaciones forenses eran culpables de que cada vez más gente estuviera dispuesta a contarle cómo tenía que hacer su trabajo. Resignada, se forzó a sonreír. No podía permitirse el lujo de hacer enemigos, sobre todo cuando podría necesitar más cosas de la ferretería. Lo que sí iba a hacer era cantarle las cuarenta al falso vaquero en cuanto volviera a verlo.

La orilla del río estaba cuajada de policías. Alice se arrodilló junto al cadáver y empezó a tomar medidas. Ya había hecho que un ayudante del departamento de policía de Jacobsville pusiera cinta amarilla alrededor de la escena del crimen.

Sin embargo, eso no disuadió a la gente, que seguía acercándose.

—Estáos quietos —murmuró Alice a dos hombres con uniforme de ayudantes del sheriff.

Ambos se pararon en seco, con un pie al aire, al oírla.

—¡No quiero que la gente entre en mi escena del crimen! La cinta amarilla está ahí para algo.

—Perdón —dijo uno de ellos y retrocedieron.

Alice se apartó de la frente un mechón de pelo empapado en sudor con la mano enguantada en látex. Era casi Navidad, pero el tiempo se había vuelto loco y hacía calor. Para colmo, aquel tipo llevaba en el río al menos un día y su cuerpo hedía.

Por milésima vez, Alice se preguntó por qué habría elegido una profesión tan complicada. Pero era muy satisfactoria cuando podía ayudar a capturar a un asesino, lo que había hecho muchas veces a lo largo de los años. Aunque el trabajo no era sustituto de la familia y la mayoría de los hombres se espantaban al conocer cuál era su profesión. Como le había pasado al vaquero en la ferretería.

Luego, venían las sonrisas forzadas. Las excusas. Siempre le pasaba lo mismo con los hombres. Normalmente, incluso antes de que terminara su primera cita. O, como mucho, la segunda.

—Apuesto a que soy la única virgen de veintiséis años de todo el maldito Estado de Texas —murmuró Alice para sus adentros.

—¿Cómo dices? —preguntó una mujer policía a su lado, con ojos como platos.

—Eso, encima mírame como si tuviera monos en la cara —siguió murmurando Alice mientras trabajaba—. Sé que soy un anacronismo.

—No es eso —repuso la policía, riendo—. Hay muchas mujeres de nuestra edad con la misma actitud. Yo no quiero contraer cualquier enfermedad rara de un hombre que pase por mi vida como un plato de cacahuets en un bar. ¿Acaso crees que ellos van a avisarte si tienen algo?

—Me gustas —dijo Alice, sonriendo.

—Gracias —contestó la mujer policía—. Creo que se trata de ser sensible —comentó y, bajando el tono de voz, añadió—: ¿Ves a Kilraven? Dicen que su hermano, Jon Blackhawk, no ha estado con una mujer en su vida. ¡Para que luego digan que nosotras somos mojigatas!

Alice rió.

—Yo también lo había oído. ¡Debe de ser un tipo muy sensible!

—Mucho —contestó la policía y siguió recogiendo cada pedazo de papel y colilla que encontraba, guardándolos en una bolsa como pruebas—. ¿Y qué hacemos con ese pedazo de tela, Jones? ¿Lo metemos también en una bolsa? Mira, tiene una pequeña mancha.

—Sí —dijo Alice—. Creo que llevaba ahí mucho tiempo, pero igual tiene

alguna huella. Ten cuidado de no tocar la mancha.

—Parece sangre, ¿no?

—Eres lista.

—Hice un doctorado en Dallas. Me cansé del crimen en la gran ciudad. Las cosas son un poco más tranquilas aquí. De hecho, éste es mi primer CM desde que me uní al departamento del sheriff Carson.

—Es un gran cambio, lo sé —comentó Alice—. Yo trabajo en San Antonio. No es el lugar más tranquilo del mundo, sobre todo los fines de semana.

Kilraven saltó la cinta policial y se acercó al cadáver.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Alice—. ¡Kilraven...!

—Mira —dijo Kilraven, clavando la vista en la hierba que había junto a la mano derecha del muerto, que tenía el puño apretado dentro del barro—. Hay algo blanco.

Alice siguió su mirada. Tardó un poco en verlo. Se movió para darle sombra y, de pronto, un rayo de sol lo iluminó. Papel. Un pequeño pedazo de papel asomando bajo el dedo gordo del muerto.

Alice se agachó y, con la mano enguantada, apartó la hierba. Había una huella junto a la mano del cadáver, tal vez de una pisada.

—Necesito mi cámara antes de tocarlo —dijo Alice.

La mujer policía le entregó la cámara a Alice, quien fotografió el hallazgo. Luego, dejó la cámara y, deslizando un lápiz con cuidado por debajo de la mano del cadáver, la apartó hasta que pudo ver el papel. Con unas pinzas, lo tomó delicadamente.

—Es un pedazo de papel doblado —observó Alice, con el ceño fruncido—. Gracias a Dios que no ha llovido.

—Sí —dijo Kilraven, sin apartar la vista del papel.

—Tienes buena vista —dijo Alice, sonriendo.

—Es por mi sangre Lakota —dijo Kilraven—. Soy un rastreador nato. Mi tatarabuelo estuvo en la batalla de Little Big Horn.

—No preguntaré de qué lado luchaba —murmuró Alice.

—No tengo nada que ocultar. Mi tatarabuelo pertenecía al grupo de Caballo Loco.

—Eh, yo he leído sobre eso —intervino la mujer policía—. Los hombres del general Custer fueron derrotados.

—Los cheyenne contaron que un oficial blanco murió en el río en el primer combate —explicó Kilraven—. El oficial fue recogido por sus hombres, pero la pérdida hizo que los ánimos decayeran y que no lucharan con tanta bravura. Tiene sentido que ese oficial hubiera sido Custer. Si hubiera habido una carga, él la habría dirigido.

—¡Nunca había leído que Custer muriera al principio de la contienda! —exclamó la policía.

—Yo sólo he leído esa historia en un libro. Entrevistaron a un guerrero que estaba en el lado indio de la batalla y afirmó que Custer había muerto en el primer asalto —afirmó Kilraven—. El lado indio de la historia ha sido ignorado hasta hace poco. Dijeron que no habían sobrevivido testigos.

¡Mentira! Hubo varias tribus de testigos. Lo que pasa es que nadie pensó que sus historias merecieran ser escuchadas después de la batalla. Y no fue una masacre —añadió antes de que la mujer policía pudiera hablar—. Masacre es cuando matas a gente desarmada. Todos los hombres de Custer tenían armas.

—¿No has pensado en hacerte profesor de Historia? —bromeó la policía.

—La enseñanza es una profesión demasiado peligrosa. Por eso me alisté en la policía —repuso Kilraven.

—Pues son buenas noticias para la ley y el orden —dijo Alice—. Tienes buena vista.

—Tú lo habrías visto antes o después Jones. Eres la mejor —replicó él.

—¡Vaya! ¿Has oído eso? Apúntalo —le dijo Alice a la mujer policía—. La próxima vez que alguien me grite por no hacer bien mi trabajo, citaré a Kilraven.

—¿Te serviría de algo? —preguntó él.

Alice rió.

—Aún te tienen miedo en San Antonio —afirmó Alice—. Uno de los viejos patrulleros, Jacobs, se pone blanco cuando alguien menciona tu nombre. Supongo que tuviste alguna diferencia con él, ¿no?

—Le lancé contra un puesto de fruta en el supermercado. Mala cosa. ¿Sabías que las moras dejan manchas moradas en la piel? —repuso Kilraven.

—Soy especialista forense —le recordó Alice—. ¿Puedo preguntar por qué le tiraste contra las frutas?

—Estábamos investigando un robo y él empezó a meterse con, uno de los novatos. Es increíble cómo un suave correctivo hace cambiar la actitud de la gente —dijo él, sonriendo.

—¡Eh, Kilraven! ¿Qué haces dentro de la escena del crimen? —le gritó Cash Grier desde el otro lado de la cinta policial.

No le regañes —gritó Alice a su vez—. Acaba de encontrar una prueba crucial. ¡Deberías darle una medalla!

Debería recibir algún premio —farfulló Kilraven mientras se encaminaba hacia su jefe—. ¡Ni siquiera tengo días libres ni vacaciones!

—Eso es porque no tienes vida social —bromeó otro de los policías.

Alice se puso en pie, mirando hacia los policías locales que rodeaban la escena, al otro lado de la cinta policial. Reconoció allí al menos dos coches de otras jurisdicciones. ¡Incluso había allí un coche federal! No era raro que en un condado tranquilo como aquél todos los oficiales que no tuvieran nada que hacer se congregaran alrededor de un evento así. No era común encontrar víctimas de asesinato en esa zona. ¿Pero qué tenían que ver los federales con un asesinato local?

Garon Grier y Jon Blackhawk, de la oficina del FBI del distrito de San Antonio, salieron de su coche oficial y traspasaron la barrera para encontrarse con Alice.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Garon.

Alice apretó los labios, mirando al director adjunto de la oficina regional del FBI, Garon Grier, y al agente especial Jon Blackhawk. ¡Vaya contraste entre los dos hombres! Garon era rubio y Blackhawk tenía el pelo largo y negro, atado en una coleta. Los dos eran altos y fornidos. Garon Grier, como su hermano Cash, estaba casado. Jon Blackhawk estaba soltero y disponible. Ella deseó ser su tipo. Era tan atractivo como su hermano Kilraven.

—He encontrado algunas pruebas. Tu hermano encontró esto —dijo ella, mirando a Jon y le tendió el pedazo de papel en la bolsa de plástico—. No lo toquéis. No voy a desdoblar el papel hasta que no esté en mi laboratorio. No puedo arriesgarme a perder ninguna huella.

Blackhawk sacó un cuaderno y empezó a tomar notas.

—¿Dónde estaba? —preguntó Blackhawk.

—Lo tenía el muerto apretado entre los dedos, fuera de la vista. ¿Por qué estáis aquí? —quiso saber Alice—. Éste es un asunto local.

—No del todo —repuso Blackhawk con cautela. Kilraven se acercó. Él y su hermano intercambiaron miradas de incomodidad.

—De acuerdo. Algo está pasando y no podéis contármelo. Está bien —señaló Alice—. Estoy acostumbrada a ser como una seta. Me dejan en la oscuridad y me alimentan con...

—No te preocupes—intervino Garon, suavizando la situación con una sonrisa—. Tenemos una pista. Nada sustancial. Sólo algo que nos interesa de este caso.

—¿Y no puedes contarme cuál es la pista?

—Hemos encontrado un coche río abajo —indicó Cash en voz baja—. Con matrícula de San Antonio.

—¿Quizá el suyo? —inquirió Alice, señalando al cadáver.

—Quizá. Estamos examinando la matrícula —repuso Cash.

—¿Y pensáis que llegó aquí solito o que alguien lo trajo en el portaequipajes? —preguntó Alice.

Los hombres rieron.

—Eres muy buena, Alice —murmuró Garon.

—Claro que lo soy! —afirmó ella—. ¿Puedes traerme un poco de masilla de París del coche? —pidió a la mujer policía—. Puede que esto de aquí sea una pisada. Gracias.

Alice continuó trabajando mientras las dos parejas de hermanos la observaban con intenso interés.

Capítulo Dos

Alice cayó en la cama en el motel de Jacobsville después de darse un baño relajante en la bañera con hidromasaje. Era increíble encontrar un artículo tan lujoso en el motel de un pequeño pueblo texano, pensó. Le habían dicho que los equipos de rodaje de Hollywood solían elegir el condado de Jacobs para sus escenarios y que el dueño del motel quería tenerlos contentos. Sin duda, eran buenas noticias para Alice.

No había estado nunca tan cansada. Habían descubierto que la escena del crimen se extendía a lo largo de medio kilómetro río abajo. La víctima había luchado por su vida. había huellas de pelea y restos de sangre por todas partes. Así que su teoría de que el cadáver había viajado en el maletero del coche se había venido abajo.

La pregunta era por qué iba alguien a llevar a un hombre a Jacobsville para matarlo. No tenía sentido.

Alice cerró los ojos, intentando ponerse en la piel del asesino. Normalmente, la gente siempre mataba por las mismas razones. Lo hacían por celos, rabia o avaricia. A veces, mataban por accidente. A menudo, era un impulso violento lo que conducía a la muerte, o una serie de actos que empujaban a una persona al límite. También era muy común que las drogas y el alcohol fueran las culpables de que la persona no pudiera controlar sus impulsos asesinos.

Pocas personas entraban en una pelea o una discusión con la intención de matar a alguien. Pero, una vez que una vida humana expiraba, no era posible dar marcha atrás. Había miles de jóvenes en prisión que hubieran dado cualquier cosa por no haber tomado una mala elección en el pasado. Lo familias sufrían por esas malas elecciones, incluidos los niños. Con frecuencia, era fácil dejar pasar el hecho de que incluso los asesinos tenían familias que sufrían por ellos y, junto a ellos, pagaban el precio de su crimen.

Alice dio vueltas en la cama, inquieta. Su trabajo le quitaba el sueño de vez en cuando. Ella y los investigadores de homicidios eran la última palabra de la víctima. Ella hablaba por sus cadáveres, reuniendo las pruebas necesarias para capturar a su asesino. Y se tomaba su trabajo muy en serio. Pero también tenía que lidiar los resultados de la falta de autocontrol del asesino. Ver un cuerpo muerto nunca era agradable. Algunos estaban en

peores condiciones que otros. Ella no podía borrar el recuerdo de esas imágenes de su memoria, igual que tampoco podrían los familiares de las víctimas.

Hacía tiempo que Alice había aprendido que no podía sentirse emocionalmente vinculada a las víctimas. Si empezaba a llorar, nunca pararía, y no sería una investigadora forense eficaz.

Encontraba cierto alivio en comportarse como el alma de la fiesta en la escena del crimen. Eso le distraía de la miseria que la rodeaba y, en ocasiones, también animaba a sus compañeros policías.

En una ocasión, Alice había invitado a un reportero a su laboratorio para ofrecerle una mirada de cerca al mundo real del investigador forense. El reportero había llegado esperando encontrarse un cadáver limpio y bien colocado sobre una mesa ordenada en un espacio de alta tecnología, como solía verse en las series de televisión.

En vez de eso, Alice destapó el cuerpo de un cadáver ahogado que había estado en el agua durante tres días.

Alice nunca volvió a ver al reportero. Los policías locales, que siempre contaban la historia entre carcajadas, le dijeron que el reportero había dimitido ese mismo día y que se había pasado al negocio inmobiliario.

Lo cierto era que la realidad era muy desagradable, pensó Alice. La televisión no podía mostrarla porque, para empezar, sus imágenes no contenían olor. A veces, ella había tenido, que meter la cabeza en un bote entero de bálsamo de eucalipto para poder trabajar con un cadáver.

Siguió dando vueltas en la cama. No conseguía dejar de pensar para poder dormir. Estaba reviviendo en su mente todo lo que había visto ese día, intentando encontrarle un sentido. ¿Por qué iba alguien a llevar a una persona fuera de la ciudad para matarla? Quizá, porque no sabía que iba a terminar matándola. Y, tal vez, la víctima se había metido en el coche voluntariamente.

Buena observación, se dijo. Pero eso no explicaba el crimen. El calor de la pasión no encajaba como explicación. Había sido demasiado deliberado. El asesino se había esforzado en ocultar las pruebas.

Alice suspiró. Deseó ser detective en vez de investigadora forense. Debía de ser más divertido resolver crímenes que meter las narices dentro de los cadáveres. Y los hombres no se fijaban en mujeres que trabajaban en cosas así, como ese vaquero que había visto en la ferretería por la tarde.

¿Cómo había dicho Grier qué se llamaba? ¿Fowler? Sí, Harley Fowler. No

era feo. Su rostro le resultaba familiar y Alice se preguntó por qué. Estaba segura de que nunca lo había visto antes. Si hubiera sido así, lo recordaría.

Quizá, el tipo se parecía a alguien que ella conocía. Era posible. Fowler. Fowler. No. No le sonaba de nada. Tendría que darle vueltas durante un par de días. A veces, sólo hacía falta dejar funcionar el subconsciente para resolver ese tipo de rompecabezas.

Tras horas de duermevela, Alice se levantó, se vistió y se fue a la escena del crimen. Estaba solitaria, sin tantos policías como el día anterior, el cuerpo estaba tumbado, esperando ser transportado a la sala de autopsias de San Antonio. Ella había llevado ya las pruebas al laboratorio criminal de San Antonio y lo había dejado en manos de Longfellow.

Alice había confiado a Longfellow el precioso pedazo de papel que podía ser una prueba crucial. Lo había desdoblado antes y había visto algo escrito. El muerto lo había apretado con fuerza en la mano mientras lo mataban y había conseguido ocultárselo a su asesino. Debía de contener algo que la víctima quería conservar desesperadamente. Increíble. Ella quería saber qué era. Al día siguiente, sin duda, Longfellow habría descifrado el papel y tendría respuestas para ella. Longfellow era una de las mejores especialistas con las que había trabajado.

En la escena del crimen, Alice miró a su alrededor. El paisaje estaba desnudo bajo el frío invierno. La policía local estaba rastreando los alrededores y buscando a cualquier persona que hubiera visto algo raro en días anteriores.

Alice caminó sola por la orilla, mirando hacia el río, mientras sus zapatillas de deporte se hundían en la arena mojada. Hacía más frío que el día anterior, el clima normal para el mes de diciembre en el sur de Texas.

A veces, podía pensar mejor cuando estaba sola en la escena del crimen. Ése no era uno de sus mejores días. Se sentía muy sola. Sobre todo después de la muerte de su padre hacía un mes. Él había sido su único pariente vivo. Su familia era de Floresville, cerca de San Antonio. Pero sus padres se habían mudado a Tennessee cuando ella había estado terminando el instituto, lo que había sido un duro golpe para ella. Había estado enamorada de un chico de su clase, pero la mudanza había impedido que salieran. Aunque ella no se había interesado demasiado por los chicos, siempre había preferido quedarse en el laboratorio de ciencias en vez de salir. Las amebas bajo el microscopio le habían parecido mucho más interesantes.

Alice se había ido de su casa poco después de la muerte de su madre y había empezado la universidad. Mucho antes de que su profesión se hiciera popular, ella había soñado con convertirse en técnico especialista en la escena del crimen.

En el instituto, había destacado en Biología. Una de sus profesoras la había recomendado para la Universidad de Texas en San Antonio y la había ayudado a encontrar becas para unir a las pequeñas cantidades que su padre podía darle. Le había llevado mucho esfuerzo conseguir licenciarse, además de hacer cursos complementarios aquí y allá cuando el tiempo y el dinero lo habían permitido. Uno de ellos, había sido un curso de Antropología Forense en la Universidad de Tennessee, en Knoxville. Mientras, había estado visitando escenas del crimen con expertos, adquiriendo experiencia.

En una ocasión, Alice había tenido mucha prisa por terminar su trabajo, pues había tenido una cita con un hombre, y se había equivocado al etiquetar una prueba de sangre, lo que había llevado a condenar al hombre equivocado. Había sido una experiencia terrible para ella, sobre todo porque el sospechoso se había librado y había matado a un niño antes de volver a ser arrestado. Ella se sentía responsable por la muerte del niño.

Desde entonces, Alice nunca más había vuelto a despistarse. Se había ganado la reputación de ser precisa y meticulosa recogiendo pruebas. Y nunca había vuelto a terminar el trabajo con prisa. Siempre era la última en irse a casa.

El ruido de un motor llamó la atención de Alice. Se giró y vio cómo un tropel de muchachos jóvenes en una ranchera paraban junto a la furgoneta de ella, a la orilla del río.

—¡Mirad ahí! ¡Una chica sola! —gritó uno de ellos—. ¿No es bonita?

—¡Claro que lo es! Eh, guapa, ¿te gustan los jovencitos? ¡Podemos hacerte feliz!

—¡Seguro! —exclamó otro, riendo.

—Eh, bonita, ¿quieres fiesta?

—No, no quiero fiesta. ¡Marchaos por ahí! —dijo Alice y se volvió hacia el río de nuevo, esperando que los muchachos se rindieran y se fueran.

—¡Oh, ésa no es manera de tratar a tus novios! —gritó uno de ellos—. ¡Ven aquí y tumbate, queremos hablar contigo! —añadió, acompañado por las risotadas de sus compañeros.

A Alice se le acabó la paciencia. No estaba de humor para adolescentes gallitos. Sacó el cuaderno y el lápiz que siempre llevaba en el bolsillo y se acercó a la parte trasera de su coche. Anotó el número de la matrícula. Llamaría a la policía local para que la ayudaran, pensó. Pero titubeó. Debía de haber una manera mejor de lidiar con ese puñado de jóvenes sin involucrar a la ley. Estaba exagerando, se dijo. Sólo eran adolescentes, nada más. Sintióse inspirada, se dirigió al lado del conductor del coche.

Se acercó a la ventanilla y se inclinó.

—Me gustan tus ruedas —dijo ella con una amplia sonrisa—. Son muy bonitas. Y anchas. Y tienen dibujos. Me encantan los dibujos —comentó y arqueó las cejas, mirándolo—. ¿A ti te gustan los dibujos?

—¿Dibujos? —repitió el joven, con expresión confundida—. ¿Dibujos... en las ruedas?

—Sí. Dibujos en las ruedas —insistió Alice y chasqueó la lengua, sonriendo de nuevo—. Realmente me gustan los dibujos de las ruedas.

—Ah. Sí. De veras —repuso él, sintiendo que estaba hablando con una loca.

Alice estaba comenzando a divertirse. Los otros chicos parecían más confundidos aún que el conductor. Todos la miraban. Nadie reía.

—No, a ti no te gustan los dibujos —repuso ella, frunciendo el ceño—. Sólo me estás tomando el pelo. De acuerdo. Si no te gustan los dibujos, puede que te guste lo que llevo en mi furgoneta—añadió, bajando el tono de voz y señalando hacia su vehículo.

El joven carraspeó.

—Puede que me guste lo que tienes en tu furgoneta —repitió él, sin saber qué decir.

Ella asintió, sonriendo y abriendo mucho los ojos. Se acercó aún más a la ventanilla.

—¡Tengo cuerpos allí dentro! —exclamó Alice—. ¡Verdaderos cadáveres! ¿Queréis verlos?

El conductor se la quedó mirando.

—Cadáveres... ¡Oh, no!

El joven pisó el acelerador a fondo y salió a toda velocidad en el coche, con sus amigotes.

—¿Será por algo que he dicho? —murmuró ella, hablando sola.

Entonces, Alice rompió a reír. De veras necesitaba tomarse unas vacaciones.

Harley Fowler vio la furgoneta aparcada a un lado de la carretera mientras trasladaba a un puñado de bueyes de un pastizal a otro. Con ayuda de Bob, el perro pastor del rancho, metió a los bueyes en el cercado y lo cerró. Un coche cargado de jóvenes pasó junto a la furgoneta, gritando. Era obvio que estaban acosando a la mujer forense. Él reconoció su furgoneta.

A Harley no le gustó nada. Sacó su pistola que llevaba en la silla de montar. Ató su caballo y ordenó a Bob que se quedara allí. Entonces, se dirigió hacia la furgoneta.

No pensaba usar la pistola, por supuesto. El mero hecho de exhibirla sería suficiente, pensó. Si algún niño decidía retarlo, él lo tumbaría con sus puños. No necesitaba una pistola para hacer valer su autoridad.

Pero, si al verla los chicos se comportaban como era debido, mejor que mejor.

Harley llegó junto a la furgoneta de Alice. Ella estaba inclinada frente a la ventanilla del conductor del otro coche. No pudo oír lo que les decía, pero oyó lo que el muchacho exclamó antes de salir a toda velocidad como alma que llevaba el diablo.

Luego, Alice se puso a hablar sola.

Harley la miró, confuso.

Alice sintió que no estaba sola y se giró. Parpadeó. —¿Llevas mucho tiempo ahí? —preguntó ella, titubeante.

—Lo suficiente para ver cómo corrían los muchachos —replicó Harley—. Ah, y para oírte preguntarle a un arbusto por qué se habían ido. ¿Hablas mucho con los arbustos en tu trabajo?

Alice lo escrutó con curiosidad, sobre todo la pistola que llevaba en la cartuchera.

¿Ibas de camino a un duelo y has parado para saludar?

—Estaba ocupándome de los bueyes —contestó él—. Oí a los adolescentes acosándote y he venido para ver si necesitabas ayuda. Es obvio que no.

—¿Pensabas dispararlos por mí?

Nunca he tenido que disparar a ningún niño —replicó él con énfasis, sonriendo.

¿Y has disparado a otras personas?

—A una o dos —respondió él, sin sonreír.

Alice sintió un escalofrío al verlo con la pistola. Harley no parecía el vaquero simplón que había conocido en la ferretería. Era extraño, pero le recordaba a Cash Grier, por razones que no podía explicarse. Tenía algo de frío acero. Tenía la seguridad de hombre que había sido puesto a prueba en el campo de batalla. Era algo poco común en un hombre moderno. A menos que hubiera estado en el ejército o algo parecido, reflexionó ella.

—No disparo a las mujeres —Señaló él, al ver que Alice no decía nada.

—Bien —replicó ella con aire ausente—. No llevo vendas.

Harley se acercó. Parecía conmocionado.

¿Estás bien? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Eso supongo —contestó Alice, incómoda.

Te importa decirme qué les dijiste para que se fueran tan rápido?

—Ah. Eso. Les pregunté si querían ver los cadáveres que había dentro de mi furgoneta.

Harley parpadeó. No estaba seguro de haber oído bien.

¿Cómo dices?

Alice suspiró.

—Supongo que me pasé un poco. Iba a llamar a Hayes Carson para que viniera a salvarme, pero me pareció un poco excesivo para una tontería de adolescentes.

—Deja que te diga algo —indicó Harley, sin sonreír—. Una tontería de adolescentes puede convertirse en acoso y, si nadie hace nada, puede llegar a ser un asalto, incluso cuando no hay drogas ni alcohol de por medio. Los chicos necesitan límites, sobre todo a esa edad. Debiste haber llamado a Haynes Carson para que los asustara.

—Vaya, hablas como si supuestas mucho sobre eso.

—Y así es. Cuando yo tenía dieciséis años, un chico acosaba a una chica de nuestra clase continuamente después del instituto y se reía de mí cuando yo no quería colaborar con él. Pocas semanas más tarde, después de que la chica había intentado, sin conseguirlo, que alguien la ayudara, él la violó.

—Vaya, qué horrible.

—Sí. Abrieron un expediente al maestro que había pensado que yo había estado exagerando cuando había advertido sobre ello —añadió Harley.

—Vivimos tiempos difíciles —comentó ella—. Aún tengo el número de la matrícula —señaló Alice, mirando hacia donde había estado aparcado el coche de los jóvenes.

—Dáselo a Hayes y cuéntale qué paso —la animó Harley—. Aunque no presentes cargos, él se encargará de vigilarlos. Por si acaso.

Alice lo miró, escrutadora.

—A ti te gustaba esa chica.

Sí. Era dulce y amable. Ella...

¿Ella qué? —le instó a seguir Alice, acercándose.

—Se suicidó —repuso él—. Era muy religiosa. No pudo soportar lo que había pasado, sobre todo después de tener que testificar en el juicio y que todo el mundo lo supiera.

—Esos expedientes suelen ser secretos...

Sé realista —la interrumpió él—. Ocurrió en un pueblito a las afueras de San Antonio, no mucho mayor que Jacobsville. Yo estaba viviendo allí temporalmente con una amable pareja de personas mayores e iba al colegio con ella cuando sucedió. La gente sentada en el jurado y en el público eran todos del pueblo. La conocían.

—¿A cuánto tiempo condenaron al muchacho?

—Era menor —respondió él—. Tenía menos de dieciocho. Lo tuvieron bajo tutela hasta que cumplió veintiuno y luego lo dejaron libre.

—Una pena.

—Sí —contestó Harley y meneó la cabeza, como queriendo quitarse el recuerdo de la cabeza—. No he vuelto a saber nada más de él. Espero que se haya ido al diablo.

—¿Crees que se arrepintió?

—Se arrepintió de que lo atraparán, sí —señaló él, con una risa de amargura.

—He visto a muchos tipos de éstos en los juicios —comentó ella, recordando—. Gallitos y egoístas, desprecian a todo el mundo a su alrededor. Sobre todo, si tienen un puesto de poder.

—El poder corrompe a la gente.

—Ajá.

—¿Se te ha ocurrido algo sobre la escena del crimen? —preguntó él.

Alice negó con la cabeza.

—Me gustaría quedarme sola junto al río. Y pensar. A veces, se me ocurren cosas —afirmó ella—. Aún no puedo entender cómo murió aquí, cuando era de San Antonio, a menos que viniera voluntariamente con alguien y no supiera que lo iban a matar.

—Igual vino a ver a alguien —opinó él—. Y le tendieron una emboscada.

—Vaya —dijo ella—. Eres bueno.

—Gracias —repuso él, sonrojándose ligeramente—. No, en serio —insistió ella al ver su expresión—. No lo digo en broma.

Harley se relajó un poco,

—Hemos tenido un mal comienzo y es culpa mía —admitió Alice—. Los cadáveres me ponen nerviosa. Me pongo mejor cuando empiezo a documentar las pruebas. Pero, nada más verlos, me siento muy disgustada. Me conociste en un mal momento, en la ferretería. No pretendía hacerte sentir avergonzado.

Nada me hace sentir avergonzado.

—Lo siento de todos modos.

Alice frunció el ceño mientras lo miraba. Era un hombre atractivo.

Me resultas muy familiar. No entiendo por qué. No nos hemos conocido antes.

—Dicen que todos tenemos un doble —comentó él—. Alguien que se nos parece.

Quizá sea eso —aceptó Alice—. San Antonio es una gran ciudad. Hay mucha gente. Tú debes de parecerte a alguien que he visto.

Es probable.

Alice volvió a mirar hacia la escena del crimen.

Espero que pueda reunir las pruebas suficientes para que alguien sea condenado por esto. Fue un asesinato realmente brutal. No me gusta pensar que la gente capaz de cosas así ande suelta.

Harley la observó, contemplando su bonita figura y su extraña personalidad. Era una mujer única. Le gustaba.

—¿Cómo te metiste en este trabajo? —quiso saber él—. ¿Fue por las series de televisión?

Fue por la serie Quincy —confesó ella—. Solía verla cuando era niña. Me

fascinaba. Él me gustaba, pero era su trabajo lo que más me llamaba la atención. Era un gran defensor de las víctimas. Recuerdo la primera vez que las pruebas que había recogido consiguieron resolver un crimen. Fue mi primer caso. Los padres de la víctima se acercaron a abrazarme cuando el abogado les habló de mí. Yo siempre iba a los juicios de los casos en los que había trabajado, si podía. Ésa fue la primera vez en que me di cuenta de lo importante que era mi trabajo —señaló y sonrió—. El condenado me maldijo cuando salía del juzgado, escoltado por el sheriff. Yo le sonreí. Me sentí bien. Muy bien.

Harley rió. Era la primera vez que ella le oía reír. —¿Hace eso que te resulte menos extraña? —preguntó ella, dando un paso hacia él.

—Sí.

—¿Crees que soy... normal?

—Nadie es normal del todo. Pero sé a qué te refieres —replicó él y sonrió—. Sí, creo que estás bien.

Alice levantó la cabeza hacia él, con los ojos brillantes.

—No te lo vas a creer, pero los actores más guapos de Hollywood se pelean por salir conmigo.

—¿Ah, sí?

—No. ¿Pero a que suena bien?

Harley rió de nuevo.

—Eso que dije, sobre no comprarte si estuvieras a la venta en una tienda de novios... No lo decía en serio. Hay un anillo precioso en la joyería de Jacobsville —comentó ella con aire soñador—. Un anillo de hombre —añadió, mirándolo con coquetería—. Podría comprártelo.

—¿De veras?

—Sí. Y me he dado cuenta de que la iglesia metodista tiene un cura. ¿Eres metodista?

—La verdad es que no.

—Ni yo. Bueno, hay un juzgado de paz en el Ayuntamiento. Casan a la gente.

Harley siguió escuchándola, con los ojos como platos.

—Si te gusta el anillo y si te queda bien, podemos ir a hablar con el juez de paz. También extienden licencias de matrimonio.

—Vaya —dijo él al fin—. Sólo nos conocemos desde ayer.

—Lo sé —dijo ella, parpadeando—. ¿Qué tiene que ver eso con casarse?

—No te conozco.

—Ah. Bien. Tengo veintiséis arios. Aún no se me han caído los dientes — señaló ella y se los mostró—. Sigo estando sana y en forma. Me gusta tejer, pero también sé cazar y tengo pistola. No me gustan las espinacas, pero me encantan el hígado y las cebollas. Ah, y soy virgen —añadió, sonriendo.

Harley se quedó sin habla, mirándola.

—Es verdad —aseguró ella cuando vio que él no decía nada—. Bueno, ya sabes, no me gustan las enfermedades y nunca puedes estar segura de si un hombre está sano —indicó y titubeó un momento—. ¿Tú estás...?

Sí, estoy sano —afirmó él—. ¡Las mujeres me parecen un fastidio!

¡Qué alivio! —exclamó ella y suspiró—. Bueno, entonces estamos de acuerdo en lo básico —comentó y lo miró sonriendo—. Entonces, ¿cuándo vamos al juzgado de paz?

Hoy, no —replicó él—. Tengo que lavar a Bob.

¿Bob?

Harley señaló al perro pastor que lo esperaba al otro lado del cercado. Silbó y Bob corrió hasta él, moviendo la cola..

—Hola, Bob —saludó Alice y se agachó para tenderle la mano. Luego, le acarició la cabeza—. Buen chico.

—Chica —le corrigió él—. Bob es una chica. Alice parpadeó confusa.

—El señor Parks dice que si Johnny Cash pudo tener un hijo llamado Sue, él puede tener una perra llamada Bob.

—Tiene razón —observó ella y acarició al perro con cariño—. Eres una belleza, Bob.

—Sí que lo es. Además es el mejor perro pastor del lugar y puede meterse en lugares entre los arbustos donde nadie puede, para azuzar al ganado.

—¿Vienes de una familia de rancheros? —preguntó ella con aire ausente mientras seguía acariciando al perro.

—La verdad es que no sabía mucho sobre ganado cuando empecé a trabajar para el señor Parks. El hizo que uno de sus hombres me enseñara.

—Vaya. Un buen tipo.

—Lo es. Peligroso pero bueno.

—¿Peligroso? —preguntó Alice, frunciendo el ceño.

—¿Sabes algo sobre Eb Scott y su indumentaria?

—El mercenario señaló ella—Todos sabemos que tiene un campo de entrenamiento por aquí. Un par de oficiales nuestros utilizan su campo de tiro. Él se lo deja usar a la policía. Tienen amigos en nuestro departamento.

—Bueno, pues el señor Parks, el doctor Micah Steele y él formaban parte de un grupo que solían ganarse la vida como mercenarios.

—¡Ahora me acuerdo! —exclamó ella—. ¡Hubo un tiroteo con la gente del narcotraficante López, hace unos años!

—Sí. Yo estaba allí.

—Qué valiente por ir contra esos asesinos. Llevan armas automáticas —comentó Alice.

—Ya me di cuenta.

—Ahora de verdad quiero que vayamos al juzgado de paz —señaló ella, mirándolo con admiración—. Contigo estaría segura en cualquier parte.

—No soy tan fácil —contestó él, riendo—. Ni siquiera me has regalado flores, ni me has llevado a cenar a un restaurante caro.

—Ah, cariño.

—¿Qué?

—No me pagan hasta el viernes y estoy arruinada —confesó ella con aire triste—. Bueno, tal vez la semana que viene. O podríamos pagar a medias... Harley rió.

—Yo también estoy arruinado.

—¿La semana que viene entonces?

—Ya lo hablaremos.

—Bien —dijo ella, sonriendo.

—Es mejor que te vayas en tu coche —aconsejó él, mirando al cielo—. Va a llover. Podrías quedarse atrapada en el barro.

—Sí. Hasta luego.

—Hasta luego.

Alice corrió hacia su coche. La vida le sonreía, pensó contenta.

Capítulo Tres

Harley regresó al rancho, a caballo, con Bob corriendo detrás. Se sentía feliz por primera vez en años. Lo habitual era que se enamorara de chicas que estaban locas por otro hombre. Él solía ser para ellas sólo un hombro en el que llorar. Pero a Alice Jones parecía gustarle de veras.

Por supuesto, su profesión era un problema, pensó Harley y se quedó frío sólo de imaginarla tocando tejido muerto. Era una barrera que tendría que superar de algún modo. Quizá, lo conseguiría si se concentraba en lo guapa que era.

Cy Parks estaba fuera, observando unos cuantos toros en el corral. Miró a Harley cuando éste desmontó.

—¿Qué crees, Harley? —preguntó Cy, señalando hacia los jóvenes toros de raza Santa Gertrudis.

—Son bonitos —dijo Harley—. ¿Son los que compraste en la subasta en octubre? ¡Cómo han crecido!

—Sí. Los compré para vendérselos a J. D. Langley. Está buscando toros jóvenes para su rebaño. Pensaba venderle un par de ellos. Menos mal que no he tenido que devolverlos.

—Menos mal para el vendedor —dijo Harley, riendo—. Recuerdo el grupo que devolvimos el año pasado. Tuve que ayudarte a entregarlos.

—Sí, me acuerdo —replicó Cy—. Él te gritó a ti y yo le grité a él.

A Harley le complacía gustarle a Cy tanto como para que lo defendiera. Apenas podía acordarse de su padre. Había perdido el contacto con él siendo aún muy niño. Se sintió un poco raro al recordar cómo había mentido a su jefe, contándole que su madre solía ayudar a marcar el ganado y que su padre era mecánico. En realidad, se había ido a vivir con una pareja que conocía, después de una pelea con sus verdaderos padres. Su madre adoptiva sí había tenido un pequeño rancho y su marido había sido dueño del taller mecánico del pueblo.

En la actualidad, el ganado era su vida, pensó Harley. Y el señor Parks había tomado el rol de padre. Algún día, iba a tener que contarle la verdad sobre su familia. Pero todavía, no.

—¿Has tenido problemas cambiando a los bueyes de cercado? —preguntó

Cy.

—Ninguno. La investigadora forense estaba en el río.

—¿Alice Jones?

—Sí. Dice que, a veces, le gusta merodear por la escena del crimen sola. Se le ocurren ideas —contó Harley, sonriendo—. Yo la ayudé, dándole una idea de cómo podía haberse cometido el crimen.

Parks lo miró y sonrió.

—Eres inteligente, Haynes.

—Gracias.

—¿Y cuál fue tu idea?

—Le dije que, tal vez, la víctima había venido a ver a alguien y le tendieron una emboscada.

El gesto de Parks se tomó serio.

—Es una teoría interesante. Si ella no la comparte con Haynes Carson, tú deberías hacerlo. Puede que alguien del lugar esté implicado.

—Ese no es un pensamiento muy reconfortante.

—Lo sé —dijo Parks y frunció el ceño al darse cuenta de que Harley se había puesto la pistola—. ¿Ha habido algún tiroteo al que no he sido invitado?

¿Por esto? —preguntó Harley, tocándose el arma—. ¡Oh, no! Unos muchachos del pueblo estaban intentando acosar a Alice. Me puse la pistola para causar más impresión cuando fui a ayudarla, pero ella se ocupó del problema solita.

—¿Los amenazó con llamar a la policía, eh?

—Los invitó a mirar los cadáveres que tenía dentro de la furgoneta—le corrigió Harley, riendo—. Los chicos salieron pitando.

—¡Bien! Parece que esa Alice sabe cuidarse.

—Sí. Pero todos necesitamos un poco de ayuda de vez en cuando —observó Harley.

Cy le puso la mano en el hombro.

Tú fuiste mi apoyo esa noche en que hubo el tiroteo con los narcotraficantes. Eres bueno en los tiroteos.

—Gracias —dijo Harley, sonrojándose un poco por el cumplido—. Me

sentí muy bien por poder ser de ayuda.

—Lo sé. Oye, échale un vistazo a ese furgón de ganado, ¿de acuerdo? Creo que está estropeándose de nuevo y tú eres el mejor mecánico que tenemos.

—Lo haré. Pero no se lo digas a Buddy —pidió Harley—. Se supone que él es el mecánico.

Se supone, sí —replicó Cy—. Imagino que tienes razón. Intenta decírselo con tacto, por favor. Dile que eche un vistazo a las bujías.

Podrías decírselo tú —propuso Harley.

No tan bien como tú. Si se lo digo yo, dimitirá —afirmó Cy, haciendo una mueca—. Ya he perdido un mecánico así este año. No puedo permitirme perder otro. Díselo tú.

Harley rió.

—De acuerdo. Encontraré el modo de decírselo.

—Siempre lo haces. No sé qué haría sin ti, Harley. Eres un capataz increíble —alabó Cy, observando al joven—. Nunca te he preguntado de dónde vienes. Me dijiste que conocías el ganado, pero no, era verdad. Aprendiste mirando, hasta que le pedí al viejo Cal que te enseñara. Siempre admiré el esfuerzo que ponías en aprender. Pero sigues siendo un misterio para mí, igual que el día en que llegaste.

—A veces, es mejor mirar hacia delante y no al pasado —replicó Harley.

—No digas más. Hasta luego —se despidió Cy, sonriendo.

—De acuerdo.

Cy caminó hacia la casa donde su esposa, Lisa, estaba esperando, con un hijo en edad preescolar y un bebé en brazos. Harley nunca había esperado que el señor Parks se casara. El ranchero siempre había sido malhumorado y poco agradable. Lisa lo había cambiado y le había convertido en un hombre de familia. El matrimonio le había dulcificado el carácter.

Harley pensó en lo que le había dicho Parks, respecto a lo misterioso que era. Quizá, Parks pensaba que era un forajido de la ley. Pero era todo lo contrario. Él huía de su familia. Se había hartado de gente importante y de padres que pensaban que la posición social lo era todo. Había discutido acaloradamente con ellos un verano, hacía años, cuando había tenido dieciséis, sobre su falta de interés en la vida social de la familia. Y se había marchado.

Harley había tenido un amigo cuyos tíos habían tenido un pequeño rancho

y un taller mecánico en Floresville. Su amigo se los había presentado y ellos le habían invitado a quedarse. Se había inscrito en el instituto más cercano y su vida había comenzado de cero. Sus padres se habían opuesto, pero no le habían obligado a regresar a casa. Él se había graduado y se había alistado en el ejército. Luego, había ido a visitar a sus padres y había comprobado que nada había cambiado. Ellos habían esperado que cumpliera con su papel dentro de la familia, ganándose la amistad de personas influyentes y poderosas. Esa misma noche, él se había ido de nuevo, había comprado un coche de segunda mano con el poco dinero que había tenido y se había lanzado al mundo, a buscar trabajo como vaquero.

Entonces, Harley había ido a visitar a la pareja de ancianos con los que había vivido, pero la mujer había muerto, el rancho había sido vendido y el hombre se había mudado a Dallas. Desanimado, se había dirigido a Jacobsville y allí había visto a unos hombres reuniendo ganado junto a la carretera. Había hablado con ellos y le habían dicho que Cy Parks buscaba peones para su rancho.

Harley sabía que despertaba la curiosidad de la gente. Pero él guardaba silencio. Era mucho mejor sentirse aceptado por quién era y por lo que sabía hacer, en vez de por su familia. Era feliz en Jacobsville. Algunas veces, se preguntaba si su gente lo echaría de menos. Solía leer sobre ellos en las páginas de sociedad de las revistas. Hacía poco, había leído que un amigo de su padre había ganado un puesto importante en política. Pero pensaba que aún era pronto para contactar con ellos de nuevo, aunque habían pasado años desde la última vez que se habían visto. No. Le gustaba ser el sencillo Harley Fowler, vaquero. No iba a arriesgar por nada del mundo el lugar que se había forjado en Jacobsville.

Alice esperó a Hayes Carson en su despacho, frunciendo el ceño mientras miraba a su alrededor. Pósters de delincuentes buscados. Montones de papeles. Un ordenador obsoleto y una impresora todavía más obsoleta. Una vieja máquina de escribir eléctrica. Una papelera de metal que tenía aspecto de haberse llevado unas cuantas patadas. Ella meneó la cabeza. No había ni una sola foto en la habitación, excepto la del padre de Hayes, Dallas, que había sido sheriff antes que él. No había ningún objeto personal.

Hayes entró, leyendo una hoja de papel.

—Viajas ligero de equipaje, ¿verdad? —comentó Alice.

Hayes levantó la vista, sorprendido.

¿Por qué dices eso?

—Este es el despacho más impersonal que he visto. Espera —dijo ella y levantó la mano—. Lo retiro. El despacho de Jon Blackhawk es peor. Él ni siquiera tiene una foto.

Mi padre se me aparecería de entre los muertos si quitara esta foto —dijo Hayes, riendo, y se sentó tras su escritorio.

—¿Sabes algo de los federales?

—Sí, Tienen algo sobre el coche. Una mujer que trabaja para un político en San Antonio informó de su desaparición. No tiene ni idea de quién se lo llevó.

—Maldición —dijo ella y suspiró—. Bueno, Longfellow está trabajando con el pedazo de papel que encontré en la escena del crimen y puede que averigüemos algo de la huella que había en el barro. Era una huella de pisada, de una zapatilla de deporte. Se la envié al FBI. Ellos investigarán qué compañía hizo el zapato e intentarán descubrir dónde se vendió.

—Eso es muy complicado.

—Oye, hemos resuelto casos basándonos sólo en fragmentos de pintura.

—Supongo que sí.

Es raro lo sucio que estaba ese papel que tenía el cadáver en la mano —comentó ella, absorta en sus pensamientos.

—Alguien debió de pisarlo.

No —negó ella—. El muerto lo tenía oculto en la mano, bien apretado.

Haynes frunció el ceño.

—¿Crees que la víctima lo estaba ocultando de forma deliberada?

—Sí. Como si hubiera sabido que iba a morir y quisiera dejarnos una pista para encontrar al asesino.

—Jones, ves demasiadas series de televisión —se buró Haynes.

—La verdad es que, después de escuchar al dependiente de la ferretería, no veo las suficientes —replicó ella y suspiró—. Me dio una conferencia de diez minutos sobre entomología forense mientras me buscaba lo que le había pedido.

—¿Entomología forense?

Alice asintió.

—Puedes averiguar la hora de la muerte mediante la actividad de los insectos. Lo cierto es que he tomado cursos sobre eso. Y he resuelto al menos un asesinato con la ayuda de un experto en el tema —informó ella y se apartó un mechón de pelo de la cara—. Pero lo verdaderamente interesante, Carson, son los dientes.

—¿Dientes?

—La dentadura—repuso Alice, asintiendo—. Puedes averiguar mucho sobre un cadáver por sus dientes, sobre todo si tiene informes dentales. Por ejemplo, la corona de Carabelli suele encontrarse en personas de antepasados europeos. Y los nativos americanos suelen tener un tipo de premolar superior llamado utoazteca. También puedes identificar origen asiático por las paletas incisivas... Además, de todos modos, toda tu historia está en tus dientes. Tu dieta, tu edad.

—Y si te metiste en peleas de bar —interrumpió Haynes.

Te faltan algunos dientes, ¿verdad? —preguntó ella, riendo.

—Un par de ellos. Ahora que estoy llegando a la vejez me he calmado un poco.

Kilraven y tú —comentó ella.

Él no. Kilraven nunca se calmará, te lo aseguro —dijo él, riendo.

—Podría hacerlo, si consiguiera calmar sus demonios interiores —opinó ella y frunció el ceño—. Tenemos aquí a muchos agentes de la ley que trabajan en San Antonio —dijo, pensando en voz alta—. Está Garon Grier, de la oficina de policía de San Antonio.

Está Rick Márquez, que trabaja como detective para el fiscal de San Antonio. Y está Kilraven.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo estoy reuniendo los hechos. A veces, ayuda. Un tipo viene aquí desde San Antonio— y lo matan. Conduce el coche robado de otra persona. Está tan desfigurado que ni su propia madre podría reconocerlo. Quienquiera que lo matara no quería que lo identificaran.

—Podría haber muchas razones para eso.

—Quizá. Escucha. Estoy estableciendo asociaciones —dijo ella y se levantó, dándole vueltas a la cabeza—. De todos los agentes de la ley, Kilraven ha sido quien más ha llamado la atención en San Antonio últimamente. Estaba con su hermano, Jon, mientras intentaban resolver el secuestro de Gracie Marsh, la hermanastra de Jason Pendleton...

—Ahora es esposa de Pendleton —interrumpió él con una sonrisa.

—Kilraven también estuvo relacionado— con el rescate de Rodrigo Ramirez, el agente de la Brigada Antidroga secuestrado, cuya esposa era ayudante del fiscal del distrito en San Antonio.

Hayes se recostó en su asiento.

—Eso no había sido hecho público —comentó él. Alice asintió con aire ausente.

—Rick Márquez también ha sido bastante llamativo —señaló Hayes y frunció el ceño—. ¿Acaso no es Rick quien ha estado intentando convencer a Kilraven de reabrir el caso de asesinato relacionado con su familia?

—Ahora que lo pienso; sí —replicó ella—. Kilraven se negó. Dijo que no serviría más que para reabrir la herida y que los medios de comunicación se regocijarían con ello. Tanto él como Jon se negaron. Los dos pensaron que había sido un crimen no premeditado y que el asesino había volado.

—Pero ahí no acaba todo.

—No —dijo ella—. Márquez se negó a abandonar el caso. Prometió que haría su trabajo y que no diría ni palabra sobre ello, excepto al detective que había elegido para ayudarlo a buscar en los viejos archivos —afirmó—. Pero la investigación no llegó a ninguna parte. Cuando no llevaban más de una semana trabajando en ello, Márquez y su ayudante fueron forzados a dejarlo.

—Vaya, qué interesante —comentó Hayes.

—Y hay más. Márquez y el detective fueron al fiscal del distrito y prometieron que conseguirían suficientes pruebas como para reabrir el caso, si les permitían continuar. El fiscal del distrito les respondió que hablaría primero con algunas personas. A la semana siguiente, el detective que estaba trabajando con Márquez fue sacado de Homicidios y enviado a la división uniformada como sargento de patrulla Y a Márquez le ordenaron, educadamente, que sacara sus narices del asunto y que no investigara más.

—¿Sabes? Suena como si alguien importante no quisiera, que el caso se reabriera —observó Hayes con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

—Alguien teme que el caso sea resuelto —dijo ella—. Si no me equivoco, es alguien con mucho poder dentro del gobierno.

—Y los dos sabemos qué pasa cuando se abusa del poder. Hace años, cuando yo era aún ayudante del sheriff, uno de mis compañeros decidió

investigar por su cuenta los rumores de que había una casa de prostitución en un motel local. Como un tonto, fue a la asamblea del condado y sacó el tema delante de todos.

Alice hizo una mueca porque sabía, por su experiencia, lo que habría pasado después.

—¡Pobre tipo!

Bueno, lo despidieron y lo echaron del pueblo —prosiguió Hayes—. Luego, me llamaron a mí y me dijeron que no debía continuar el caso si quería seguir siendo ayudante del sheriff. Ya sabes, yo les dije que ningún agente de la ley debería ser despedido por algo así.

¿Y qué hiciste? —preguntó Alice, pues sabía que Hayes no era el tipo de hombre que se dejaba amenazar.

—Me presenté a sheriff y gané —contestó él y sonrió—. Descubrí que el alcalde estaba metido en más cosas sucias. Busqué pruebas y llamé a un periodista que conocía en San Antonio.

—Ese periodista ¡Ganó el premio Pulitzer por esa historia! —exclamó Alice—. Cielos, Hayes, el alcalde fue a prisión, condenado por algo más que simple corrupción...

—Sí, también lideraba una cadena de distribución de drogas —interrumpió él— Se presentará ante el consejo que decide sobre la libertad condicional dentro de un par de meses. Planeo asistir. Me encantan esas pequeñas reuniones informales.

—Vaya.

—La gente que va por la vida haciendo dinero mediante tratos deshonestos no suele reformarse —opinó Hayes—. Es un rasgo de carácter que ninguna rehabilitación puede arreglar.

—Vivimos entre gente muy desagradable.

—Sí. Por eso existe la ley. Además, los agentes de la ley en el condado son excelentes.

—¿Qué piensas hacer ahora? —quiso saber Alice.

—Nada, hasta que no sepa lo que dice la nota. ¿No debería tu ayudante tener algo ya, aunque sólo fuera el texto del mensaje?

Debería —afirmó Alice, sacó el móvil y llamó a su oficina—. Pero lo más probable es que yo esté equivocada y que Kilraven no tenga nada que ver con esto. Quizá, la víctima sólo molestó a unos tipos duros y pagó por ello.

Tal vez tenía deudas o algo así.

—Siempre existe esa posibilidad —acordó Haynes.

Después de esperar un buen rato al teléfono, alguien respondió al fin.

Laboratorio criminal. Longfellow al habla. —¿Sabías que tienes el apellido de un famoso poeta? —bromeó Alice.

—Sí soy prima lejana del poeta —respondió la otra mujer con seriedad—. Supongo que querrás preguntarme por tu pedazo de papel. Es demasiado pronto para el análisis del papel o de la tinta...

—El texto, Longfellow, el texto —interrumpió Alice.

—Como he dicho, es demasiado pronto para el análisis. Necesitaríamos una muestra con la que compararlo y, luego, a un experto en escritura...

—¿Pero qué dice el mensaje? —preguntó Alice, impaciente. ¡Cómo podía ser Longfellow tan lenta a veces!

—Ah, eso. Un momento —dijo Longfellow. Hubo una pausa—. No dice nada.

—¿No puedes entender la letra? ¿Está borrada por el agua?

No tiene letras.

¿Entonces qué tiene? —inquirió Alice, a punto de perder la poca paciencia que le quedaba.

Tiene números, Jones. Sólo unos cuantos números. Nada más.

—¿Una dirección?

No parece.

Dame los números.

—Sólo son visibles los últimos seis. Los otros están emborronados, parece que por el sudor de la palma del hombre cuando agarraba el papel con tanta fuerza. Apunta.

Longfellow enumeró unos cuantos números.

¿Cuáles estaban emborronados? —quiso saber Alice.

Parece que los del principio. Si es un número de teléfono, falta el prefijo. Lo más probable es que podamos reconstruir el número en el laboratorio del FBI, pero no de inmediato. Lo siento.

Has sido de gran ayuda. Si dependiera de mí te daría un aumento de sueldo.

—Vaya, gracias, Jones. Muy amable por tu parte.

—De nada. Avísame si descubres algo más.

Claro —dijo Longfellow y colgó.

Alice miró los números y frunció el ceño.

—¿Qué tienes? —preguntó Hayes.

—No estoy segura. Quizá, un número de teléfono.

Hayes se acercó y miró el papel donde Alice había anotado los números.

¿Eso es el prefijo local? —preguntó él, señalándolo.

—No lo sé. Si lo es, podría ser de San Antonio, pero necesitaríamos conocer todos los números para saberlo seguro.

—Haz que se pongan a trabajar en ese laboratorio tuyo.

—Ya, claro, como si nos levantáramos tarde, nos tomáramos dos horas para el desayuno y no llegáramos al laboratorio hasta mediodía.

—Lo siento —dijo él con una sonrisa.

—Y vosotros, los policías, os pasáis la vida comprando donuts y sentados en la oficina, leyendo diarios deportivos y jugando al ordenador, ¿verdad? Bienvenido al club de los estereotipos.

Hayes sonrió.

—Por cierto, ¿ha hablado alguien con la mujer a la que robaron el coche para preguntarle si tiene idea de quién pudo llevárselo? —inquirió Alice—. Tal vez, ella se lo prestó.

No, nadie ha hablado con ella. Los federales a cargo de la investigación quieren esperar a tener suficiente información antes de presionar a esa mujer en busca de delito.

—Apuesto a que tienen a Jon Blackhawk atado a la mesa, porque seguro que su primera reacción sería ir por esa mujer y apretarle las tuercas para que hablara.

—Es joven y de sangre caliente. Al menos, eso dice su hermano.

Kilraven adora a su hermano —replicó Alice—. Pero conoce sus defectos, también.

—Yo no diría que ser rápido a la hora de resolver un caso sea un defecto —señaló Hayes.

—Por eso te hirieron, Hayes.

Cualquiera puede terminar herido.

Sí, pero a ti te han disparado dos veces —le recordó Alice—. Por ahí dicen que tendrías más posibilidades de ser nombrado rey de algún país remoto que de conseguir una esposa.

Nadie de por aquí está deseando convertirse en viuda.

Me he calmado mucho últimamente —murmuró él en tono defensivo—. ¿Y, además, quién dice eso?

—Creo que Minette Raynor.

No tengo ningún deseo de casarme con la señorita Raynor, ni ahora ni nunca —afirmó él con la mandíbula tensa—. Ella ayudó a matar a mi hermano.

No lo hizo y lo sabes, pero piensa lo que quieras —repuso Alice—. Bueno, ¿tienes idea de cómo podemos ir a hablar con la mujer del coche antes de que alguien la haga callar? Tiene pinta de que el asesino no se lo pensaría dos veces para añadir otro cadáver a su lista. Apuesto a que el muerto sabía algo que podía perjudicar a alguien poderoso y por eso lo mataron. Si esa mujer tiene cualquier información, está en peligro.

Muy aguda —admitió Hayes—. ¿Tienes un plan?

—Eso me gustaría.

Respecto al número, puedes probarlo con las operadoras de la central telefónica de la policía —aconsejó Hayes—. Puede que ellas lo reconozcan.

—Buena idea —dijo ella, sonriendo—. Pero ésta no es mi jurisdicción, ya sabes.

El crimen fue cometido en el condado. Es mi jurisdicción. Yo te doy licencia para investigar.

¿No crees que tus propios investigadores se pueden sentir molestos?

—El único investigador que tengo está fuera —replicó él y suspiró—. Se tomó unos días libres para ir a Wyoming en Navidad. En ese momento, no había mucho trabajo por aquí y me mostré de acuerdo. Se va a enojar mucho cuando vuelva y descubra que hemos tenido un asesinato aquí mismo y él no ha estado para investigarlo.

—Por lo que parece, quizá tu investigador pueda ayudar. No creo que vayamos a resolver esto en un par de días.

—Eh, yo vi un asesinato como éste en una serie de televisión —dijo él con

fingida excitación—. ¡Consiguieron los resultados de las pruebas en menos de dos horas y arrestaron al asesino y lo enviaron a la cárcel antes de que llegaran los anuncios!

Alice sonrió. Tomó su bolso y el pedazo de papel y salió del despacho.

Alice estaba comiendo en la cafetería Bárbara, en el pueblo, cuando el objeto más reciente de sus ensoñaciones entró, alto y guapo, vestido de vaquero.

Harley vio a Alice mientras estaba eligiendo su menú y le sonrió. Ella derramó su taza de café sobre la mesa y él sonrió aún más.

Bárbara llegó corriendo con un paño.

No te preocupes, pasa todo el tiempo —dijo Bárbara a Alice para tranquilizarla. Entonces, vio que ella miraba a Harley y sumó dos y dos—. Ah, el amor está en el aire.

—No —respondió Alice con firmeza—. Yo me ofrecí a invitarlo al cine, pero estoy arruinada y él no quiere pagar a medias —añadió, burlona—. No me pagan hasta el viernes próximo —explicó, frotándose las manchas de café de los pantalones blancos—. Por entonces, estaré a kilómetros de distancia de aquí.

—A mí me pagan este viernes —intervino Harley, tomando una silla para sentarse frente a Alice, con un gran plato de chuletas con patatas en la mano—. ¿Tomas ensalada para comer? —preguntó, atónito al ver el pequeño cuenco que ella tenía delante—. Nunca podrás investigar como es debido con una dieta así. Necesitas proteínas.

Alice hizo una mueca. Él no podría comprenderlo, pensó. Ella se había pasado tantas horas en el laboratorio forense que nunca más podría volver a comer carne. Pero era mejor guardarse sus razones para sí misma, sobre todo allí, en Texas, donde todo el mundo era carnívoro.

—Me alegro de verte —dijo Alice, sonriendo.

—Apuesto a que me esperabas —repuso él, sonriendo también, y empezó a comer sus chuletas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con fingida inocencia.

—Acabo de hablar con Hayes Carson en la calle y resulta que ha mencionado que le habías preguntado dónde suelo ir a comer.

—Ja ¡Nunca se me ocurriría hacerle una pregunta tan personal a Hayes! —

replicó ella, defendiéndose.

—Te diré que yo le pregunté a él dónde solías comer tú —añadió Harley, guiñándole un ojo.

La irritación de Alice se desvaneció. Suspiró. —¿De veras se lo preguntaste?

—Sí, de veras. Pero no te lo tomes como una proposición de matrimonio —dijo él—. No suelo pedir la mano de investigadores forenses a la hora de comer.

—¿Investigadores forenses? —preguntó un vaquero que estaba sentado en la mesa de al lado, inclinándose hacia ellos—. Yo veo ese tipo de series en la tele todo el tiempo. ¿Sabéis que pueden descubrir la hora de la muerte a través de...?

—Oh, lo siento mucho, de verdad —se disculpó Alice, que acababa de derramar un vaso de té helado encima del intruso—. Es un acto reflejo —añadió, dirigiéndose a Bárbara—. Cada vez que alguien me habla de trabajo, me pongo nerviosa y empiezo a tirar cosas. Es un acto reflejo, no puedo pararlo... —continuó, tomando en sus manos el cuenco de ensalada.

¡No pasa nada! —repuso el vaquero y se levantó de la silla—. ¡Ya me iba, de todos modos!

Dicho aquello, el vaquero se dirigió hacia la puerta, dejando gotas de té y pedacitos de hielo a su paso.

Harley intentó no reír pero fracasó. Bárbara tampoco pudo evitarlo, mientras indicaba a una de las camareras que fuera por una fregona.

—Lo siento —dijo Alice—. De verdad.

No te gusta hablar de trabajo en la mesa, ¿no? —preguntó Bárbara, con gesto divertido.

Lo cierto es que no.

—No te preocupes. Haré que todo el mundo se entere —señaló Bárbara, con un paño en la mano—. Antes de mañana a la hora de comer —añadió, riendo.

Capítulo Cuatro

Después de aquello, nadie más intentó hablar con Alice sobre su trabajo. La comida fue agradable y amistosa. Le gustaba Harley. Tenía mucha personalidad, era modesto y nada pretencioso y no intentaba monopolizar la conversación.

—¿Qué tal va la investigación? —preguntó él, cuando estaban tomando la segunda taza de café.

—Lenta —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Tenemos parte de un número, seguramente un número de teléfono, un coche robado cuya dueña no sabía que había sido robado y una huella de zapato que esperamos que alguien pueda identificar.

—Vi un programa en la tele sobre un laboratorio del FBI donde hacían esas cosas —señaló Harley y se interrumpió de inmediato al darse cuenta de lo que acababa de decir. Miró hacia la taza llena de café de Alice.

—No te preocupes —dijo ella, riendo—. Me controlaré. Lo cierto es que en el laboratorio se analizan muy bien las huellas de zapatos. El problema es que las zapatillas de deporte son muy comunes. En el laboratorio encuentran el nombre de la compañía que las fabricó y, luego, hay que ir a todas las tiendas que las venden, pidiendo información sobre las personas que las compraron.

¿Y si el comprador pagó en efectivo y no hay registro de su nombre?

—Toda técnica de investigación tiene sus fallos. Hacemos lo que podemos —replicó ella, sonriendo. Harley frunció el ceño.

—Y esos números... No debería ser difícil de identificar un número de teléfono, ¿no? Podrías buscarlo con algún programa de ordenador.

—Sí, pero hay muchas combinaciones posibles, teniendo en cuenta que no poseemos el prefijo de zona. Tendremos que probar con todos.

—El coche, entonces —continuó Harley—. ¿Estás segura de que la dueña no tenía ninguna relación con la víctima del asesinato?

—¿No has pensado nunca en meterte a policía? —preguntó ella a su vez, arqueando las cejas.

Una vez —repuso él, riendo—. Hace muchos años.

El coche es una pista interesante —afirmó ella—. Pero no quieren hablar

con la dueña del coche. Resulta que trabaja para un político de la comunidad.

—¿Quién?

Alice titubeó.

—Vamos. No se lo diré a nadie. Soy de fiar.

De acuerdo. Es el senador de Texas que vive en San Antonio —confesó ella.

Harley se recostó en su silla. Se quedó mirando al vacío.

—¿Crees que el político podría estar involucrado?

—No hay forma de saberlo por el momento —dijo ella y suspiró—. Todos los políticos poderosos tienen a gente trabajando para ellos. Cualquiera puede verse involucrado con una mala persona, sin saberlo.

—¿Van a interrogar a la dueña del coche?

—Seguro que sí. Creo que están esperando el momento adecuado.

—¿Entonces te quedarás aquí durante un tiempo?

—Unos días más, para ver si puedo encontrar más pistas —repuso ella, sonriendo—. Hayes Carson quiere que le eche un vistazo al coche, que está en el laboratorio. Así que iré a San Antonio para hacerlo y regresaré cuando termine.

Harley asintió, con aspecto de estar distraído con sus pensamientos.

—Y tú, ¿cuándo vas a casarte? —preguntó ella.

Hoy, no. Tengo que ocuparme del ganado.

—Mi agenda es muy flexible —aseguró ella.

—La mía, no —dijo él, sonriendo—. Además del ganado, tengo que comprar comida para gatos.

—¿Comida para gatos? —preguntó ella.

—Los gatos de los establos se ocupan de las ratas. Pero no hay suficientes ratas y ratones, así que tenemos que darles un complemento.

Me gustan los gatos —dijo ella, suspirando—. Tal vez, podríamos adoptar algunos cuando nos casemos —añadió y frunció ceño—. Pero eso va a ser un problema.

¿Los gatos?

No. ¿Dónde vamos a vivir? Mi trabajo está en San Antonio y el tuyo aquí.

¡Ya sé! —exclamó ella—. ¡Pediré el traslado!

Harley rió. Se sentía bien con ella, pensó. Se terminó el café.

Es mejor encontrar novio y novia primero —dijo él.

Bien. ¿Qué flores te gustan? ¿Y cuándo vamos a tener nuestra primera cita?

Harley apretó los labios. Esa mujer era demasiado directa aunque, tras su personalidad abrumadora, parecía esconderse una mujer tímida y frágil. Estaba ocultando su verdadera personalidad con una forma de ser exageradamente extrovertida, reflexionó.

Él se recostó en su asiento, sintiéndose alabado por el interés que Alice le demostraba. Sonrió.

—Había pensado que podíamos ir a ver una película en uno de esos grandes centros comerciales de San Antonio, el viernes por la noche —propuso él.

—¡Ooohl —exclamó ella—. Me gusta la ciencia—ficción.

—Y a mí. Hay un remake que me gustaría ver.

—Y a mí.

—Te recogeré en tu motel sobre las cinco. Cenaremos e iremos al cine después. ¿Te parece bien?

—¿Me adelanto y voy comprando los anillos? —preguntó ella a su vez con expresión inocente.

—Ya te he dicho que ahora estoy demasiado ocupado como para casarme —repuso él, riendo.

—¡Maldición!

—Pero podemos ver una película.

—Me encanta el cine.

—Y a mí.

Ambos pagaron por sus menús respectivos y salieron juntos. Algunos de los clientes de la cafetería los miraron con interés. Harley no había salido con muchas chicas en los últimos años y esa guapa joven del laboratorio forense había comido con él. Comenzaron a surgir rumores.

Nos inventarán un romance antes de acabar de comer —comentó él, señalando con la cabeza hacia la cafetería, desde cuyas ventanas los observaban algunos comensales curiosos.

Voy a volver a entrar para invitarlos a la boda, ¿te parece?

Para el carro, amiga —dijo él, imitando la voz de su personaje favorito de dibujos animados.

—Vaya, a mí también me encantan los dibujos animados!

—¿Sí?

—Me vuelven loca. El que más me gusta ahora es Wall—E.

—A mí también me gusta Wall—E. Una buena historia y una banda sonora preciosa.

Pienso lo mismo. Genial. Cuando tengamos hijos, podremos llevarlos al cine para ver las películas nuevas de dibujos.

Harley se quitó el sombrero y comenzó a abanicarse con él.

—¡No hables de niños o me desmayo! —exclamó él—. ¡Ya me dan sofocos sólo con pensar en el matrimonio!

A las mujeres les dan sofocos cuando entran en la menopausia —indicó ella.

—Tal vez yo sea una mujer disfrazada.

Arrugando la nariz, Alice lo miró de arriba abajo.

—Es un disfraz excelente —comentó ella y sonrió—. ¿Sabes qué? Después de la película, podemos desvestirte y ver si el disfraz es realmente tan bueno.

¡Ni lo sueñes! —exclamó él—. ¡No soy esa clase de hombre! Y si sigues hablando así, nunca me casaré contigo. Soy un hombre de principios. ¡Tú sólo me quieres por mi cuerpo!

Alice estaba riendo como loca. Harley siguió su mirada y se encontró con Kilraven, parado justo detrás de ellos.

—Una vez leí un libro sobre un escocés que se disfrazó de mujer durante tres días después de robar un dinero que iba destinado a intentar destronar a Mary, reina de Escocia. La familia que lo acogió fue recompensada. Él siguió pagándoles aún después de muerto, según dejó ordenado en su testamento —dijo Kilraven y frunció el ceño—. Pero eso ocurrió en el siglo XVI y tú no te pareces a lord Bothwell.

—Me alegro mucho —dijo Harley—. ¡Él lleva muerto unos cuatrocientos años!

Alice le golpeó con la cadera con aire juguetón. —No digas eso. Algunos

de mis mejores amigos son muertos.

Kilraven y Harley soltaron una exclamación.

—Era una broma —se apresuró a explicar Alice, exasperada—. ¿Es que aquí nadie tiene sentido del humor?

—El, no —indicó Harley, señalando a Kilraven.

—No es cierto. Tengo un gran sentido del humor—repuso Kilraven dando un paso hacia él—. Y es mejor que lo reconozcas, porque voy armado.

—Tienes un gran sentido del humor —repitió Harley de inmediato y sonrió.

¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Alice, de pronto—. Creí que hoy era tu día libre.

Kilraven se encogió de hombros.

Uno de nuestros hombres tiene gripe y necesitaban a alguien para sustituirlo. Yo no tenía mucho que hacer, así que me ofrecí.

Podrías ver la tele —sugirió Alice.

—Yo no tengo tele —contestó Kilraven, serio—. Leo libros.

¿De historia europea? —preguntó Harley, recordando la historia de lord Bothwell.

Casi siempre, historia militar. Por ejemplo, ¿sabíais que Anibal metía serpientes venenosas en urnas cerradas y las hacía arrojar sobre los barcos enemigos como forma de ataque?

Harley intentó no romper a reír.

¿Bromeas? —dijo Alice, riendo.

No. Comprobadlo si queréis.

—¡Yo me habría tirado de cabeza al mar! —señaló Alice.

Lo mismo hicieron muchos de los enemigos de Anibal —repuso Kilraven—. ¿Ves como se aprenden muchas cosas leyendo, en vez de pegado a la televisión?

—¿Cómo es posible que no tengas tele? —preguntó Harley, sin dar crédito—. No puedes ver las noticias...

—No me tires de la lengua —murmuró Kilraven—. Noticias corporativas, noticias que explotan a individuos con problemas personales para entretener a las masas... Fijaos en el caso de esa mujer que fué asesinada en

verano. La familia del acusado sigue siendo martirizada por un caso con el que no tuvieron nada que ver. ¿Llamas a eso noticias? ¡Yo lo llamo circo romano!

Entonces, ¿cómo sabes lo que pasa en el mundo? —quiso saber Alice.

Tengo un portátil con acceso a Internet. Ahí es donde está la verdadera información.

Eres un revolucionario —comentó Harley.

—Un anarquista —le corrigió Alice.

Soy un miembro destacado de la ley y el orden —replicó Kilraven y se miró el reloj de pulsera—. Y tengo que ir a comer para no llegar tarde al trabajo.

Harley miró el reloj de Kilraven. Conocía ese modelo. Era uno que solían llevar los soldados mercenarios.

¿Cuchilla o alambre? —preguntó Harley, señalando hacia el reloj.

Cuchilla —contestó Kilraven tras unos momentos de sorpresa—. ¿Cómo lo sabías?

Micah Steel solía llevar uno así.

—A ver si adivinas a quién se lo compré —replicó Kilraven y, tras despedirse con la mano, se metió en la cafetería.

¿De qué estabais hablando? —quiso saber Alice.

Secreto de negocios —repuso Harley—. Yo también tengo que irme. Nos vemos el viernes —dijo—. Espera —añadió y sacó un pequeño cuaderno y un lápiz del bolsillo de su camisa. Anotó un número y le entregó el pedazo de papel—. Éste es mi número de móvil. Si te surge algo que te impida quedar el viernes, házmelo saber.

—¿Puedo llamarte aunque no sea para eso?

—¿Para qué?

—Para hablar. Ya sabes, igual me surge algún problema personal que no puede esperar al viernes. —Alice, sólo faltan dos días para el viernes —repuso él, riendo.

—Podría ser acorralada por una serpiente o algo así.

—Bueno, en ese caso, sí. Pero recuerda que es difícil sacar el teléfono móvil cuando estás arrodillado en el barro, intentando liberar algún becerro enredado.

—Lo tendré en cuenta —señaló ella y se metió el pedazo de papel en el bolsillo—. Lo he pasado muy bien en la comida.

—Sí, yo también.

Alice lo observó mientras él se iba. Tenía un cuerpo muy sensual, muy masculino. Se quedó suspirando por él hasta que se dio cuenta de que varios pares de ojos la miraban desde las ventanas de la cafetería. Rápidamente, se dirigió a su furgoneta.

La huella de la suela de las zapatillas de deporte era tan común que Alice dudó mucho que pudieran siquiera localizar al vendedor ni, mucho menos, al comprador. El coche iba a ser una pista mucho más fácil. Entró en el laboratorio criminal donde estaban investigándolo. Había algunas pruebas prometedoras.

Además, Alice pidió al sargento Rick Márquez que buscara información sobre la mujer a la que le habían robado el coche.

A la mañana siguiente, en Jacobsville, de camino a su trabajo en San Antonio, Rick paró en el motel de Alice para darle la información que había conseguido.

Es empleada del senador Fowler desde hace dos años —informó Rick, dentro de la habitación de Alice—. Es una mujer muy religiosa. Va a misa los domingos y los miércoles. Trabaja como voluntaria en un programa para los mendigos y da parte de su salario a los más necesitados —explicó y meneó la cabeza—. Es un tipo de persona de las que crees que no existen en realidad. No tiene ni una mancha en su historial, a excepción de una falta leve en el instituto por faltar a clase tres días seguidos cuando su madre había estado en el hospital.

—Vaya —dijo Alice.

—Y hay más. Casi perdió su trabajo por reprender al senador por contratar a trabajadores ilegales y amenazarles con deportarlos si pedían aumento de sueldo.

—Qué encanto —murmuró Alice.

Por lo que hemos oído, el senador es muy cruel como jefe. Dicen que su esposa es igual. Ella fue juez del tribunal supremo antes de dedicarse a un negocio de importación exportación. Hizo millones Financia gran parte de las campañas de reelección de su esposo.

¿El senador es honesto?

—¿Acaso algún político lo es? —preguntó Márquez con cinismo—. Forma

parte de varios comités poderosos en el congreso y una vez lo acusaron de recibir sobornos de un oficial mexicano.

¿Por qué?

—Le pidieron que se opusiera a cualquier forma de endurecimiento de la seguridad fronteriza. Dicen que el senador y su contacto estaban metidos en un negocio ilegal, tal vez de drogas. Pero no hay pruebas. La última detective que intentó investigar al senador está ahora destinada como agente de tráfico.

—Un hombre vengativo.

Mucho.

¿Crees que esa detective querría hablar conmigo?

—Tal vez —repuso Márquez—. Ella y yo intentamos reabrir el caso del asesinato de la familia de Kilraven, si lo recuerdas, hasta que nos presionaron para dejarlo. Ella empezó a investigar al senador y la echaron de la brigada de detectives —explicó e hizo una mueca—. Es una buena mujer. Tiene un hijo inválido a su cargo y un ex marido que es insoportable.

—Me enteré de que el caso había sido cerrado. ¿Crees que el senador pudo estar involucrado? —preguntó Alice.

—No lo sé. El senador tiene un protegido que también ha sido elegido senador para Texas y ese protegido tiene vínculos con algunas personas que no pertenecen, precisamente, a la flor y nata. Pero nadie se ha atrevido a mencionarlo nunca en público —añadió Márquez y sonrió—. A mi edad, no quiero verme dirigiendo el tráfico en una moto.

—¿Eso es lo que tiene que hacer la antigua detective?

No, trabaja en un coche de patrulla en el turno de noche. Pero, como es sargento, también tiene que hacer mucho papeleo de oficina —respondió Márquez y, tras una pausa, añadió—: ¿Qué es eso que oído de que te vas a casar con Harley?

—Aún es temprano —contestó ella, sonriendo—. Es tímido. Pero pienso enterrarlo en flores y bombones hasta que diga que sí.

Buena suerte —dijo Márquez, riendo.

—No la necesito. El viernes hemos quedado para ir al cine.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vais a ver?

—Un remake de una película de los cincuenta. Antes, iremos a cenar.

—Eres rápida, Alice —comentó Márquez y se miró el reloj—. Tengo que regresar al lugar del crimen.

No tienes alambre para estrangular ni cuchilla dentro de ese reloj, ¿verdad? —preguntó Alice con curiosidad.

—No. Esos relojes cuestan una fortuna. Suelen llevarlos los mercenarios.

—¿Mercenarios?

—Soldados que trabajan para el mejor postor. ¿Es que has visto un reloj de éstos en algún sitio?

—Harley me habló de uno así. Sólo me preguntaba a qué se usan —respondió ella, fingiendo inocencia.

—Ah, bueno. Pues supongo que si estás en peligro, podría salvarte la vida tener un reloj así —señaló él con distraído.

—Antes de irte, dame el teléfono de tu amiga la ex detective, por favor.

Márquez titubeó.

Es mejor que yo hable con ella, Alice. No quiere se filtre nada acerca de sus descubrimientos sobre el caso. Sigue trabajando en ello, sin permiso. Alice arqueó las cejas.

—Y adivino que tú también, ¿no es así? ¿Lo sabe Kilraven?

—No lo creo. Jon Blackhawk y él no quieren que nos entrometamos. Temen que los medios de comunicación vuelvan a retomar el tema y se pasen otro año hablando de ello en las noticias de la noche —replicó Márquez y meneó la cabeza—. Es una pena que periodistas no se esfuercen más por conseguir verdaderas noticias. Sólo escarban en las tragedias de los más.

—Así funcionan los medios corporativos. Si quien noticias verdaderas, compra un semanario local.

—Tienes razón, Alice. Cuídate.

—Y tú. Gracias por la ayuda.

—A tu disposición —repuso Márquez y sonrió antes irse—. Si Harley no te funciona, siempre puedes perseguirme a mí. Soy joven y aún tengo el pelo largo —dijo, señalándose la cola de caballo—. Jugaba al fútbol cuando iba a la universidad y sé cantar muy bien. .

Alice rió.

—He oído hablar de tu voz, Márquez. ¿No es verdad que te pidieron que

dejaras el, coro de la iglesia?

Quería conocer mujeres. El coro estaba lleno de solteras. Pero sé cantar. Lo que pasa es que algunas personas no aprecian el verdadero talento.

Bueno, lo tendré en cuenta.

Bien —dijo él, riendo, mientras se iba.

Alice regresó a sus notas, esparcidas por la mesa de su habitación. Había algo que la inquietaba respecto al pedazo del papel que la víctima había tenido en la mano, pero no sabía qué.

Harley la recogió puntual a las cinco el viernes. No se había arreglado demasiado, llevaba pantalones de vestir, un polo muy limpio y una chaqueta azul marino. Tampoco llevaba su sombrero de vaquero.

—Estás muy guapo —dijo ella, sonriendo.

Harley posó los ojos en el suéter azul que ella llevaba, con bordados en la parte del cuello, y en sus pantalones negros. Ella agarró un abrigo negro y el bolso.

—Gracias —repuso Harley—. Tú también estás muy guapa, Alice.

—Ay, espera un momento, Se me ha olvidado el móvil lo tengo cargando —dijo ella cuando estaban en la puerta.

Alice lo desconectó del cargador y se lo metió en el bolsillo. En ese mismo instante, empezó a sonar.

—Un momento, Harley —dijo ella antes de responder.

Entonces, Alice escuchó e hizo una mueca.

—Esta noche, no. Tengo planes. No suelo tenerlos, pero esta noche, sí. ¿No puede Clancy hacerlo por mí, sólo por una vez? Por favor. Le devolveré el favor. Incluso estoy dispuesta a trabajar en Navidad. Por favor. ¿De acuerdo? ¡Gracias! —exclamó Alice, radiante, al final de la conversación telefónica—. ¡Un millón de gracias!

—¿Otro caso? —preguntó Harley con curiosidad después de que ella colgara.

—Sí, pero se lo he pasado a otra investigadora.

—¿Tienes que trabajar en Navidad? —preguntó él, sorprendido.

—Bueno, suelo ofrecerme voluntaria —confesó ella—. No tengo mucha vida social. Además, creo que los que tienen hijos deberían estar con ellos

en esas fechas. Yo no tengo, pero mis compañeros de trabajo, sí.

—Me gustan los niños —comentó él, antes de subir a su coche.

—Y a mí —replicó ella con seriedad—. Pero no he tenido la oportunidad de ser madre.

No tienes que casarte para tener hijos —señaló él.

—Pertenezco a una familia muy religiosa —explicó Alice.

—Vaya.

Adivino que tu familia es más liberal ¿no? Harley le abrió la puerta del coche a Alice y se sentó dentro antes de contestar.

—Mi padre es agnóstico. No cree en nada más que en el poder del dólar. Mi madre es como él. Querían que los ayudara relacionándome con la gente adecuada. Yo me quedé con los padres de un amigo, que prácticamente me adoptaron. Tenían un pequeño rancho y un taller mecánico. Cuando regresé de hacer el servicio militar, intenté arreglar las cosas con mis padres, pero no fue posible. Me fui de casa, recién salido del ejército.

—Estuviste en Bosnia durante la guerra, ¿no es así?

—Me destinaron en una oficina. No conseguí graduarme como soldado de combate —repuso él con disgusto—. Nunca he visto una guerra. No dentro del ejército.

—Ah.

—Me fui de casa, vine a aquí a convertirme en vaquero, sin saber casi nada de vacas. El señor Parks me contrató de todos modos y me puso bajo la supervisión de un viejo capataz llamado Cal Lucas, que me enseñó todo lo que sé sobre el ganado.

—Fuiste muy valiente —dijo ella, sonriendo.

—Supongo. Al principio, metía mucho la pata. Luego, me enrolé con unos mercenarios y fui una semana con ellos a África, a una supuesta misión de entrenamiento. Lo único que hicimos fue hablar con la gente de la aldea sobre el secuestro de los envíos de provisiones desde el extranjero. Entonces, nos rodearon las tropas del gobierno y nos obligaron a volver a casa —explicó él y suspiró—. Luego, un día, un narcotraficante se presentó en casa del señor Parks y fue cuando supe lo que era tener una automática en la cara. El señor Parks se sacó dos cuchillos de combate de las mangas y se los lanzó a los tipos que me estaban sujetando. Los derribó en un abrir y cerrar de ojos —recordó, aún impresionado por aquella

escena—. Nunca había visto nada como aquello. Yo había creído que Parks era sólo un granjero. Y resulta que solía ir con Micah Steele y Eb Scott a verdaderas misiones de mercenarios fuera de Estados Unidos. Nunca lo habría sabido si los narcos no se hubieran presentado en su casa. Después, nos metimos en todo un tiroteo con ellos.

—Oímos hablar de eso en San Antonio —comentó ella.

Harley asintió.

—El señor Parks, Micah Steele y Eb Scott se reunieron para acabar con un centro de distribución de droga que había junto a la finca de Parks. Yo les pedí que me dejaran acompañarlos y aceptaron. En menos de una hora, vi cómo la gente moría y, una vez más, el señor Parks me salvó la vida. Luego, me dijo que estaba orgulloso de mí —confesó Harley y se sonrojó un poco—. Si mi padre hubiera sido como él, seguro que no me habría ido de casa. El señor Parks es un hombre de verdad. Nunca he conocido a nadie como él.

—Él también está contento contigo.

—Sí —admitió Harley, riendo—. Me ha ofrecido unos cuantos acres de tierra y algo de ganado para hacer mi propio rancho. Estoy pensándolo. Me encanta el trabajo y creo que empieza a dárseme bien.

—Entonces, viviremos en un rancho —observó ella y apretó los labios—. Supongo que puedo aprender a ayudar a marcar las reses. ¿No querrás que nuestros hijos piensen que su madre es una remilgada?

Harley la miró y sonrió. Era una mujer divertida, pensó. Algún día, la llevaría al rancho y se la presentaría al señor Parks, se dijo. Estaba seguro de que al señor Parks le caería bien.

Capítulo Cinco

Harley llevó a Alice a un restaurante muy bonito, con camareros uniformados y candelabros.

—Oh, Harley, esto no era necesario —dijo ella enseguida, sonrojándose—. Con una hamburguesa habría bastado.

El señor Parks nos dio un bonus por Navidad —explicó él con una sonrisa—. Y, como yo no bebo ni fumo ni juego, puedo permitirme algunos lujos de vez en cuando.

¿No tienes ningún vicio? Vaya. Ahora estoy segura de que debemos fijar la fecha de la boda —comentó ella y lo miró con coquetería—. Yo tampoco bebo, ni fumo ni juego.

—Seremos la pareja más mojigata de Jacobsville.

—Kilraven también es muy mojigato —señaló ella.

Sí, pero no él ya va a vivir en Jacobsville. Se dice que lo han trasladado. Es un pesado.

Seguro que podría convertirse en todo un rompecorazones con un poco de práctica.

—Al irse, le romperá el corazón a Winnie Sinclair. Está loca por él —contó Harley, según se cotilleaba en el pueblo—. Pero Kilraven piensa que ella es demasiado joven.

—El sólo tiene treinta y tantos.

Sí, pero Winnie tiene la misma edad que la reciente esposa de su hermano —replicó él—. Boone Sinclair también pensó que Keely Welsh era demasiado joven para él.

—Pero al final se rindió. Los hermanos Ballager, de Jacobsville, se casaron los dos con mujeres más jóvenes y han sido muy felices —comentó ella.

—Así es.

El camarero llegó y tomó sus pedidos. Alice encargó cóctel de gambas y una ensalada grande, con café. Harley la miró con curiosidad.

—¿No tienes hambre?

—Ya te había dicho que me encantan las ensaladas. Suelo comerlas en todas las comidas —señaló Alice—. Así consigo mantener la línea.

—Yo puedo comer todo lo que quiera. Lo quemo todo —replicó él—. Para trabajar con ganado hay que estar en forma.

—Lo creo —afirmó ella—. ¿Por qué querías ser vaquero?

—Me encantaban las viejas películas del Oeste —repuso él—. Gary Cooper, John Wayne y Randolph Scott. Soñaba con vivir en un rancho de ganado rodeado de animales. Ni siquiera me importa bañar a Bob cuando se ensucia, ni a Perrito.

—¿Cómo se llama el perrito?

—Perrito.

—¿Cómo?

—Se llama así. En el pueblo, hay un tipo llamado Tom Walker que tenía un perro llamado Moose que salvó a su hija de ser mordida por una serpiente de cascabel. Moose tuvo una camada y murió, luego Perrito, que era uno de sus hijos, se fue a vivir con Lisa Monroe antes de que ella se casara con mi jefe. Ella lo llamó Perrito y, con una perra llamada Bob, mi jefe no pudo mostrarse en desacuerdo —explicó él, riendo.

—Ya entiendo.

—¿Te gustan los animales?

—Me encantan. Pero no puedo tenerlos en el apartamento donde vivo. Tenía gatos y perros y hasta un loro cuando vivía con mis padres.

—¿Tienes familia?

—Mi padre era el único que me quedaba. Murió hace unos meses. Tengo tíos, pero no estamos muy unidos.

—¿Amabas a tus padres?

—Mucho —contestó ella, sonriendo—. Mi padre era banquero. Íbamos a pescar juntos los fines de semana. Mi madre era ama de casa y nunca deseó tener una carrera. Ella quería una casa llena de niños, pero sólo me tuvo a mí. Me malcrió mucho. Mi padre intentaba equilibrarlo un poco —explicó y le dio un trago a su café—. Los echo de menos. Me gustaría tener hermanos. ¿Tú tienes?

—Tenía una hermana.

—¿Tenías?

—Murió cuando tenía siete años —respondió él, con aspecto triste.

—¿Cómo?

—Mi padre la atropelló cuando iba a salir con el coche, tenía mucha prisa por llegar a una reunión —dijo él.

—Pobre hombre.

—¿Por qué dices eso? —inquirió él con curiosidad.

—Hace unos dos años, tuvimos que hacer una autopsia a una niña. Su padre estaba histérico. Decía que se le había caído encima la televisión. Y, ya sabes, siempre hay que hacer la autopsia para comprobar que el accidente ocurrió como la persona dice. Hicimos pruebas para asegurarnos de que su explicación era factible. Dejamos caer una televisión del mismo tamaño que el que el padre tenía en su casa. Sin duda, algo así podía causar un daño fatal a una niña —explicó ella y meneó la cabeza—. El pobre hombre se volvió loco. Perdió las ganas de vivir. Su esposa había muerto. La niña era lo único que le quedaba. Se encerró en el baño y se disparó en la cara. Imagina cómo quedó.

Harley frunció el ceño.

—Lo siento. Tiendo a hablar de trabajo. Sé que no es de buen gusto y ahora estamos en un restaurante bonito y...

Estaba pensando en el padre —dijo él, sonriendo para aliviar la tensión—. Yo tenía dieciséis años cuando pasó. Lloré a mi hermana, claro, pero mi vida entonces era el béisbol, las chicas, los videojuegos y las hamburguesas. Nunca consideré cómo se había sentido mi padre. En apariencia, retomó su vida sin más. Lo mismo hizo mi madre.

Mucha gente da la sensación de haberse recuperado, pero no es así.

Mi madre había sido... abogado —dijo él, pensativo—. Era muy correcta y educada. Después de la muerte de mi hermana, cambió. Empezó a ir a fiestas, a buscar amigos influyentes, los muebles más caros... —¿Crees que hay conexión entre las dos cosas?

Entonces, yo me fui de casa para vivir con el mecánico y su esposa —confesó Harley—. Estaba en el último año de instituto. Luego, me gradué y me fui al ejército durante dos años. Cuando salí, volví a casa, pero sólo me quedé un par de semanas. Mis padres me parecieron unos extraños.

—Qué triste. ¿No tienes contacto con ellos?

No. Yo me fui y ellos nunca me buscaron. Alice le tocó la mano, Él la rodeó con la suya y la miró con curiosidad.

No creí que los investigadores criminales tuvieran sentimientos —comentó él—. Pensaba que había que tener mucha sangre fría para un trabajo así.

—Yo soy única en mi especie —dijo ella, sonriendo—. Soy la conciencia de los asesinados. La llama del alma de los muertos. Hago mi trabajo para que los asesinos no prosperen y no escapen a la justicia. Mi trabajo es como una especie de santo grial para mí —añadió, solemne—. Oculto mis sentimientos, pero los tengo. Duele ver una vida extinguida. Cualquier vida. Pero, sobre todo, la de un niño.

—Alice, eres única.

Eso espero —repuso ella—. Porque si hubiera otra como yo, podría perder mi trabajo. No hay mucha gente dispuesta a trabajar veinticuatro horas al día —comentó—. Bueno, no siempre, claro. Sólo a veces. Otras veces, me dejo entretener por hombres guapos y atractivos.

—Gracias —dijo él, riendo.

Lo digo en serio. No sé mentir.

El camarero llegó y tomó sus pedidos para los postres.

Me preocupa —comentó Alice cuando estaban empezando el postre, con el ceño fruncido.

¿Qué?

El coche. ¿Por qué iba un hombre a robarle el coche a una mujer intachable y religiosa y, luego, dejarse matar?

—Él no sabía que lo iban a matar.

—¿Y si él tuviera un historial criminal? ¿Y si hubiera salido con ella y hubiera querido cambiar, empezar de nuevo? —preguntó ella—. Tal vez, alguien involucrado quiso, entonces, hacerlo callar.

—Eso es mucho suponer.

—Así es —afirmó ella—. Aún no sabemos quién conducía el coche. Y la historia que cuenta la mujer sobre el robo no es muy creíble. Me gustaría hablar con ella. Pero no sé cómo hacerlo. Me han dicho que trabaja para un político peligroso. Ni los federales se atreven. Me meteré en un lío si me pongo a interrogar a la empleada del senador así como así.

—Deja que piense en algo —se ofreció Harley—. Yo solía conocer a gente en los círculos políticos. Tal vez pueda hacer algo.

—¿Conoces a algún senador?—preguntó ella, riendo.

—Quizá conozca a alguien que esté relacionado con el senador.

—Me ayudaría mucho, si pudiera hablar con ella antes que los federales. Creo que la mujer sería más sincera conmigo que con ellos.

—Dame un día para intentarlo. Pensaré en algo. —Eres un bombón —dijo ella, sonriendo.

—Y tú.

Gracias —repuso Alice, sonrojada.

Ambos intercambiaron una larga mirada y el camarero los interrumpió con la cuenta. En el camino de salida del restaurante, Alice estaba emocionada.

Harley la acompañó a la puerta del motel.

—Lo he pasado muy bien —dijo él—. Hacía años que no lo pasaba tan bien.

—Y yo —admitió ella, sonriendo—. Suelo espantar a los hombres. Por mi trabajo, ya sabes. Trabajo con muertos.

—No importa.

Harley dio un paso hacia ella y ella también se acercó.

Él se inclinó y la besó con suavidad. Como ella no lo rechazaba, la rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo.

Harley estaba lleno de deseo, pero pensó que era demasiado pronto para ir más lejos y no quería presionarla. Era la mujer más fascinante que había conocido. Tenía que ir despacio con ella.

—¿Quieres ir al cine la semana que viene? —preguntó él.

—Me encantaría.

—Probaremos con otro restaurante. Para conocerlos todos y poder elegir el que más nos guste.

¡Qué buena idea! ¡Podemos escribir críticas y colgarlas en Internet!

—Qué divertido —bromeó él.

—Oye, y no te olvides de pensar en cómo puedo entrevistar a esa mujer, ¿de acuerdo?

—Sí. Buenas noches —se despidió él.

Buenas noches.

Alice se quedó mirando cómo Harley iba hacia su coche. Después de entrar en el vehículo, él se quedó mirándola. Estaba esperando a que entrara en casa y cerrara la puerta. Ella sonrió y le despidió con la mano. Le encantaba que la protegiera, aunque estuviera pasado de moda, le hacía sentir mimada. Esa noche, durmió como un bebé.

A la mañana siguiente, Harley llamó a Alice al móvil antes de que ella saliera del motel.

—He conseguido que nos inviten a un cóctel esta noche —dijo él—. Es para recaudar fondos para el senador.

¿Nosotros? ¡Pero no podemos contribuir a una cosa así!

No es necesario que lo hagamos. Vamos a ir en representación de alguien que está fuera del país —repuso él con una risita—. ¿Tienes algún vestido bonito de cóctel?

—Sí, pero está en mi apartamento de San Antonio.

—No importa. Puedes ir por él y te recogeré allí a las seis.

—¡Genial! Me pondré guapa y me portaré bien —prometió ella.

—Me alegro. Ahora tengo que volver al trabajo. Le dije al señor Parks que iba a ir a San Antonio esta tarde, así que me ha dado medio día libre. No le expliqué para qué iba, pero creo que sospecha algo.

—No le menciones esto a nadie, ¿de acuerdo? Si Jon Blackhawk o Kilraven se enteran, me cortarán el cuello.

No se lo diré a nadie.

—Nos vemos luego. Te debo una, Harley.

Sí —repuso él con suavidad—. Te llamo más tarde para que me digas cómo llegar a tu apartamento.

—De acuerdo.

El senador vivía en una mansión. Tenía dos pisos, columnas y su porche delantero era mayor que la casa de Alice. Las luces estaban encendidas en todas las habitaciones, lo que le daba un aspecto acogedor y bonito en la noche fría y lluviosa.

Había coches lujosos aparcados en la entrada. La ranchera de Harley no estaba a la altura, pero a él no pareció importarle. Aparcó en la calle y ayudó a salir a Alice. Él llevaba traje, con una pajarita y zapatos negros relucientes. Estaba elegante. Ella llevaba un sencillo vestido negro de cóctel con un abrigo negro con cuello de piel. Llevaba su mejor bolso de noche y zapatos negros de tacón.

Un mayordomo uniformado los recibió en la entrada. Harley le tendió la invitación y, aunque titubeando, el hombre los dejó pasar.

Una vez dentro, Alice miró a Harley preocupada.

—No pasa nada —dijo él para darle seguridad y la tomó de la mano—. No hay problema.

Cielos —dijo ella, impresionada al mirar a su alrededor—. Hay estrellas de cine por todas partes. Reconozco a dos modelos, por lo menos, y a un cantante de country... ¡y allí está el tipo que ganó el torneo de golf!

Son sólo personas, Alice.

¿Sólo personas? —repitió ella, anonadada. Entonces, se giró y chocó con alguien—. Lo siento.

No te preocupes. Es fácil tropezar aquí —respondió el actor famoso con quien había chocado—. Hay mucha gente.

—Eh... sí.

El actor rió y se marchó con su pareja.

—Vaya, estás anonadada —comentó Harley, dándole la mano a Alice.

—Sí. Nunca había estado en un sitio así en mi vida. No suelo mezclarme con la elite. Para pasar todo el rato entre ganado, tú parece estar en tu salsa, sin embargo —observó ella.

—¿No crees que es útil saber manejar ganado para estar aquí? —bromeó él. Luego, miró a su alrededor y vio a alguien—. Vayamos a preguntar a esa mujer si conoce a quien buscamos.

De acuerdo.

—¿Cómo se llama?

Dolores.

Harley la tomó por los hombros y la guió hacia delante. Alice estaba impresionada por todo aquel lujo. Arañas de cristal, alfombras persas, óleos originales. Era eso un Renoir?

Hola —dijo Harley a la mujer que estaba rellenando una ponchera de cristal—. ¿Sigue trabajando aquí Dolores?

—¿Dolores? Sí, está en la cocina, haciendo canapés —respondió la criada—. Tu cara me resulta familiar. Nos conocemos?

—Tengo una cara muy común —replicó él, sonriendo—. Mi esposa y yo conocemos a Dolores, pertenecemos a su parroquia. Le prometí al cura que le daría un mensaje de su parte esta noche.

—Su parroquia. Ella no habla de otra cosa, como si no hubiera nada más en el mundo —criticó la criada.

—En la cocina, ¿eh? Gracias —dijo Harley.

—No hagan que la despidan —repuso la criada a toda prisa—. A veces, es una pesada, pero es muy rápida lavando platos. Si la esposa del senador les ve distrayéndola de su trabajo, la echará.

—Tendremos cuidado —aseguró Harley.

No creo que el senador vaya a despedirla sólo por hablar con nosotros, ¿verdad? —comentó Alice.

No me sorprendería. Tendremos que ser discretos —opinó Harley.

La cocina estaba abarrotada. A Alice no se le ocurrió preguntar por qué Harley conocía el camino hasta allí. Había mujeres ocupadas preparando canapés y arreglando los platos. Dos lavaban platos en un enorme fregadero.

—¿No tienen lavaplatos? —preguntó Alice al verlas.

—No se puede meter el cristal de Waterford ni la porcelana de Lenox en un lavaplatos —comentó él. Alice lo miró con fascinación. Harley sabía demasiado para ser un simple vaquero.

—¿Cómo sabremos cuál de las dos es? —preguntó él a Alice.

Alice miró a las dos mujeres que lavaban platos. Una tenía poco menos de veinte años, llevaba un anillo muy llamativo y el pelo cardado. La otra, un poco mayor, iba vestida de manera más conservadora y peinada con un pulcro moño.

Es una mujer que frecuenta la iglesia —comentó Alice, señalando a la mayor, que tenía un delantal puesto.

Los dos entraron sonriendo, ante las miradas de curiosidad de los trabajadores.

Hola, Dolores —llamó Alice.

La mujer mayor se giró, con las manos llenas de jabón, y se quedó mirando a los dos visitantes.

—Lo siento, ¿nos conocemos?

Supongo que nunca nos había visto tan arreglados, ¿verdad? —repuso Harley—. Somos de su parroquia. El párroco nos ha dado un mensaje para usted.

El párroco?

—Podríamos hablar sólo un minuto? —pidió Alice. La mujer la miró como

si sospechara algo.

De acuerdo —aceptó Dolores—. Podemos hablar un momento. Liz, me voy a tomar un descanso. No tardaré más de diez minutos.

De acuerdo —dijo Liz—. No tardes mucho. Ya sabes cómo es él —añadió.

Cuando hubieron salido, Dolores los miró bien.

Conozco a toda la gente de mi parroquia. Ustedes no son de allí —señaló Dolores—. ¿Quiénes son y qué quieren?

Trabajo para... la policía —repuso Alice—. Encontramos su coche y al hombre que lo conducía.

—Ayer le dije a la policía que el coche había sido robado —afirmó la mujer con voz débil.

Alice se acercó para que nadie los oyera.

—El hombre estaba destrozado, tanto que ni su madre podría reconocerlo. El coche estaba dentro del río. Alguien quería que nadie lo encontrara. Nadie debería morir así. Y su asesino no debería quedar impune.

—Él no quiso contarme nada —respondió Dolores negando con la cabeza—. Nada. Decía que era para protegerme.

Su nombre. ¿Puede, al menos, darme su nombre?

No lo sé —contestó Dolores y miró hacia la puerta, haciendo una mueca—. Me dijo que era sólo un alias.

Pues dígame el alias. Ayúdeme a encontrar a su asesino.

—Jack. Jack Bailey —dijo Dolores tras un segundo—. Dijo que había estado en prisión. Dijo que lo sentía. Yo lo llevaba a la iglesia, estaba intentando llevar una vida decente. Iba a empezar de nuevo... Es culpa mía.

Usted sólo lo estaba ayudando —le corrigió Alice—. Le dio esperanza.

Está muerto.

—Sí. Pero hay cosas peores que morir. ¿Desde cuándo lo conocía?

Unos pocos meses. Salimos juntos. Él no tenía coche. Yo conducía.

¿Dónde vivía?

—No lo sé. Siempre quedábamos en un pequeño centro comercial, en la calle Weston —contestó ella mirando hacia la puerta de nuevo.

—¿Hay algo más que pueda decirme para identificarlo? —preguntó Alice.

Me dijo que había pasado algo —señaló Dolores con aire pensativo—. Que

había sido un accidente. pero que había muerto alguien a causa de ello. Él lo sentía. Quería decir la verdad, por muy peligroso que fuera para él...

¡Dolores!

La mujer se sobresaltó. Un hombre alto la miraba, parado en el quicio de la puerta.

¡Vuelve aquí! ¡No te pago para socializarte! Harley se puso tenso, pues conocía esa voz.

¡Sí, señor! —dijo Dolores y se apresuró a entrar—.Era mi hora del descanso...

El hombre cerró la puerta detrás de Dolores y se acercó hecho una furia junto a Alice y Harley.

—¿Qué os proponéis interrumpiendo a mis trabajadores cuando tengo invitados tan importantes? Quién diablos sois y cómo habéis entrado? —inquirió el hombre.

Harley dio un paso para ponerse a la luz, mirando hombre.

—Tenía una invitación.

El hombre se quedó de piedra, como si la voz de Harley significara más para él que su rostro. —¿Quién... eres?

Sólo un fantasma, visitando antiguos conocidos repuso Harley en tono helador.

—¿Har—Harley? —preguntó el hombre mayor, acercandose a él.

Siento haberlo molestado, senador —dijo Harley y tomó a Alice de la mano—. Alice y yo conocemos a un pastor que es amigo de Dolores. Nos pidió que le digéramos que una familia necesita que los lleve en su coche a la iglesia el domingo. Por favor, si nos disculpa...

Harley pasó de largo ante el hombre mayor, llevando a Alice de la mano, y se dirigió a la cocina. Allí, hizo una pausa junto a Dolores y le susurró algo rápido al oído antes de ir hacia el salón. El senador los siguió, mirandolos con expresión dolorida, e intentó hablar.

Demasiado tarde. Harley salió con Alice por la puerta principal. Desde allí, se dio cuenta de que el senador le decía algo a un hombre de cabello y ojos negros.

Los dos llegaron a la ranchera de Harley sin que nadie los detuviera ni les dijera una palabra. El la ayudó a subir, entró y arrancó.

—Te conocía —dijo ella.

Parece ser —repuso él—. Abróchate el cinturón.

Claro —dijo Alice, esperando que él explicara lo que había pasado.

Pero no fue así.

—Al menos, ya tienes alguna pista.

Sí. Gracias, Harley. Muchas gracias.

Un placer —respondió él—. Le dije a Dolores la excusa que le hemos puesto al senador para que nuestras historias concordaran. Puede que así no la despida.

Eso espero. Parecía una buena mujer.

Sí.

Harley apenas habló de camino al apartamento de Alice.

¿Vas a volver a Jacobsville? —preguntó él, tras parar el coche.

—Por la mañana —contestó ella—. Aún tengo que investigar algunas cosas aquí.

—¿Comemos el lunes en la cafetería de Bárbara?

—Me encantaría —dijo ella, sonriendo.

Sí. Y a mí. Siento que no nos quedáramos. El bufé tenía muy buen aspecto.

—No tenía hambre —mintió ella.

—Eres un encanto. Te invitaría a cenar, pero no estoy de humor —señaló Harley y la tomó entre sus brazos para besarla—. Gracias por no hacerme preguntas.

—No pasa nada —consiguió decir ella, emocionada por el beso.

—Te veo el lunes.

Harley se subió a la ranchera y se fue. En esa ocasión, no esperó a que ella entrara y cerrara la puerta, lo que indicaba lo disgustado que estaba.

Capítulo Seis

Harley condujo hasta el rancho y aparcó junto a los barracones. Habían pasado casi ocho años desde la última vez que había visto al senador. No se había dado cuenta de que iba a ser un shock. Volver a verlo cara a cara, había abierto todas las viejas heridas.

—¡Eh!

Harley miró hacia el porche del edificio de barracones. Allí estaba Charlie Dawes.

—¿Vas a entrar o vas a dormir fuera? —gritó el otro vaquero, riendo.

—Supongo que voy a entrar.

—Vaya! —exclamó Charlie, al ver cómo iba vestido Harley—. Creí que sólo ibas a dar una vuelta.

—Llevé a Alice a una fiesta, pero nos fuimos temprano. No estábamos de humor.

—Alice. ¿Es tu chica?

—Sabes, creo que sí —repuso Harley sonriendo.

Alice condujo de regreso a Jacobsville el domingo por la tarde. Había hablado con Rick Márquez y le había pedido que investigara un par de cosas en San Antonio, que buscara si había algún informe sobre un hombre con el alias de Jack Bailey y si se sabía algo de un hombre que se había estado hospedando en un hotel junto al centro comercial de la calle Wesa. Única pista que tenían es que podía haber estado compañía de una mujer de pelo oscuro con Sedan azul. No era mucho, pero quizá hubiera suerte pensó.

Mientras, Alice iba a volver a la escena del crimen, con la esperanza de que los detectives hubieran olvidado alguna pista importante que pudiera ayudarlos.

Alice, con vaqueros y zapatillas de deporte, estaba recorriendo la orilla del río cuando su móvil sonó. Frunció el ceño al ver el número. No lo reconocía aunque, sin embargo, le recordaba algo.

—Jones.

—Hola, Jones. Soy Kilraven. Quería saber si has averiguado algo sobre la víctima durante este fin de semana.

—Sólo que tenía un alias, que estaba intentando descargar su conciencia, que no era dueño del coche y que había tenido problemas con la ley. Ah, y que había vivido en algún sitio cerca del centro comercial de la calle Weston —explicó Alice.

—¡Cielos! —exclamó él—. ¿Has descubierto todo eso sólo en un fin de semana?

—Bueno, me ayudó Harley —dijo ella, riendo—. Nos colamos en la fiesta de un senador y acorralamos a una empleada suya que había estado saliendo con...

!oh maldición! —exclamó—. Escucha, tu hermano me echará a los tiburones si le cuentas que he dicho eso.! Los federales no querían que nadie se acercara a esa mujer!

—Relájate. Jon quería ir él mismo a hablar con ella, pero se lo prohibieron. Tenían miedo de que la mujer se asustara. Puedes contarle lo que me acabas de decir y te aseguro que no te dirán nada. Buen trabajo, Alice.

—Gracias —dijo ella—. El nombre de la mujer es Dolores. Es una señora agradable. Se siente culpable porque lo mataran. Dice que le prestó el coche, pero que el tipo le pidió que dijera que había sido robado, en caso de que no la llamara al día siguiente. Él sabía que podían matarlo.

Dijo que quería descargar su conciencia, ¿no?

—Sí. Dijo que ocurrió un accidente, pero que alguien murió a causa de ello. ¿Te ayuda eso?

No —dijo Kilraven y suspiró—. ¿Y hay algo sobre el pedazo de papel?

No. Espero saber algo enseguida. Están trabajando en ello en el laboratorio, están saturados. ¿Por qué los asesinatos y los suicidios se multiplican en vacaciones? Se supone que las vacaciones son un momento de felicidad.

—Por desgracia, los dos sabemos que no es así —repuso Kilraven—. Sólo sirven para enfatizar lo que no tenemos, pues son el momento del año en que las familias se reúnen.

Supongo.

Hemos oído que estás saliendo con Harley Fowler —comentó Kilraven—. ¿Vais en serio?

—No. Yo le pido que se case conmigo dos veces al día, pero eso no se puede llamar serio, ¿no crees?

Sólo si él acepta.

—Aún no lo ha hecho, pero todavía es pronto y yo soy muy persistente.

Buena suerte.

—No necesito suerte. Soy hermosísima, hablo muy bien, sé hacer huevos duros y lavar coches...

Kilraven colgó el teléfono, riendo.

Alice siguió caminando junto a la orilla, escrutando el suelo. Intentó dejar la mente en blanco. A veces, se le ocurrían ideas de ese modo.

El muerto tenía un pasado. Se había visto mezclado en algún accidente que había provocado muertes. Había querido liberar su conciencia de esa carga. Así que le había pedido el coche a su novia para ir a Jacobsville. ¿A ver a quién?

Lo habían matado en Jacobsville, así que alguien lo había interceptado en su camino o había quedado con él allí, para hablar sobre el pasado.

El problema era que Alice no tenía ni idea de quién era el hombre ni en qué había estado metido. Esperaba que Rick Márquez diera con alguna respuesta.

Sin embargo, sabía más que hacía unos días. Aún se preguntaba cuál era el interés que Jon Blackhawk, de la oficina del FBI de San Antonio, tenía en el caso. ¿Qué tenían que ver los federales? ¿Estarían trabajando en ello en secreto y no querían que lo supiera nadie?

Tal vez, estuviera intentando encontrar la conexión con algún caso similar, razonó Alice.

¿Y si el hombre se hubiera confesado, antes, con el cura de la parroquia de Dolores?, pensó de pronto.

¡Claro! Era posible que el cura supiera algo y pudiera contárselo. Quizá, no pudiera revelarle nada que hubiera sabido bajo secreto de confesión ¡pero merecía la pena intentarlo!

Alice llamó a Harley al móvil.

—¿Hola?

¡Harley!

¿Quién iba a ser, si estás llamando a mi número? —repuso él.

—Tú, claro —dijo ella—. Escucha, tengo que hablar contigo...

—Ya lo estás haciendo.

—No, en persona. Ahora mismo —replicó ella—. Es sobre un cura...

Cariño, no podemos casarnos hoy. Tengo que lavarle los dientes a Bob.

—¡No ese cura, sino el de Dolores!

¿Por qué?

Y si el muerto se confesó con él antes de venir a Jacobsville y ser asesinado?

—¡Es verdad!

Tenemos que ir a hablar con ella otra vez y preguntarle quién es su cura.

—Eso puede ser más difícil. Ya no hay fiesta.

Alice se dio cuenta de que Harley tenía razón. No había excusa para presentarse en casa del senador, que seguramente estaba repleta de seguridad.

—¡Maldición!

Puedes llamar a la casa y preguntar por Dolores —sugirió él—. No tienes que decir quién eres.

Sí, claro —dijo ella, riendo con suavidad—. No sé por qué te he molestado.

Porque quieres casarte conmigo. Pero hoy tengo que lavarle los dientes al perro. Lo siento.

—Excusas, excusas —bromeó ella—. Me estoy haciendo vieja esperando.

—¿Por qué no te invito a montar a caballo en el rancho? Podrías conocer a mi jefe, a su esposa y a los chicos. Y te presentaría a Perrito.

¡Qué buena idea!

Eso pensé. Se lo preguntaré al jefe. La semana que viene, tal vez. Pediré medio día libre el sábado y te llevaré a montar. Tenemos muchos caballos —dijo él y, al notar que ella titubeaba, añadió—. No me lo digas. No sabes montar.

—Claro que sé montar —repuso ella, indignada—. Monto a caballito en el parque de atracciones todo el tiempo. Suben y bajan, dan vueltas y la música suena.

No me refería a esos caballitos. Bueno, te enseñaré —dijo él—. Después

de todo, si nos casamos, tendrás que vivir en el rancho. No pienso encerrarme en un pequeño apartamento en San Antonio.

—Así me gusta.

Ponte vaqueros y botas. Y calcetines gruesos aconsejó él, riendo.

¿Y blusa y sujetador?

—Por mí, no hace falta que te los pongas —repuso él con suavidad—. Pero no me gustaría escandalizar a mi jefe, ya sabes.

Bien. Iré vestida de forma decente —acordó ella, riendo—. El sábado. ¿Dónde está el rancho?

—Iré a recogerte —se ofreció él—. Seguirás aquí el próximo sábado, ¿no?

Alice recordó que el jueves era Navidad. Tendría que trabajar ese día.

Bueno, les diré que el caso está candente y que tengo que entrevistar a dos o tres personas más —dijo ella.

¡Genial! ¿Puedo ayudarte?

Puedes encontrarme a dos o tres personas a quienes entrevistar —sugirió ella—. Mientras, llamaré a Dolores y le pediré el nombre del cura.

—Bien. Ya me contarás qué averiguas.

—Claro. Nos vemos.

Alice llamó a información para conseguir el teléfono del senador. Marcó los números en su móvil y esperó. Respondió una mujer joven.

—¿Podría hablar con Dolores, por favor?

—¿Dolores?

—Sí.

Hubo una larga pausa. Alice apretó los dientes, esperando que le dijeran que no se permitía recibir llamadas a los empleados.

—Lo siento mucho —dijo la otra voz—. Dolores ya no está aquí.

—¿Puede decirme cómo encontrarla? Soy una vieja amiga —improvisó Alice.

—No puede —repuso la otra voz tras un largo suspiro—. Está muerta.

—¿Muerta?

—Sí. Se suicidó. Se disparó en el corazón. Ha sido un shock —dijo la mujer con tristeza—. La mujer del senador la encontró. Oh, no puedo

hablar más, lo siento.

—Un segundo. ¿Puede indicarme dónde se celebrará el funeral?

—En la iglesia Baptista de la calle Weston —musitó la mujer—. Mañana a las dos. Ahora tengo que irme.

Siento mucho lo de Dolores. Todos la apreciábamos —añadió y colgó.

Alice se sintió mareada. ¿Habría empujado ella a la pobre mujer al suicidio con sus preguntas? ¿O habría estado hundida por la muerte de su novio?

Era raro que se hubiera disparado en el corazón, reflexionó. La mayoría de las mujeres elegían modos menos violentos de morir. La mayoría usaban pastillas. Los que usaban armas solían ser hombres.

Alice llamó a Harley de nuevo.

¿Hola?

Harley, se ha suicidado —le espetó ella.

¿Dolores? ¿Está muerta?

Sí. Me dijeron que se disparó en el corazón. Suicidio.

¿No es raro que una mujer use un arma para matarse? —preguntó Harley.

Sí. Pero he averiguado dónde está el cura —añadió ella—. Voy a ir al funeral mañana. Ahora voy a San Antonio, a mi despacho.

—¿Por qué?

—Porque todas las muertes violentas, incluso los presuntos suicidios, requieren una autopsia. No me quiero perder ésta por nada del mundo.

—Llámame.

—Seguro.

Alice colgó y regresó a su coche. Tenía la intuición que una mujer tan religiosa como Dolores no se suicidaría. La mayoría de las religiones lo prohibían. Además, Dolores no parecía ser del tipo suicida. Quería ver si la autopsia revelaba algo.

La oficina estaba como siempre en vacaciones. Abarrotada de trabajo. Alice encontró a uno de los médicos forenses leyendo informes en su mesa. —Jones! ¿Podría convencerte para que nos ayudes en una autopsia? —dijo el hombre—. Cada vez es más difícil encontrar personas que quieran trabajar con muertos.

—Lo siento, Murphy —repuso ella—. Estos días estoy ocupada

investigando. Oye, ¿os ha llegado un caso de suicidio? Se llamaba Dolores, trabajaba para el senador...

—Sí, acabo de verla hace un rato —informó Murphy—. La mujer tenía las manos pequeñas y el arma era una Cok de calibre 45. Es todo un misterio cómo consiguió apuntarse con ella y, sobre todo, dispararse. Encima, había sido operada del túnel carpiano en la mano derecha. Eso debilita el músculo, ya sabes. Ya hemos comprobado que era diestra, porque tenía más desarrollados los músculos de la mano derecha.

—¿Estás seguro de que fue suicidio?

Murphy se recostó en su silla, mirándola.

—La herida era de un disparo pegado al cuerpo, pero el ángulo de entrada de la bala era raro.

—¿En qué sentido?

—Diagonal —replicó él y buscó entre los ficheros de su cámara digital. Se la tendió a Alice—. Ésa es la herida. Vista de frente. Pasa a la siguiente foto y verás por dónde salió. La vista posterior.

—Vaya! —exclamó Alice.

—Interesante, ¿verdad? La mayoría de las personas que se matan con una pistola automática lo hacen apuntando a la cara o debajo de la barbilla. Ésta apuntaba hacia abajo. Como te he dicho, su mano era demasiado pequeña para manejar este tipo de arma. Y hay algo más.

—¿Qué?

—Encontraron la pistola en su mano izquierda.

—¿Y?

—¿Recuerdas lo que te he dicho sobre que era diestra?

¿Vais a catalogarlo como sospechoso de asesinato? —quiso saber ella.

¿Bromeas? ¿Sabes para quién trabajaba?

Sí —repuso ella, suspirando—. El senador Fowler.

¿Tú lo denunciarías como sospechoso de asesinato o preferirías mantener tu puesto de trabajo?

—Pero si fue asesinada...

Sólo me quedan dos años para retirarme y no voy a arriesgar mi pensión por esa posibilidad. Lo catalogaré como suicidio hasta que encuentre una prueba tajante de que no lo fue.

¿Podrías, al menos, poner que fue un «suicidio probable», Murphy? —pidió Alice—. Hazlo por mí.

—¿Por qué Alice? ¿Sabes algo que yo debería saber? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Por favor, Murphy —insistió ella, sin querer enunciar sus sospechas—. Yo seguiré buscando pruebas y tú tendrás las espaldas cubiertas.

—Bien. Pondré «probable». Pero si encuentras algo, dímelo primero, ¿de acuerdo?

Bien —respondió ella, sonriendo.

A continuación, Alice se dirigió a la iglesia de la calle Weston para hablar con el cura, pero tuvo que esperar al funeral. Si alguien la veía hablar con el cura a solas, podría poner al párroco en peligro. No estaba segura de qué hacer.

En la oficina de policía, encontró a Rick Márquez sentado en su escritorio, enterrado en una pila de informes.

¡Alice, me alegro de verte! —saludó Rick, poniéndose en pie.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Cualquier razón es buena para tomarme un descansito —señaló Rick, indicando hacia los informes—. Además, es un placer verte.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Alice y se sentó frente a su mesa.

—Examinando viejos casos —contestó él—. Mi jefe me ha dicho que puedo hacerlo en mi tiempo libre, siempre que no diga la razón:

—¿Cuál es la razón?

—El asesinato de Jacobsville ha removido un recuerdo o dos. Hubo un caso similar, también sin esclarecer. Hubo una niña de catorce años que conducía un coche también robado. También quedó irreconocible, aunque con algunos dientes. La identificaron por los informes dentales. No hubo testigos ni pistas.

—¿Hace cuánto tiempo ocurrió?

—Hace unos siete años —repuso Rick—. De hecho, fue algún tiempo antes de que la familia de Kilraven muriera.

—¿Podría haber una conexión?

—No lo sé. No sé cómo la muerte de una adolescente puede estar relacionada con el asesinato de la familia de un policía —señaló él—. Tal

vez sólo sea coincidencia —añadió y dejó el informe a un lado—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver los resultados de una autopsia —dijo ella—. La mujer que trabajaba para el senador Fowler, presuntamente, se suicidó, pero la bala apuntaba hacia abajo y ella tenía la mano demasiado débil para apretar el gatillo y fue encontrada con el arma en la mano incorrecta.

—De suicidio, nada —opinó Rick, resoplando.

—Eso pensaba.

—Y qué más.

Ella salía con la víctima del asesinato, ¿recuerdas? No me dijo su nombre, me juró que no lo sabía. Pero me dio su alias y me dijo que había hablado con el cura de su iglesia. El hombre le había dicho a su novia que había estado involucrado en un accidente que había causado la muerte de otras personas. Se sentía culpable y quería lavar su conciencia.

Qué interesante.

¿Verdad?

—¿Vas a ir a hablar con el cura?

Quiero hacerlo, pero temo ponerlo en peligro, lo que sea lo que está pasando, es gordo e implica gente muy poderosa.

—¿Quizá el senador? —se preguntó Rick en voz alta.

Tal vez.

—¿Cuándo hablaste con ella?

En una fiesta en casa del senador. Harley Fowler me llevó... —repuso Alice y, de pronto, cayó en la cuenta. No había relacionado los nombres antes. El apellido del senador era Fowler. El de Harley también. El senador había reconocido a Harley, se había acercado a él, lo había hablado con tono suave...

¿Harley Fowler? —repitió Rick, pensando lo mismo que ella—. ¿Son familia?

—No lo sé —contestó ella—. Pero el senador actuó de manera rara. Pareció reconocer a Harley y Harley pareció muy afectado.

—Viene de una de las familias más ricas y poderosas y trabaja con el ganado —observó Rick—. Qué curioso.

—Así es —comentó Alice—. Pero no debes decírselo a nadie. Es asunto

suyo nada más.

—Estoy de acuerdo. ¿Quién te vio hablar con la mujer en casa del senador?

—Todo el mundo. Pero dijimos que conocíamos a su párroco y que habíamos ido a darle un recado de su parte.

—Si ella iba a misa todas las semanas, ¿no te parece raro que su párroco necesite que le deis un recado?

Harley les dijo que el cura nos había pedido que le preguntáramos si podía llevar a otro feligrés a misa el domingo siguiente —informó Alice con una sonrisa.

—Ah. Alice, su coche había sido encontrado en el río Little Carmichael en Jacobsville.

—Bueno, pero nadie lo sabía cuando estábamos en la fiesta —repuso ella.

—Sí. Aunque igual alguien te reconoció e imaginó que estabas investigando el asesinato.

—Y la mataron por mi culpa —afirmó Alice, hundida. —No...

—Si no hubiera ido allí a hablar con ella...

—Cuando a alguien le llega la hora, así es —replicó él con tono filosófico—. Hubiera dado igual. Un accidente de coche, un ataque al corazón, una caída... podría haber sido de cualquier manera. Las intenciones son lo que cuenta. Tú no fuiste allí para causarle problemas.

—Gracias, Márquez.

Pero, si la mataron, eso encaja con tu causa. Significa que el asesino no quiere arriesgarse a que nadie hable.

El asesino...

Dolores dijo que la víctima sabía algo relacionado con varias muertes. ¿Quién iba a estar tan interesado en eliminar las pruebas, sino el asesino?

—Aún no sabemos quién es la víctima.

—Si el cura sabe algo, está en peligro —comentó Rick tras pensar un momento—. Puede que esté en peligro aunque no sepa nada. El asesino no va a correr ningún riesgo.

—¿Cómo podemos protegerlo?

—Voy a arriesgar mi carrera profesional para intentarlo —dijo Rick y tomó el teléfono.

Alice se sentó a esperar. Cinco minutos después, Rick colgó el teléfono.

—¿Estás seguro de que ése es el único modo de protegerlo? —inquirió ella.

—Es el mejor que se me ocurre —señaló él—. Es como ponerlo bajo custodia. Nuestro presupuesto no nos permite enviar unos agentes sólo para él.

—A tu jefe no va a gustarle. Ni a Jon Blackhawk.

Estoy de acuerdo.

—¡Eres todo un príncipe! —exclamó ella, sonriendo.

—Cásate conmigo, entonces —sugirió él.

Ni hablar. Si de veras eres un príncipe y te beso, con toda probabilidad te convertirías en una rana.

Rick rió.

—Gracias, Márquez. Si alguna vez puedo serte de ayuda, dímelo.

Sí, puedes. Llama a mi jefe mañana y dile que tengo mucha fiebre, que tengo alucinaciones y que no soy responsable de mis acciones.

—Eso haré. Te lo prometo.

A la mañana siguiente, el periódico local informó que el párroco de la mujer que se había suicidado estaba siendo interrogado por la policía, en busca de información que podría relacionar a la suicida con un caso criminal. Alice pensó que había sido una idea genial. Sólo un idiota podría arriesgarse a matar al cura, después de que hubiera salido en las noticias. Era la mejor protección que podía darle.

Como era de esperar, el jefe de Márquez estaba furioso. Pero Alice fue a verlo y, a puerta cerrada, le contó todo lo que sabía sobre el asesinato de Jacobsville. El jefe se calmó y estuvo de acuerdo en que Márquez había actuado bien.

Luego, Alice fue a ver al reverendo Mike Colman, a primera hora, antes del funeral.

El cura no era como ella había esperado. Llevaba vaqueros, una sudadera negra y zapatillas de deporte. Tenía gafas, poco pelo y su sonrisa era radiante.

Se levantó y le estrechó la mano a Alice después de que ella se presentara.

Entiendo que soy candidato a entrar en tu laboratorio forense —dijo él de

forma directa—. El detective Márquez pensó que convertirme en noticia me salvaría la vida.

—Espero que tenga razón —afirmó ella—. En las últimas semanas han muerto dos personas relacionadas con este caso. Tenemos a un hombre en Jacobsville que ni siquiera podemos identificar.

Siento lo de Dolores. Nunca pensé que se suicidaría. Sigo sin creerlo.

—Es triste que intentara ayudar a un hombre torturado por su pasado y pagara con su vida por ello. ¿No se dice que toda buena acción tiene su castigo? —comentó ella con sarcasmo.

—A veces es así. Pero los caminos de Dios son inescrutables. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—¿Podrías describirme al hombre que Dolores envió para que hablara contigo? Si hago venir un experto de la policía en retratos robot, ¿podrías contarle qué aspecto tenía el hombre?

Creo que puedo hacer algo mejor.

El párroco sacó una libreta, la abrió y, a lápiz, comenzó a dibujar un retrato increíblemente realista. —¡Es increíble! —exclamó Alice, fascinada.

Gracias. No siempre he sido cura —explicó él—. Iba de camino a París para seguir estudiando Bellas Artes cuando Dios me dijo que me necesitaba —añadió y sonrió, encogiéndose de hombros—. No se le puede decir que no.

—Si te lo permiten las reglas del confesor, ¿podrías decirme de qué hablaste con ese hombre?

—En realidad, no me dijo nada. Me preguntó si Dios perdonaría cualquier pecado y yo le dije que sí. Me contó que había sido malo, pero que estaba enamorado y quería cambiar. Dijo que iba a hablar con alguien implicado en un viejo caso y que me lo contaría todo cuando regresara —informó el cura e hizo una mueca—. Pero no pudo volver, ¿verdad?

—No —dijo Alice con tristeza—. No pudo.

Capítulo Siete

Alice se llevó el dibujo. Llamó al despacho de Márquez, planeando pasarse por allí para enseñarle el retrato antes de irse a casa, pero Márquez ya había salido. Se lo guardó en el bolso y se dirigió a su propia oficina. Era el día de Nochebuena y ella había prometido trabajar esa noche para hacer un favor a la mujer que la había sustituido el día que había salido con Harley.

Entró en el laboratorio forense. El edificio, localizado en el campus de la Universidad de Texas, estaba casi vacío. La mayoría de los empleados tenían familia. Sólo Alice y otro investigador seguían solteros. Pero la oficina del forense tenía que estar siempre abierta y disponible, las veinticuatro horas del día.

Alice pasó junto al escritorio de su colega e hizo una mueca al ver la pila de trabajo que la esperaba sobre su mesa.

Se sentó y empezó a ojear el primer caso. Siempre había defunciones que investigar. Su trabajo consistía en determinar la causa de la muerte. Su único consuelo era que los detectives de policía tenían tanto trabajo como los forenses. Nadie desempeñaba esa profesión para hacerse rico. Pero era un trabajo que tenía sus propias recompensas, se recordó a sí misma. Resolver un caso y entregar a un criminal a la justicia era una de las mejores. Y ninguna cantidad de dinero podría pagar el placer que le producía asegurarse de que un asesinato fuera castigado. De forma legal, por supuesto.

Alice abrió un informe en el ordenador y comenzó a leer las anotaciones del detective que había investigado el caso y del ayudante del fiscal del distrito. Vio las fotos de la escena del crimen, repasó las medidas, los interrogatorios realizados... Pero no podía dejar de pensar en la coincidencia de los apellidos de Harley y el senador. El senador lo había reconocido y lo había llamado Harley. Era obvio que se conocían y que había alguna animosidad entre ellos. Pero, si el senador era familia suya, ¿por qué no lo habría mencionado Harley?

Quizá él no había querido que ella lo supiera, reflexionó Alice. Tal vez, no quería que nadie lo supiera, sobre todo, en Jacobsville. Era posible que él quisiera salir adelante solo, sin la riqueza ni el poder de su familia. Le había contado que no se había sentido cómodo con las cosas que sus padres

habían querido que hiciera.

Alice recordó a sus propios padres y lo mucho que los había amado. Era obvio que Harley no había tenido ese tipo de vida familiar. Lo sentía por él. Pero, si las cosas salían bien, se proponía hacer todo lo posible para resarcirle por lo que se había perdido. Lo primero que iba a hacer en ese sentido, se dijo, era comprarle un regalo de Navidad.

Alice durmió hasta tarde el día de Navidad. Cuando se levantó, tomó su móvil, se metió en Internet y comprobó qué tiendas había abiertas ese día. Encontró una que tenía justo lo que ella quería.

Condujo hasta allí de camino Jacobsville.

Había sido buena idea decir en el motel que le guardaran la habitación, pensó mientras aparcaba frente a él. Estaba lleno de coches. Debía de haber muchos visitantes esas vacaciones.

Alice llamó a Harley.

—Hola —saludó él con tono de malas pulgas.

—¿Harley?

—¿Alice? ¿Eres tú?

—Suenas como si estuvieras enfadado —comentó ella, riendo.

—Lo estoy —dijo él y se oyó un chapoteo—. ¡Sal de ahí, filete con patas!

—gritó—. Espera un momento, Alice, tengo que dejar el teléfono...

Harley maldijo varias veces y, por fin, volvió a ponerse al teléfono.

—Odio las vacas —dijo él.

¿Ah, sí? —preguntó ella, pensando que tal vez se había equivocado de regalo—. ¿Por qué?

Se me ha estropeado la ranchera en medio del campo donde estaba recogiendo heno —explicó él—. Salí para ver qué pasaba y dejé la puerta del coche abierta. La esposa del jefe me había enviado a la tienda a comprarle unos nabos. ¡La maldita vaca metió la cabeza en el coche y se comió todos! Y ahora estoy lleno de barro y el coche se está hundiendo y, encima, tengo que volver al centro a comprar más nabos por culpa de la estúpida vaca... ¿De qué te ríes?

—Creí que criabas toros de pura raza.

—Hacen falta vacas de pura raza para criar toros de pura raza —explicó él con paciencia.

Lo siento, no lo había pensado. Oye, estoy justo en frente del mercado. ¿Quieres que compre nabos y te los lleve?

¿Lo harías? ¿El día de Navidad?

Te he comprado un regalo —dijo ella—. Una tontería. Y quería tener una excusa para llevártelo, de todos modos.

—Vaya, Alice, yo no te he comprado nada —dijo él, abochornado.

No lo esperaba —repuso ella—. Pero me llevaste a una fiesta muy bonita y pensé... bueno, es una tontería de nada.

Te llevé a una cacería social y ni siquiera te invité a cenar —señaló él, avergonzado.

Fue una fiesta bonita —insistió ella—. ¿Quieres nabos o no?

—Sí —afirmó él, riendo—. ¿Crees que podrás encontrar el rancho?

—Dame las indicaciones.

Eso hizo Harley, indicándole el camino más rápido. —Estaré allí dentro de treinta minutos. Llamare si me pierdo.

—De acuerdo. Un millón de gracias, Alice.

—De nada.

Alice se puso vaqueros y botas, con un bonito suéter blanco con un bordado rosa. No se molestó en maquillarse. No le serviría de mucho, de todos modos, pensó. Compró los nabos y condujo hasta el rancho de Cy Parks.

Harley la estaba esperando en la entrada del camino que conducía a la casa. Estaba cubierto de barro, hasta el sombrero. Pero tenía un aspecto muy sexy a pesar de todo, se dijo ella.

Harley le abrió la puerta del coche. Ella le tendió la bolsa con los nabos y salió.

—Toma —dijo Alice, entregándole una cajita.

—Espera un segundo —dijo él. Dejó los nabos en su ranchera y le tendió a Alice un billete de cinco dólares—. No discutas —ordenó, cuando ella iba a hacerlo—. Me dieron dinero para comprarlos, incluso contando con el sabotaje de la vaca.

—Bueno —repuso ella, sonriendo, y se guardó el billete en el bolsillo.

—¿Por qué es esto? —preguntó Harley, tomando el regalo.

—Por Navidad.

—El jefe me da un aguinaldo todas las navidades. No puedo recordar la última vez que recibí un regalo de verdad.

Alice se sonrojó.

—No te sientas mal —dijo él, al notarlo—. Sólo siento no haberte comprado nada.

—Ya te dije que la fiesta...

Harley abrió la cajita y sacó un pequeño alfiler de corbata de plata, con una cornamenta de toro grabada.

—¡Eh, qué bonito! ¡Llevo tiempo buscando uno así, pero no había encontrado ninguno lo bastante pequeño como para que fuera de buen gusto!

—¿De verdad te gusta? —preguntó ella, sonrojándose de nuevo.

—¡Sí! ¡Lo llevaré en la próxima reunión de la Asociación de Ganaderos! —prometió él—. Gracias, Alice. —Feliz Navidad.

—Ahora sí —dijo él, rodeándola por la cintura—. Feliz Navidad, Alice —añadió y la besó con cariño.

Alice sonrió y se derritió entre sus brazos. Hacía mucho tiempo que un beso no le hacía desear arrancarle las ropas a un hombre y tumbarlo en el suelo.

Ella rió.

—¿Qué diablos...? —preguntó él, apartándose, molesto.

—No, no me río de ti. Sólo me preguntaba qué pensarías si empezara a arrancarte las ropas.

Harley estalló en carcajadas.

—¿Es por algo que he dicho? —preguntó Alice.

Harley la tomó en sus brazos, en volandas, besándola una y otra vez. Ella quedó llena de barro también, pero no le importó.

Alice le rodeó el cuello con los brazos. Se abrazó a él, disfrutando de su contacto bajo la suave lluvia que estaba comenzando a caer. Cerró los ojos e inspiró su aroma, a jabon y a café.

Tras unos segundos, el beso dejó de ser divertido y comenzó a ponerse serio. Él abrió los labios. Apretó a Alice contra su fuerte pecho. Hizo que ella abriera los suyos y la invadió con sensualidad.

Harley la llevó hasta su ranchera, mientras le mordisqueaba el labio inferior. Se sentó con ella sobre su regazo y la besó con más fuerza, al mismo tiempo que le deslizaba las manos por debajo del suéter, acercándose hacia su sujetador.

Él tenía las manos frías y Alice dio un salto cuando le tocó los pequeños pechos. Rió con nerviosismo.

—Se calentarán —susurró él.

Alice se sintió mecida por oleadas del placer. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba y la abrazaba.

Ella esperaba que él no propusiera ir mucho más allá en el asiento delantero de su coche, porque no había mucho sitio. Por otra parte, estaba tan a gusto...

Harley se apartó un poco y la observó con curiosidad.

—¿Algo va mal? —preguntó ella, con la voz teñida de pasión.

—Alice, no has hecho esto muchas veces, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Lo estoy haciendo mal? —repuso ella, mordiéndose el labio.

No es que lo estés haciendo mal —contestó él—. Es que no haces nada.

Ella se lo quedó mirando.

—Lo siento —dijo él, al darse cuenta de que estaba hiriendo los sentimientos de ella—. Para ser una mujer tan dura, eres muy inocente. Pensé que lo de ser virgen lo decías en broma.

Bueno, pues no —señaló ella, poniéndose roja.

—Me he dado cuenta. Ven siéntate —pidió él, indicando el asiento de al lado.

—¿Es que no quieres tomarme en el asiento del coche? —preguntó ella, esperanzada.

¡Eres una niña mala! —exclamó él, riendo.

Lo siento.

¡Lo decía en broma!

—Ah.

Harley la tomó entre sus brazos.

Sí, me gustaría tomarte en el asiento, pero no el día de Navidad, a la vista de mi jefe y de cualquier vaquero que pase por aquí.

¿Suelen pasar por aquí?

Harley señaló en dirección a la casa. Dos vaqueros iban hacia ellos a caballo, charlando de sus cosas.

Es Navidad.

Sí y el ganado tiene que cuidarse en vacaciones, al igual que el resto del año —le recordó él.

Lo siento. Lo había olvidado.

—Me gusta mucho el alfiler de corbata —dijo él—. Y mil gracias por traer los nabos —añadió—. Pero tengo que regresar al trabajo. Renuncié a mi día libre para que John pudiera librar y ver a sus hijos.

—Yo hice lo mismo anoche —repuso ella, radiante.

Somos buena gente —dijo él, sonriendo.

—Podría llamar a un cura ahora mismo.

—Está ocupado —señaló él—. Es Navidad.

—Ah. Sí.

Gracias por mi regalo. Siento no haberte regalado nada —dijo él y la ayudó a bajar de la ranchera.

—Sí lo has hecho —replicó ella, riendo, sonrojada

. —Te prepararé otro —susurró ¿vas a venir a montar a caballo el sábado?

—Sí, eso espero. Tengo que ir a San Antonio por la mañana para hablar con Rick Márquez. El cura de la mujer asesinada dibujó un retrato del muerto.

—¿De veras?

—Sí. Ahora ya tenemos una pista de verdad —dijo ella y frunció el ceño, pensativa—. Me pregunto si Kilrayen podría reconocer al tipo. También podemos enviar una copia del dibujo a su hermano.

—Buena idea. Alice, ten cuidado —rogó él—. Si la mujer fue asesinada por hablar con nosotros, puede que el cura sea el próximo y, luego, tú —señaló y, aunque no lo dijo, sabía que también él mismo estaría en la línea de fuego.

—El cura está bien. Márquez llamó a un periodista y lo sacó en las noticias. Estarían locos si le hicieran algo ahora que todos los medios tienen la atención puesta en él.

—Seguramente. Pero tú no has salido en las noticias.

—Sí. Tendré cuidado. Tú también ten cuidado—pidió ella.

—Yo trabajo para un antiguo mercenario —le recordó él—. El asesino tendría que estar muy loco para atreverse a venir por mí.

—Eso me hace sentir mejor —dijo ella, sonriendo—. Pero si las cosas se ponen calientes en San Antonio, puede que tenga que volver allí antes del sábado...

—Bueno, si no puedes venir a montar a caballo, yo puedo ir a San Antonio para ver una película contigo o salir a cenar.

—¿Sí?

—Vamos en serio. ¿No te habías dado cuenta? —replicó él, radiante.

—¡No! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No me lo habías preguntado. Vuelve al motel y, tal vez, mañana podemos comer juntos. Te llamaré.

—Sería estupendo —afirmó ella, sonriendo.

—Ahora tengo que seguir dando de comer al ganado. Ha sido una interrupción muy agradable, de todos modos.

Sí.

Lo siento —se disculpó él, señalando la blanca blusa de ella, manchada de barro.

—La lavaré —dijo ella, riendo.

Harley se sintió feliz. Le encantaban las mujeres que podían soportar un poco de suciedad. Le abrió la puerta del coche y la ayudó a subir.

—Conduce con cuidado —dijo él.

Siempre lo hago.

Hasta luego.

—Hasta luego.

De camino al motel, Alice se dio cuenta de que no había mencionado la relación de Harley con el senador Fowler. Quizá, era mejor así, pensó, teniendo en cuenta que la última víctima de asesinato había tenido conexiones con el senador.

Cuando iba a ver al sheriff Hayes Carson, Alice llamó a Márquez a su casa. Esperaba encontrarlo allí, pues estaban en vacaciones. La madre adoptiva

de Márquez le dijo que lo habían llamado de San Antonio para un caso.

Alice entró en el despacho de Carson. Él la miró arqueando las cejas.

—Es veinticinco de diciembre —señaló él.

—Ho-ho-ho —bromeó ella, imitando a Santa Claus.

—Ya veo que no soy el único que trabaja hoy —repuso él, riendo, y señaló a todas las mesas vacías a su alrededor.

Mi oficina estaba igual anoche —confesó ella—. Hablé con la empleada del senador Fowler sobre el hombre que había conducido su coche hasta aquí.

¿Averiguaste algo?

—Que no debí dejar que me vieran hablar con ella, murió de un suicidio aparente. Se disparó en el corazón con la mano equivocada y una bala que apuntaba hacia abajo.

—Qué cosas tan sorprendentes —comentó Carson, recostándose en su silla.

—Fui a ver a su párroco, quien había hablado con el hombre muerto. Me dibujó esto —indicó ella y le tendió el retrato.

—¡Aleluya! ¡Alice, eres una maravilla! ¡Te mereces un ascenso!

—No, gracias, me gusta el traje de campo —replicó Alice, sonriendo—. Este es era el aspecto que tenía la víctima. Lo que siento es que hice que mataran a la mujer que había querido ayudarlo.

No fue culpa tuya —dijo él con ojos serios—. La vida es así. No podemos controlarla.

Gracias. Iba a enseñarle el retrato a Rick Márquez, pero me está resultando difícil encontrarlo.

Ha pasado algo en San Antonio. No sé qué. Han llamado a mucha gente que estaba de vacaciones. —¿Sabes si Kilraven ha sido uno de ellos?

No lo sé, pero puedo averiguarlo —dijo Carson. Llamó a la oficina central y preguntó si Kilraven estaba de servicio.

—Sí, está trabajando. ¿Quieres que le diga que te llame? —replicó la recepcionista.

—Sí, gracias, Winnie.

—De nada, le daré el recado.

—Me va a llamar —dijo Carson a Alice después de colgar—. ¿Qué te contó el cura sobre el muerto? —preguntó, mientras esperaban la llamada.

—Poco. Dijo que el tipo quería cambiar y que iba a hablar con alguien. Es una pena que muriera justo cuando había decidido reformarse. Tenía una buena amiga y había empezado a ir a la iglesia. Ahora está nimbado en la morgue, inidentificable.

—Ya no —señaló Hayes, con el retrato en la mano.

Sí, pero podría ser cualquiera.

Si tiene historial criminal, yo puedo acceder a sus datos mediante un programa de reconocimiento de imagen.

¿Sí? ¿Cómo? —preguntó ella, fascinada.

Sonó el teléfono. Hayes respondió.

Sí, la oficina del sheriff abre en Navidad. Sí, acabo de aparcar los renos y me he quitado el traje rojo... Sí, Alice Jones está aquí con un retrato del muerto... ¿Hola? ¿Hola? —dijo Hayes al teléfono y colgó, suspirando—. Era Kilraven.

—A mí también me cuelgan el teléfono a menudo —comentó Alice—. Imagino que vendrá aquí a toda velocidad.

No lo dudes.

Un minuto o dos después, oyeron el chirriar de ruedas de coche y un frenazo a toda velocidad en el aparcamiento de la comisaría. Segundos después, Kilraven entró como un huracán.

—Veámoslo —dijo Kilraven, sin preámbulos.

Hayes le tendió el dibujo y Kilraven lo miró durante largo rato, con el ceño fruncido.

¿Lo reconoces? —preguntó Alice.

No —contestó Kilraven—. ¡Maldición! ¡Había creído que sería alguien que yo conociera!

—¿Por qué? —quiso saber Hayes.

—Siempre he trabajado en San Antonio y alrededores. Si el tipo tenía historial criminal, era probable que yo lo hubiera conocido. Pero no lo reconozco.

—Si le hago una copia, ¿se lo puedes enseñar a Jon para ver si él lo conoce?

—Claro —afirmó Kilraven y miró a Alice—. ¿Cómo conseguiste un retrato del muerto? ¿Hiciste una reconstrucción de su cara?

—No. La mujer con la que hablé se suicidó...

—De eso nada—interrumpió Kilraven—. ¡No encaja!

—Eso pensé yo. Hablé con el forense que había hecho la autopsia y dijo que ella era diestra y que se había disparado en el corazón con mano izquierda. Además, la pistola era demasiado pesada y ella había sido operada de la mano. Dijo que era casi imposible que ella hubiera apretado el gatillo.

¿Pero lo catalogó como suicidio?

—Intenta no pillarse las manos —explicó Alice—. Ella trabajaba para el senador y el forense no quiere verse implicado en una guerra política.

¿Y lo catalogó como suicidio? —insistió Kilraven.

—Conseguí que pusiera suicidio «probable».

—Algo es algo. Qué pena lo de la mujer. Me alegro de que fueras a verla, de todos modos —dijo Kilraven—. Lo que tenemos es gracias a ti. ¿Pero cómo conseguiste el retrato?

—El párroco de la mujer. Había hablado con el muerto y sabe dibujar. No me dio mucha información extra, pero hizo el retrato. Dijo que el hombre quería lavar su conciencia hablando con alguien sobre un viejo caso.

—Un viejo caso. ¿Con quién iba a hablar? ¿Con alguien de la policía? —se preguntó Kilraven.

—Es muy posible —acordó Alice—. Ahora lo que quiero es identificar a este hombre. Había pensado ir al motel donde él se alojaba e interrogar a los huéspedes.

De eso nada. Ya te has puesto mucho en peligro. Déjame a Jon y a mí. Nos pagan para que la gente nos dispare. A ti no —dijo Kilraven.

Eres mi héroe —le alabó Alice, sonriendo—. Si no fuera a casarme con Harley Fowler, te enviaría flores y bombones.

Odio los dulces y me dan alergia las flores.

—Entonces, mejor, ¿no crees? —dijo ella, arrugando la nariz.

—Voy a hacer una copia del retrato —se ofreció Hayes—. Igual no queda muy bien, hay poca tinta en la fotocopidora.

—¿Por qué no pides repuestos?

Necesito que me aprueben la orden de compra en la comisión del condado y aún están rabiosos por el último pedido... —repuso Hayes.

¿Y qué pediste? —inquirió Kilraven.

Un gato, un electricista y un exterminador de plagas —contestó Hayes, tendiéndole a Kilraven la copia.

¿Para qué querías un gato? —quiso saber Kilraven.

Uno de mis hombres capturó dos ratones de campo e iba a llevárselos a sus hijos como mascotas. Los puso en una caja y, cuando volvió, ya no estaban —dijo Hayes—. Los ratones se comieron dos cables eléctricos y causaron daños por valor de trescientos dólares en la oficina. Para eso llamé al electricista. Luego, puse trampas para ratones, pero no funcionaron. Por eso, compré el gato.

—¿El gato capturó a los ratones?

—No. Eran los ratones quienes mordían al gato. El gato huyó y los ratones siguieron aquí —explicó Hayes—. Por eso, pedí un exterminador de plagas.

—Bueno, eso explica que la comisión de gastos esté enojada contigo —comentó Alice.

—No, no es por eso —repuso Hayes—. Es por el motor de la furgoneta Ford.

—Ahora sí que no entiendo nada —señaló Alice—.

Los ratones se metieron en el motor del exterminador mientras él los buscaba. Hicieron algo allí porque cuando el hombre fue a, arrancar, su coche se prendió fuego. Fue siniestro total.

—¿Cómo sabes que fueron los ratones? —inquirió Kilraven.

—Uno de mis hombres los vio corriendo fuera del capó justo cuando el exterminador iba a subir y a poner el motor en marcha.

—Hayes, si yo fuera tú, conseguiría una pitón gigante —dijo Alice, riendo.

—Con lo listos que son estos ratones, no creo que una pitón pudiera con ellos —comentó Hayes—. Bueno, enseñaré el retrato por ahí para ver si alguien reconoce al tipo. Si alguno de los dos averiguáis algo, hacédmelo saber.

—Seguro —prometió Alice.

Capítulo Ocho

Alice siguió a Kilraven fuera de la oficina.

—¿Por qué pensabas que podrías conocer al muerto? —preguntó Alice.

—Ya os lo dije...

—Mentiste.

Kilraven la miró, sorprendido, con gesto interrogativo.

—Soy vidente —bromeó ella.

—No eres vidente.

—No tienes sentido del humor —se quejó Alice—. De acuerdo, te lo diré. Lo sé por el modo en que te apresuraste a venir para ver el retrato —admitió.

—He animado a una detective de San Antonio a indagar sobre el caso de mi familia —afirmó él tras un momento, pensativo—. Y no se lo digas a Márquez. Ya tiene bastantes problemas.

—¿Y tienes alguna pista? —preguntó ella, ocultándole que Márquez y ella ya sabían lo de la detective.

—Pensé que este caso estaba relacionado. Un tipo viene de San Antonio y lo matan. Es raro, pero tenía la sensación de que me había estado buscando a mí. Es una tontería, lo sé...

—Hay docenas de razones que podían haberlo traído aquí —replicó ella—. Y puede que sólo estuviera de paso. El asesino pudo haberlo seguido y haberle tendido una emboscada.

—Tienes razón, claro. Pero no pierdo la esperanza de saber quién fue. Quiero hacerle pagar por los últimos siete años de mi vida —señaló Kilraven, con gesto de acero.

No hay castigo en el mundo que pueda quitarte el dolor de la pérdida por tu familia. Lo sabes —comentó ella.

Sí —afirmó él y tomó aliento—. Esa noche, yo había estado haciendo el turno de otra persona. Si no hubiera sido así, habría estado con ellos...

¡Déjalo! —ordenó ella—. No puedes culparte, Kilraven. No puedes controlarlo todo. A veces, la gente muere de forma horrible. No está bien, pero tú no puedes hacer nada. Tienes que mirar hacia delante.

Kilraven se la quedó mirando.

Lo he visto en las familias de las víctimas muchas veces —continuó Alice—. Lloran a sus muertos, odian, viven para vengarse. Pero, a veces, los jueces no condenan a los asesinos o no hay pruebas suficientes... Entonces, no tienen dónde volcar su rabia. Las familias se van a casa y su odio crece y terminan con sus vidas vacías. El odio ocupa el lugar de la curación.

—Sé bien de qué hablas —señaló él tras una pausa.

—Durante siete años has estado así. ¿Vas a dedicar tu vida a odiar? Te harás viejo y no te quedarán más que amargos recuerdos.

—Si mi hija hubiera vivido... —comenzó a decir él, hundido—. Cumpliría diez años la semana que viene.

Alice no supo qué decir. La angustia de Kilraven era demasiado grande.

—El asesino se salió con la suya, Jones.

—No —replicó ella—. Alguien sabe lo que pasó y quién lo hizo. Un día, sonará un teléfono en la oficina de policía y alguien denunciará al asesino, por venganza o por avaricia.

¿De veras lo crees?

—Ha pasado muchas veces. Tú lo has visto.

—Sí.

Deja de vivir anclado al pasado —aconsejó ella—. Es una pérdida de tiempo y tú eres un buen hombre.

—¿Estás coqueteando conmigo? —preguntó él, levantando una ceja.

Ni lo sueñes —repuso ella—. Las mujeres de los policías se pasan las noches en vela esperando a sus maridos. Yo me voy a casar con un ranchero para poder dormir a pierna suelta.

Igual no. Los terneros siempre suelen nacer de madrugada.

—Tú lo sabes bien. Jon y tú tenéis un rancho en Oklahoma, ¿no?

Sí. Es una pena que ninguno de los dos quiera ser vaquero.

—Quizá cuando os hagáis viejos.

—Tal vez —replicó él, sin entusiasmo—. Bueno, si tienes más pistas, házmelo saber.

Bien.

—Y gracias por los consejos. Eres buena.

—Soy buenísima —afirmó ella—. De veras, Harley Fowler está deseando llevarme al altar...

Pobre tipo.

—Eh, no digas eso. Soy un buen partido. Hay miles de hombres haciendo cola para casarse conmigo... ¿Adónde vas?

—A trabajar —contestó Kilraven, mientras se iba.

¡Tú te lo pierdes! —gritó Alice, cuando él ya se había metido en el coche patrulla.

Un oficial de policía pasó por allí sin que ella lo oyera.

—¿Otra vez hablando sola, Jones? —se burló el policía.

—Como si lo hiciera. Para el caso, no consigo que nadie me escuche.

El sábado, Alice seguía en Jacobsville, esperando que llegara una prueba más del lugar donde había sido encontrado el coche. Un pescador había visto un termo entre las hierbas y había llamado a la policía. Hayes había ido a buscarlo y le había prometido a Alice que podría llevárselo. Ella le había dicho que lo recogería más tarde en la comisaría, pues había quedado con Harley para montar a caballo.

—¿Y crees que el mismo sheriff no tiene otra cosa que hacer que sentarse a esperarte en la comisaría?

—Oye, Hayes, sé de buena tinta que casi duermes en la comisaría, que incluso tienes ahí tu cepillo de dientes. Así que espérame hasta las siete.

—De acuerdo —repuso Hayes, suspirando—. De todos modos, tengo que hacer el informe para otra petición de presupuesto.

—¿Lo ves?

Cy Parks no era como Alice había esperado. Era alto y tenía el pelo moreno, con mechaz grises, y ojos azules. Su esposa, Lisa, era más bajita, rubia y con gafas. Tenían dos hijos, uno de unos tres años y otro recién nacido.

—Hemos oído hablar mucho de ti —comentó Cy, mirando a Alice.

Será casi todo verdad —dijo Alice y suspiró—. Pero lo buenos dientes —añadió y se los enseñó—. Y buena actitud.

Todos rieron.

No han sido cosas malas lo que hemos oído —le juró Lisa.

No es verdad —señaló Cy, riendo—. Harley dice que no dejas de pedirle en matrimonio.

—Ah, eso es cierto. Lo tengo casi convencido. Lo único que me falta es que me compre un anillo —repuso Alice.

—Te aseguro que si consigues que se ponga un trate de novio, renunciaré a él —prometió Cy.

—Lo tendré en cuenta, jefe —intervino Harley.

—Lo digo en serio —replicó Cy con ojos amables.

—Gracias —dijo Harley.

—¿Quiere decir eso que sí habrá boda? —preguntó a Harley, con los ojos como platos.

—Quiere decir que lo estoy pensando.

—Vaya —murmuró ella.

¿Cómo va la investigación del asesinato? —preguntó Cy de pronto.

Despacio. Tenemos pruebas, pero no conseguimos encajar el rompecabezas.

—Hay varias personas involucradas, creo yo —señaló Cy, con aire sombrío—. He visto a personas desfiguradas como ese hombre. Normalmente, implica a afrenta muy personal.

—Nunca me acostumbraré a lo que son capaces de hacer los seres humanos —comentó Alice, asintiendo.

—Amén —repuso Cy y rodeó a Lisa con el brazo—. Es mejor que nos metamos en casa ya. Los niños ya han pasado un catarro este invierno. Encantado de conocerte, Alice. Si consigues que Harley se case contigo, le he prometido algo de terreno y de ganado.

—Muy amable por tu parte —señaló Alice.

—Me gustaría que se quedara por aquí —afirmó Cy, mirando a Harley con ternura—. Sino, lo echaría de menos.

—No voy a irme a ninguna parte —dijo Harley, sintiéndose honrado por el comentario de su jefe.

—Vuelve otro día —invitó Lisa a Alice—. Es difícil encontrar tiempo para charlar con dos niños pequeños, pero lo intentaremos.

Me encantaría.

Los Park se despidieron y entraron en la casa.

—Son agradables —dijo Alice a Harley.

—Sí. El señor Park ha sido como un padre para mí. Alice tuvo deseos de preguntarle acerca del senador pero, al ver la expresión de Harley, se detuvo.

No he montado a caballo desde hace dos años —avisó Alice—. Tuve que ir con los Rangers de Texas a una escena del crimen que sólo era accesible a caballo. ¡Seis horas a caballo por un camino de cactus! ¡Me llené de pinchos y creí que se me iban a quedar las piernas arqueadas para siempre!

—Te prometo que no estaremos seis horas —dijo él, riendo.

Harley la llevó al establo, donde ya había dos caballos preparados.

—Éste es Bean. La hija de Colby Lane la monta cuando viene por aquí —señaló Harley.

El montó en un caballo árabe y se encaminó, seguido por ella, a la parte de atrás de la finca.

Hacía un día bonito para montar, pensó Alice. Había ido la noche anterior, pero en aquel momento brillaba el sol. Cerró los ojos y aspiró el aroma del campo. —Si este aire se pudiera embotellar las empresas perfumes quebrarían —comentó ella.

—Es genial, ¿verdad? La gente de la ciudad no sabe lo que se está perdiendo.

—Tú has vivido en la ciudad, ¿no? —preguntó ella.

—Has estado atando cabos, Alice —observó él después de menear la cabeza un momento.

—No, de verdad que no. Sólo me he dado cuenta algunas cosas —repuso ella, sonrojándose.

—¿Como de que tenemos los mismos apellidos?

—Sí —admitió ella.

Harley respiró hondo y se colocó junto a ella, mirando hacia el horizonte.

—El senador es tu padre —adivinó Alice.

—Sí —repuso él, con la mirada perdida—. Mis padres siempre estaban en alguna fiesta. Había gente famosa y políticos saliendo y entrando de mi casa todo el tiempo. Mi madre era juez y, después de que mi hermana muriera, empezó a beber y dejó su trabajo. Mi padre dejó de llevarme al

cine y se centró en su carrera política. No sabes lo harto que acabé.

—Puedo imaginarlo. Lo siento —dijo ella—. Tu padre parecía muy triste cuando te vio.

—Han pasado casi ocho años. No me ha llamado todo ese tiempo.

—A veces, la gente no sabe cómo establecer contacto ni cómo dar el primer paso.

—Eso me ha pasado a mí —admitió Harley—. Yo me sentía la parte herida, así que pensé que no me correspondía a mí dar el primer paso.

—Tal vez tu padre se sentía igual.

—Mi padre tiene muy mal humor. Es difícil acercarse a él, incluso cuando está de buenas —señaló él.

—Tú estabas de un humor de perros el día en que la vaca se comió los nabos —le recordó ella.

—Supongo que yo también tengo mal humor —reconoció él riendo.

—A mí me pasa igual. Creo que no es malo, a menos que lo lleves a extremos.

—Supongo que tienes razón —acordó él.

—Tus padres ya no son jóvenes. Si esperas demasiado, puede que pierdas la oportunidad de arreglar las cosas, Harley.

—Ya he pensado en eso.

—¿Has pensado qué clase de anillo quieres? —preguntó ella, para cambiar de tema.

—¿Para el dedo o para la nariz? —bromeó él. Miró al cielo—. Va a volver a llover. Es mejor que nos vayamos o nos mojaremos.

—De acuerdo —repuso Alice, dándose cuenta de que era mejor dar por terminada la conversación.

Harley caminó hasta la furgoneta con las manos en los bolsillos, pensativo.

—Lo he pasado muy bien —dijo Alice—. Gracias.

—Una de las cosas que más me gusta de ti es que no me presionas —comentó él.

—A mí tampoco me gusta que me presionen —dijo Alice—. Eres un buen hombre.

—Y tú eres una buena mujer —repuso él, apartándole un mechón de pelo

de la cara.

Entonces, Harley la besó antes de que ella pudiera hablar. Alice lo rodeó con sus brazos. Le encantaba besarlo. Pero había algo más que afecto entre ellos. Una pasión creciente, al rojo vivo.

—Oh, cielos —rugió él, estremeciéndose—. Alice estamos yendo muy lejos, muy deprisa.

—Excusas, excusas —murmuró ella, haciéndole reír.

—No podemos apresurarnos —dijo él—. Tenemos que ir despacio.

—Pues hazlo despacio —repuso Alice, mirándole los labios llena de deseo.

—¿Me has oído?

—Te he oído —respondió ella, sin apartar la vista de su boca.

Harley la tomó entre sus brazos de nuevo y la besó, poseído por el deseo.

Durante largo rato, permanecieron abrazados bajo la suave lluvia, incapaces de separarse.

Al fin, Harley consiguió apartar sus labios de los de ella. Alice tenía la boca hinchada y roja. Se apoyó jadeante en el coche, mirando a su compañero llena de adoración. Era todo un bombón, pensó ella.

—Tienes que irte ahora —ordenó él.

—Irme.

—Irte ahora.

—Ahora.

—Alice. Cariño, hay cuatro pares de ojos mirándonos desde la ventana ahora mismo, y dos de ellos son menores de edad.

—Oh —exclamó ella, sonrojándose.

—Tienes que irte —repitió él y la ayudó a subir al coche—. Esta noche no podré ir a cenar con ellos. —Ah, ya entiendo. He manchado tu reputación y estás avergonzado —murmuró ella—. Bueno, no te preocupes, tesoro, puedes limpiarla casándote conmigo mañana.

No, tengo que ponerles herraduras a los caballos —repuso él, riendo.

—Un día te quedarás sin excusas —bromeó ella.

Claro que sí —prometió él—. Pero no hoy. Te llamaré.

Gracias por el paseo a caballo —dijo ella, tras bajar la ventanilla del coche.

—Gracias a ti por tu consejo. Lo seguiré.

—Feliz Navidad.

La Navidad ha terminado —observó él.

—El Año Nuevo se acerca.

Eso me recuerda que haremos una fiesta aquí. Puedes venir conmigo.

—Por entonces, estaré de vuelta en San Antonio —señaló ella, triste.

—Yo te iré a buscar y, luego, te llevaré a casa.

—No, me quedaré en el motel. No quiero que andes por la carretera tan tarde. Hay muchos conductores borrachos.

—Eres un tesoro —dijo él, mirándola con ternura. —Nos vemos —se despidió Alice.

—Nos vemos, guapa.

Alice arrancó el coche y se fue, aún sonrojada. Había sido un día importante.

Capítulo Nueve

Alice estaba de vuelta en su oficina al día siguiente. Había llevado el termo a Longfellow a primera hora. Estaba esperando los resultados del laboratorio, cuando la puerta de su despacho se abrió y entró un caballero muy bien vestido, con un caro traje azul. Tenía el pelo negro y gris, y los ojos azules. Lo reconoció de inmediato.

—Senador Fowler —saludó ella.

Señorita Jones —saludó el senador—. Me pregunto si puede dedicarme dos minutos.

—Claro.

Creo que conoce a mi hijo —señaló él, tras sentarse.

—Sí. Conozco a Harley.

—Yo... Mi esposa y yo llevamos años sin verlo. Hemos cometido errores terribles y parece que nunca vamos a recuperarlo. Está hecho un hombre. ¿Tiene... trabajo?

—Uno muy bueno. Y tiene amigos.

—Me alegro mucho —dijo él—. No sabíamos cómo hablar con él. Era un jovencito muy orgulloso. Debimos haber sido más comprensivos con él.

—Perdieron a su hija.

—Maté... a mi hija —le corrigió el senador, con ojos llenos de tristeza—. La atropellé con el coche cuando iba a un mitin electoral. Después de eso, me volví loco.

—Supongo que su esposa también. El senador asintió.

—Ella era juez del tribunal supremo. Empezó a beber y dejó su trabajo. Cuando sucedió, ella había estado hablando por teléfono. Le había dicho a Cecily, nuestra hija, que la dejara tranquila y que se fuera. La niña salió a recoger una muñeca que se le había caído detrás del coche. Yo salí a toda prisa, sin mirar si había alguien detrás... Nos culpamos el uno al otro —explicó el senador—. Pero Harley pareció continuar con su vida de forma normal.

—No lo hizo. Ninguno de ustedes lo superó —señaló Alice.

—¿Cómo sabe tanto? —preguntó él, con ojos húmedos.

—Me enfrento con la muerte a diario. He visto familias destrozadas por eso. Muy pocos admiten que necesitan ayuda. Es horrible perder un hijo.

—Yo no soy la clase de persona dispuesta a admitir eso. Me preocupaba mi imagen. Era año de las elecciones, así que me volqué en la campaña. Mi esposa hizo lo mismo, empezó un negocio para estar ocupada —confesó él—. Ahora nunca nos vemos. Ambos nos culpamos porque Harley se fuera, también.

—Usted es un político. Tiene contactos. Podría haber buscado a Harley si hubiera querido —observó ella, mirándolo con curiosidad.

—Pero él también podría habernos buscado a nosotros.

—Harley dice que ustedes querían que formara parte de un escenario social que a él no le gustaba.

—¿Y cree usted que a mí me gusta? —preguntó él, riendo con amargura—. Me gusta mi trabajo. Tengo poder y puedo hacer muchas cosas buenas. Pero socializarme es parte de ese trabajo. Hago más negocios en las fiestas que en mi despacho de Washington. Hago contactos, investigo, nunca paro —añadió y suspiró—. Intenté explicárselo a Harley, pero él creyó que quería reclutarlo para mi campaña. Era tan inocente, tan joven —comentó—. Espero que haya aprendido que todo no es tan blanco o negro.

—Ha aprendido mucho—afirmó Alice, sonriendo—. Pero lleva años huyendo de su pasado.

—Demasiados años. No puedo acercarme a él directamente. Se me escaparía —señaló el senador y entrelazó las manos—. Esperaba que usted quisiera allanarme el camino. Sólo un poco. Nada más quiero hablar con él.

—¿Esto no tendrá nada que ver con la mujer con la que hablamos en su fiesta? —preguntó ella, sospechando algo.

—Es usted muy rápida.

—No nací ayer.

—Se lo hice pasar muy mal a Dolores —admitió el senador—. Ella era muy religiosa, pero me ponía de los nervios. No me gustan los sermones. Pero era una buena persona. Mi esposa sufrió un ataque al corazón a comienzos de año. Yo contraté a una enfermera que, sin saberlo, drogaba a mi mujer y utilizaba la casa para hacer fiestas con su novio. Dolores se encargó de hacérmelo saber. Luego, estuvo acompañando a mi esposa. Hablaron mucho y mi esposa cambió para mejor. Creo que fue por

influencia de Dolores —explicó el senador—. Fui muy duro con Dolores la noche de la fiesta.

Me arrepiento mucho. Tengo un joven protegido, nuestro senador más nuevo. Él tiene un hermano que me pone muy nervioso... Lo siento. Me estoy saliendo del tema. Quiero que me ayude a hablar con mi hijo, si usted quiere. Pero no es eso por lo que he venido.

—¿Por qué ha venido, senador?

—Dolores no se suicidó —afirmó él, mirándola a los ojos.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó ella, intentando ocultar su sorpresa.

—Porque una vez yo bromeé con estrellarme contra un árbol con el coche. Ella fue tajante acerca del suicidio. Pensaba que era el mayor pecado de todos. Dijo que era un insulto hacia Dios y que causaba mucho dolor a los que te amaban —informó él—. No soy detective, pero sé que ella era diestra. Recibió el disparo en la parte derecha de su cuerpo. Y odiaba las armas. Estoy seguro de que nunca tuvo una.

—No pude obligar al forense a catalogarlo como homicidio. Tiene miedo de que usted le haga perder el trabajo. Sabe que usted hizo que se detuviera la investigación del caso de Kilraven.

—Yo no hice tal cosa —afirmó él, con gesto tenso—. Will Sanders es el nuevo senador de Texas. Es un tipo agradable, pero su hermano tiene muy malos contactos, gente peligrosa. Está metido en negocios sucios. Will no puede impedirselo, pero trata de protegerlo. Es obvio que piensa que su hermano sabe algo sobre el caso de Kilraven y no quiere que se descubra.

—El asesinato es un tema muy feo —señaló Alice—. ¿Quiere que le cuente qué le hicieron a la esposa y a la hija de tres años de Kilraven? Tengo las fotos de la autopsia, por si quiere verlas. El senador palideció.

—No me gustaría. Estoy de acuerdo en que Kilraven investigue el caso. La colega de Rick Márquez fue destinada a la patrulla de tráfico. Lo siento. Will me convenció para que la sacara del caso. Es una detective imparable, muy buena —dijo el senador y levantó la vista—. Will es muy persuasivo. A veces, le dejo hacer. Sin embargo, no quiero entorpecer una investigación criminal, ni siquiera una que ocurrió hace siete años. Will teme que su hermano sepa algo del crimen y quiere protegerlo. Pero no tiene ni idea de lo que la prensa podría hacer con él si se enterara de que está impidiendo la resolución de un crimen, sobre todo un crimen tan horrible como éste.

—¿Cómo puede ayudar a Kilraven?

Por una parte, puedo hacer que readmitan a la colega de Márquez en Homicidios. Aquí tiene —dijo él y anotó un número en una hoja de papel—. Éste es mi móvil privado. Se lo doy a muy poca gente. Dígale a Kilraven que me llame. ¿O tiene usted su número?

Claro —dijo Alice. Miró en la agenda de su móvil y anotó el número en un pedazo de papel. Era extraño lo familiar que le resultaba el número. Se lo tendió al senador—. Aquí está.

—Gracias. Ah, si le parece bien, puede darle mi número a Harley. Dígale que puede llamarme cuando quiera. Siempre estaré disponible para él.

—Voy a verlo el miércoles para la fiesta de Año Nuevo —dijo ella, sonriendo—. Se lo daré. Gracias, senador Fowler.

—Si puedo ayudarla en la investigación sobre la muerte de Dolores, estaré encantado de hacerlo —ofreció él y le estrechó la mano.

—Lo tendré en cuenta. Estoy segura de que Kilraven se alegrará.

El senador sonrió, se despidió con un gesto de la mano y se fue.

Algo no andaba bien, pensó Alice. Rebuscó entre sus notas para ver los números que Longfellow había descifrado del pedazo de papel que había tenido el muerto. Soltando un grito, se dió cuenta de que encajaba con el número de Kilraven, sólo le faltaba el prefijo. Era obvio que la víctima había ido a hablar con Kilraven. Lo que implicaba que quizá, sabía algo sobre el viejo caso de asesinato.

Alice pensó llamar a Kilraven de inmediato, pero se contuvo. Quizá, lo del número fuera pura coincidencia, se dijo. Era mejor dejar que el senador llamara a Kilraven y que le ofreciera ayuda. Mientras, ella presionaría a Longfellow para que descifrara los números que faltaban.

El termo contenía un poco de café mezclado con un narcótico.

—Si está relacionado con tu causa, podría explicar muchas cosas —señaló Longfellow a Alice—. La víctima habría sido menos capaz de defenderse.

—¿Huellas dactilares?

—Estaba limpio —repuso Longfellow, negando con la cabeza—. De todos modos, seguiré analizándolo.

—Muy bien. Necesitamos todas las pruebas que podamos. El asesino es bueno, muy bueno. Es probable que ya hubiera matado antes y que nunca lo capturaran.

—Eso explicaría su eficiencia —acordó Longfellow—. Pero olvidó el

pedazo de papel en la mano de su víctima.

—Todo criminal da un traspiés antes o después.

Alice condujo a Jacobsville y reservó una habitación en el motel. Luego, llamó a Harley.

—Pensaba ir a recogerte —protestó él.

—No quiero que conduzcas de noche, Harley.

—¿Qué voy a hacer contigo, Alice?

—Tengo varias sugerencias.

Esta noche me las cuentas —repuso él, riendo—. Qué te parece si te recojo a las seis y vamos a cenar la cafetería de Bárbara? Luego, iremos a la fiesta.

—Suenan genial. Nos vemos luego, entonces —se despidió él.

De acuerdo.

Tras colgar, Alice miró el reloj. El día se le iba a hacer interminable antes de que Harley fuera a buscarla.

Cuando Alice abrió la puerta, Harley se quedó sin —habla. Ella se había puesto un vestido negro de seda, ajustado y de tirantes, que le marcaba las caderas y le llegaba por las rodillas. Llevaba medias negras y se había maquillado, con un carmín rojo muy tentador en los labios. Llevaba un chal negro y un pequeño bolso de noche.

—¿Estoy bien? —preguntó ella con inocencia.

Harley no pudo decir nada. Entró en la habitación, cerró la puerta y empujó a Alice con suavidad hacia la cama.

—Lo siento —murmuró él y la besó como un huracán.

Alice gimió mientras él se posaba sobre ella; apartándole las piernas para poder acariciarla entre los muslos.

Harley la recorrió todo el cuerpo con las manos y le quitó los tirantes del vestido desnudándola hasta la cintura.

—Hermosa —susurró él y le besó un pecho cubierto de encaje.

Alice se arqueó, derritiéndose de placer. Deseó que él no parara nunca. Gimió y suplicó, mientras Harley buscaba la cintura de sus medias, para quitárselas...

Entonces, sonó el móvil de Alice. Los dos se sobresaltaron. Harley se

apartó mientras ella respondía.

—Jones —consiguió decir ella, jadeante.

—¿Alice?

—Sí —contestó ella, forzándose a respirar con normalidad—.

¿Hayes?

—Sí. Quería saber si averiguaste algo sobre el termo. ¿Te llamo en mal momento?

—Eso podríamos discutirlo —repuso ella, riendo—. El termo estaba limpio, nada de huellas. Pero el líquido tenía restos de narcótico. Longfellow sigue investigando.

—Bueno. ¿Vas a ir a la fiesta de esta noche?

—Sí —afirmó Alice—. ¿Y tú?

—Nunca me la pierdo. ¿Te llevará Harley?

—Sí —dijo ella, riendo—. Nos vemos allí.

—Hasta luego —se despidió Hayes y colgó.

—Bueno, Hayes ha sido una especie de método anticonceptivo, ¿eh? —comentó ella, con una sonrisa maliciosa—. Llamó justo a tiempo. Yo no podría haber parado.

—Ni yo —confesó él, sonrojándose un poco—. Al menos, hemos comprobado que somos sexualmente compatibles.

Sin duda. ¿Nos casamos entonces mañana por la mañana?

—No puedo. Tengo que cepillar a los toros para un concurso.

¿Cepillar a los toros?

—Como son de pura raza, hay que mimarlos y ponerlos guapos. Cuantos más premios ganemos, más cara podremos vender su semilla —explicó él—. Así que mañana no puedo.

—No pierdo la esperanza —repuso ella y se miró al espejo para arreglarse el maquillaje—. Es mejor que te mires la cara tú también, estás lleno de carmín de labios.

Harley se colocó detrás de ella, la miró a través del espejo y le puso las manos sobre los hombros.

—No podemos casarnos mañana —dijo él—. Pero, quizá, la semana que viene. El viernes. Puedo tomarme unos días libres. Podemos ir a la playa,

aunque sea invierno, es hermosa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella con ojos como platos—. ¿O lo dices para que deje de acosarte?

—No sé cómo ha pasado —contestó él y la besó en la frente con ternura—. Pero me he enamorado de ti.

—Y yo de ti, Harley —confesó ella, rodeándolo con sus brazos—. Me casaré contigo cuando tú quieras.

Harley la besó con pasión. Haciendo un gran esfuerzo, se apartó de ella.

—Tenemos que parar —dijo él—. Al menos, hasta que nos casemos. Soy muy tradicional para estas cosas.

—Y yo. Vengo de una familia muy religiosa.

Alice le limpió el carmín de labios de la cara y se arregló el pelo y el maquillaje mientras Harley la esperaba en la puerta.

—Estás preciosa —dijo él.

—Y tú estás guapísimo. —repuso ella y lo tomó del brazo para salir.

Había una banda tocando canciones regionales y Harley bailó con Alice. Casi todo el pueblo se había reunido en la Asociación local de Ganaderos para celebrar el Año Nuevo.

Hayes Carson iba de uniforme y Alice se burló de él.

—Eh, estoy de servicio —replicó él, sonriendo—. Sólo he venido un momento.

—Yo no digo nada —replicó Alice—. Es una gran fiesta, ¿no?

—Siempre es así —señaló Hayes. Entonces, le llamaron a la radio—. ¿Ves lo que te he dicho? Tengo que irme. Divertíos.

—¿No crees que le gustas? —preguntó Harley a Alice cuando Hayes se hubo ido, un poco celoso.

—No. Todo el mundo menos él sabe que quien le gusta es Minette Raynor. Lleva años culpándola por la muerte de su hermano. Pero ella no fue responsable de eso y él lo sabe.

—Qué triste —replicó Harley.

—Sí. Pero no es problema nuestro. Nos vamos a casar la semana que viene. Tendré que pedir días libres.

—Y yo. ¿Quieres que nos casemos en la iglesia?

¿Podríamos? —preguntó ella a su vez.

—Sí. Yo haré los preparativos. ¿Qué tipo de flores quieres?

Rosas blancas y amarillas. Pero, Harley, no tengo vestido de novia. ¿Quieres hacer una boda grande?

No muy grande. Pero debes tener vestido de novia —afirmó él con solemnidad—. Si tenemos una hija, quizá quiera ponérselo en su propia boda.

—Una hija. Niños... No había pensado en eso... Pero sí quiero nietos!

—Y yo.

—Compraré un vestido de novia en cuanto llegue a casa —dijo ella—. Necesitaré una dama de honor. Y tú un padrino.

Se lo pediré al señor Parks.

No tengo muchas amigas —señaló ella, sonriendo—. ¿Crees que la señora Parks querría ser mi dama de honor?

Creo que estará encantada —replicó Harley—. Yo se lo preguntaré.

—Vaya. Va todo muy rápido, ¿no?

Somos muy parecidos, Alice. Encajamos bien. Te prometo que cuidaré de ti toda la vida.

—Y yo cuidaré de ti —replicó ella con tono serio—. Y quiero conservar mi trabajo. Claro que sí —dijo él, sonriendo—. Puedes pedir un traslado, ¿no?

Sí.

—Yo te ayudaré a traer tus cosas. Hay una casa vieja en la finca. El señor Parks me la ofreció y me dijo que mandaría una cuadrilla de albañiles para reformarla, en cuanto yo se lo dijera —explicó Harley—. El sábado le dije que iba a pedirte que te casaras conmigo.

—¿El sábado?

—Sí. El sábado supe que no podría vivir sin ti, Alice.

—Yo sentí lo mismo —confesó ella, apretándose contra él—. Siempre lo he sentido. Harley la besó en la frente.

—Ya tenemos dónde vivir. El jefe tendrá la casa lista para cuando regresemos de la luna de miel —señaló él—. ¿Te importa vivir en el rancho?

—¿Bromeas? Quiero tener gallinas y aprender a hacer conservas y hacer

mi propia mantequilla.

—¿De verdad? —preguntó él, riendo.

—¡De verdad! ¡Odio la ciudad! —le aseguró ella.

—A mí también me gustan las gallinas.

—Vamos a ser muy felices, creo.

—Yo también lo creo.

Llegaron los Park, junto con los Steel y los Scott. Harley y Alice anunciaron sus planes y los Park se ofrecieron encantados a ayudar con la boda. Varios vecinos del pueblo los felicitaron.

La medianoche llegó a toda velocidad. Todo el mundo se besó y tiró confeti.

—Feliz Año Nuevo, Alice —le susurró Harley y la besó.

—Feliz Año Nuevo.

Ni yo. Supongo que somos una pareja muy rara, por querer esperar a después de la boda.

—La tradición es importante —comentó él—. Y me encanta la idea de la castidad, Alice.

Eres un tesoro —dijo ella, abrazándolo—. ¿Seguro que no te importa cuál es mi trabajo?

—Yo trabajo con ganado y me meto en el barro hasta la cintura. No es tan distinto de lo que tú haces —opinó él, encogiéndose de hombros—. Ambos nos ensuciamos con cosas desagradables en nuestros trabajos.

Nunca lo había visto de ese modo.

Nos llevaremos bien. Y esperaremos, aunque hoy en día nadie lo haga —dijo él y la abrazó con fuerza.

—Me parece bien —repuso ella—. ¿Me llamarás?

Todos los días. Hasta que nos casemos.

—Sí. Feliz Año Nuevo —dijo ella, sonriendo.

—Feliz Año Nuevo.

Harley se metió en el coche y esperó a que ella hubiera entrado en el motel antes de irse. Harley la dejó en el motel, haciendo un gran esfuerzo.

—No voy a entrar. Ya hemos comprobado que no tengo fuerza de voluntad —dijo él.

Capítulo Diez

Con tanta emoción, Alice había olvidado darle a Harley el recado del senador Fowler. No pudo decírselo hasta el viernes, en que él la llamó y parecía tener tiempo para hablar.

—Tengo un mensaje para ti —dijo ella, titubeante—. De tu padre.

—¿De mi padre?

—Dijo que reconoce sus errores. Quiere tener la oportunidad de disculparse. La muerte de tu hermana les afectó de un modo que no quisieron reconocer.

—Sí. ¿Cuándo hablaste con él?

—Vino a verme el lunes a mi despacho. Me gustó.

Creo que es sincero. Me dio su número de móvil privado. ¿Lo quieres?

—Sí —repuso él, tras un momento de silencio y anotó los números que ella le dio—. No digo que vaya a llamarlo. Pero lo pensaré.

—Así me gusta —replicó ella—. Oye, Harley...

—¿Sí?

—Sólo nos conocemos desde hace unas semanas y...

—¿Crees que nos estamos apresurando con lo de la boda?

—¿Tú no?

—Alice, podemos esperar meses o años, pero al final nos casaremos —afirmó él, riendo—. Tenemos tantas cosas en común, que está claro. Aunque si quieres esperar, tesoro, esperaremos. Eso sí, no esperes entonces a casarte de blanco, ¿de acuerdo?

De acuerdo, me has convencido —repuso ella—. Nos casaremos dentro de una semana.

Ponte velo —pidió él—. Está pasado de moda, pero me encanta.

—Claro. Iré a comprarlo esta misma tarde.

Muy bien. Te llamaré esta noche.

De acuerdo.

—Hasta luego, cariño —se despidió él y colgó. Alice dejó el teléfono,

despacio, suspirando, mientras Longfellow se la quedaba mirando.

He oído que estás prometida. Supongo que era tu novio al teléfono — comentó Longfellow.

—¿Quién te lo ha dicho?

Rick Márquez, Jon Blackhawk, Kilraven, Hayes Carson...

—¿De qué conoces a Kilraven? —preguntó Alice.

—No deja de llamarme para preguntarme por el número de teléfono que tenía el muerto. ¿Como si no tuviéramos otra cosa que hacer en el laboratorio! —Antes de hablar con él, ponte en contacto conmigo, ¿de acuerdo? —pidió Alice—. No quiero que llegue a ninguna conclusión equivocada.

—Muy bien. Oye, si quieres ir a comprar un vestido de novia, yo puedo acompañarte —se ofreció Longfellow—. Mira, aquí tengo fotos de mi boda, hace tres años. Éste es mi vestido.

¿Dónde encontraste un vestido tan precioso? —preguntó Alice.

En una pequeña tienda en el centro. Tienen cosas muy bonitas.

—¿Podemos ir después de trabajo?

—Claro que sí —dijo Longfellow, riendo. —Gracias.

Alice eligió un vestido muy bonito, con un delicado bordado en tonos pastel. Tenía un largo velo con los bordes bordados en los mismos tonos. Y no era tan caro.

—¿Por qué no sale usted en—las noticias? —preguntó Alice a la dueña de la tienda—. ¡Tiene los vestidos más bonitos del mundo!

Cuando hubieron salido de la tienda y guardado el vestido en el maletero, Alice le dio un abrazo a Longfellow.

—Gracias.

—Ha sido un placer —repuso Longfellow—. ¿Dónde viviréis?

—Tenemos un pequeño rancho —dijo Alice con orgullo—. Criaremos toros de pura raza. Pero, hasta que nos hagamos millonarios, él seguirá trabajando de capataz y yo aquí. Pediré el traslado.

—Siempre quisiste vivir en el campo —observó Longfellow.

—Sí. Y con el hombre adecuado. Por fin lo he encontrado... Sé que parece apresurado, sólo nos conocemos desde hace unas semanas...

—Mi hermana conoció a su esposo y se casaron cinco días después —dijo Longfellow—. Y ya llevan treinta y siete años casados.

Al día siguiente, Harley volvió a llamar a Alice y ella le contó lo del matrimonio de la hermana de Longfellow.

—Vaya. Treinta y siete años es mucho tiempo —observó él—. Nosotros la superaremos, ¿verdad, Alice?

—Sí —dijo ella, sonriendo.

—Seguro que te estás preguntando si he llamado al número que me diste —aventuró él tras una larga pausa.

¡Sabes leer la mente! —exclamó ella, riendo—. ¡Genial! Así, si discutimos, tú sabrás qué fue lo que me molestó y cómo arreglarlo.

Leo la mente sólo a veces, así que mejor no discutamos —dijo él—. Sí llamé a mi padre. Tuvimos una larga charla. Igual quedamos un día, con mi madre, para intentar arreglar las cosas.

—Qué bien.

No será fácil recordar el pasado pero, al menos, queremos arreglarlo. Le mencioné que nos vamos a casar.

¿Y?

—Me dijo que, si venía, atraería a todos los periodistas —respondió Harley—. Yo no quiero eso. Ni tú. Pero nos ha invitado a cenar a su casa el día que volvamos de la luna de miel.

Genial. He comprado un vestido de novia, con velo. Es precioso.

—A ti todo te queda bien, Alice.

—Gracias por el cumplido —dijo ella, riendo con suavidad.

Lo digo en serio.

Lo sé.

¿Vamos al cine mañana? Hay una película navideña que puede estar bien.

—Me apetece, sí.

—Te recojo a las seis y vamos a cenar primero, ¿de acuerdo?

—Es un buen plan.

—Ah, y después no entraré en tu apartamento, me iré a casa directamente.

—Sí, Harley, te irás a casa.

Tras una breve pausa, los dos estallaron en carcajadas.

El día de la boda estaba lloviendo. Alice llevaba un paraguas y Lisa le sujetaba la cola, mientras entraban en la iglesia, justo antes de que estallara un trueno.

Cy Parks estaba en el altar con Harley, que estaba guapísimo con su esmoquin.

Lisa se sentó. La iglesia se quedó en silencio. Alice sonrió mientras sonaba la marcha nupcial. El velo ocultó que se le estaban saltando las lágrimas y deseó que sus padres hubieran podido estar allí.

Alice caminó hasta el altar, mientras todos los ojos se posaban en ella. Harley había salido con algunas mujeres del pueblo, pero nunca había sido nada serio. Mucha gente había creído que Harley se iba a quedar soltero. Pero allí estaba, con una hermosa mujer que tenía una excelente reputación profesional. Muchos de los vecinos de Jacobsville se alegraban, además, de poder tener en el pueblo a una verdadera investigadora forense, para preguntarle todas las dudas que les suscitaban las series televisivas sobre el tema.

Alice se detuvo frente al altar y tuvo un momento de pánico. ¡Apenas se conocían! ¡Aquello era una locura! Entonces, como si hubiera sabido lo que ella estaba pensando, Harley le dio la mano y la miró a los ojos. Sonrió lleno de amor y confianza y, de golpe, Alice se relajó y sonrió también.

La ceremonia fue breve pero emotiva. Al final, Harley le levantó el velo y besó a la novia. Alice se esforzó por contener las lágrimas y lo besó también.

Salieron de la iglesia bajo una lluvia de confeti.

—Es buena idea que no haya banquete —observó Cash Grier mientras esperaban la limusina que iba a llevarlos al aeropuerto.

¿Banquete? —preguntó Alice—. ¿Por qué?

Nuestro fiscal del distrito hizo uno cuando se casó —explicó Grier—. Su esposa y él fueron a cambiarse de vestido y, en su ausencia, hubo un altercado. Uno de mis oficiales acabó con el ponche en la cabeza, otro cayó encima de la tarta de bodas y la mayoría de los invitados acabaron en la cárcel —dijo, sonriendo—. Las bodas de Jacobsville son muy curiosas.

Los dos rieron. Entonces, llegó la limusina y Cy Parks y Lisa se acercaron.

—Vuestra casa estará lista para cuando volváis —prometió Cy, estrechando la mano de Harley—. Lo habéis hecho muy bien.

—No sabes lo mucho que ha significado para mí que Lisa y tú hayáis sido los padrinos. Gracias —dijo Harley, radiante.

—Eres un buen hombre, Harley. Espero que mis hijos se parezcan a ti — señaló Cy.

—Gracias —dijo Harley, emocionado.

—Que disfrutéis de la luna de miel —dijo Cy a la pareja.

Un hombre alto, uniformado se acercó entre la multitud. Era Kilraven. Sonriente.

—Voy a dar escolta policial a la limusina hasta el aeropuerto —informó Kilraven.

—Muy amable por tu parte —repuso Alice.

—Lo digo por hacer algo, ya que no hay banquete —replicó Kilraven—. Las bodas están empezando a ser muy aburridas por aquí.

—¿Por qué no te casas tú y haces un banquete? —sugirió Cash Grier.

—¿Y hacer que las mujeres se tiren por los acantilados porque ya no estoy disponible? ¡Ni lo sueñes, Grier!

Todo el mundo rió.

Corpus Christi era un hermoso pueblo en el Golfo de México. Tenía una playa de arena blanca, gaviotas y muchas tiendecitas donde comprar recuerdos. Harley y Alice no se fijaron en nada de eso.

Cuando entraron en la habitación del hotel, miraron por la ventana a la playa. Se miraron el uno al otro.

Las ropas cayeron al suelo. Alice apartó la colcha y se metió en la cama, seguida de su flamante esposo. Entre piernas y brazos enredados, se devoraron el uno al otro con pasión.

—¿A qué estás esperando? —rugió Alice—. ¡Vuelve aquí!

—Sólo intentaba... hacerlo más fácil —comenzó a decir él.

—¡Ven aquí te digo!

Alice se arqueó, porque le dolió. Pero sólo unos segundos. Se puso tensa un momento y, enseguida, el deseo comenzó a tomar las riendas de nuevo. Ella atrajo a Harley a su lado para besarlo, borrando todas sus preocupaciones.

—Oh, vaya —comentó Alice cuando la habitación dejó de dar vueltas a su alrededor. Estaba tumbada debajo de Harley, cubierta de sudor,

estremeciéndose de placer—. ¡Una primera vez que nunca olvidaré!

—Estaba intentando no lastimarte —explicó él.

—Y te lo agradezco, pero no era necesario —repuso ella, poniéndose sobre él y besándolo—. ¡Estaba deseándolo!

Me he dado cuenta.

Alice se lo quedó mirando.

—Yo también lo estaba deseando —comentó él con diplomacia—. Eres increíble.

—Y tú —afirmó ella y suspiró. Apoyó la cabeza sobre el pecho de él—. No me extraña que la gente ya no espere a la noche de bodas.

—Algunos sí esperan.

—Aún no es de noche —le recordó Alice.

—Es verdad —replicó él, riendo.

¿Quieres que bajemos al restaurante a comer? —preguntó ella y lo besó en el pecho.

El señor Parks nos ha regalado una semana de luna de miel con servicio de habitaciones incluido. No creo que debamos ser groseros no aceptando el regalo.

Estoy muy de acuerdo —dijo ella—. Además, se me acaba de ocurrir algo que podemos hacer para hacer tiempo hasta la hora de cenar.

¿Ah, sí? —preguntó él, poniéndose sobre ella—. Muéstramelo.

Y Alice se lo mostró.

Llegaron a casa con ojeras de no dormir y con sólo un puñado de fotos del lugar donde habían estado. Lo cierto era que apenas habían visto nada que no hubiera sido el techo de su cuarto.

La casa del rancho era de una planta. Era vieja pero estaba bien conservada y tenía un porche con una mecedora. Además, acababan de darle una capa de pintura blanca.

—Es preciosa —señaló Alice—. ¡Harley, se parece a la casa en la que vivía de niña, en Floresville!

—¿Creciste en Floresville? —preguntó él mientras abría la puerta principal.

—No sabemos mucho el uno del otro, ¿verdad? —replicó ella,

mirándolo—. Así tendremos algo de lo que hablar cuando nos calmemos un poco.

Sonriendo, Harley la tomó en sus brazos y la metió en la casa.

—No tengas prisa para que eso suceda.

Alice sonrió y lo besó.

—Oh, mira —dijo ella, suspirando, cuando la dejó en el suelo.

Había rosas por todas partes. Jarrones llenos de rosas de todos los colores. Había dos mantitas hechas a ganchillo, una para cada uno, una televisión de gran pantalla, un reproductor de DVD, una consola de Xbox y varios juegos, y una cesta con fruta. En la mesa del comedor, había diversos tipos de pan y una nota que señalaba hacia la nevera. Estaba llena de comida preparada. Incluso había tarta de postre.

—Cielo santo —dijo Harley. Tomó la nota y la leyó—: «Felicitaciones y nuestros mejores deseos, de los Scott, los Park, los Steel, los Hart y los Pendleton» —miró a Alice—. ¡Los Pendleton! La madre de Jason Pendleton tiene una tienda de artesanías y sabe tejer. Apuesto a que ella nos ha hecho las mantitas a mano.

—Voy a tener que pasarme la vida escribiendo notas de agradecimiento por esto —observó Alice—. Harley, tienes muchos amigos. No me había dado cuenta —dijo y lo miró sonriente—. Vamos a ser muy felices aquí.

Harley abrió los brazos y Alice corrió a abrazarlo.

¿Tienes hambre? —preguntó él.

No hemos desayunado —repuso ella, riendo.

—¿Y de quién ha sido la culpa, señora Fowler?

Tenía hambre, pero no de comida. Bueno, no en ese momento. Ahora sí quiero comer —añadió ella, mirando la tarta que había sobre la mesa.

—Y yo. Además hay pollo frito en la nevera. Es mi plato preferido —señaló él.

—Y el mio —afirmó ella.

Mientras comían, vieron la televisión. Era una suerte que a los dos les gustaran los mismos programas. Pero no se quedaron mucho tiempo despiertos. El viaje de vuelta había sido cansado y, en muchos sentidos, había sido una semana muy larga. Cayeron dormidos profundamente.

Al día siguiente, Alice condujo a San Antonio para ver en qué estado se encontraba la investigación sobre el asesinato. Harley se fue a trabajar en

el rancho. Tenía cosas que hacer, como dar de comer y poner agua a su nuevo ganado, antes de ir a ocuparse de los del señor Parks.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Longfellow a Alice y le dio un abrazo.

—Genial —aseguró Alice—. Pero me alegro de estar de vuelta. Teníamos un montón de regalos y comida esperándonos. El señor Parks, ha reformado la casa de Harley y le ha dado un pequeño rebaño de ganado de pura raza como regalo de bodas. Además del viaje de luna de miel. ¡Eso sí que es un buen jefe!

Es sorprendente lo generoso que es —comentó Longfellow—. Teniendo en cuenta cuál era su trabajo, es un milagro que haya sobrevivido para casarse y tener hijos.

Sé a qué te refieres —replicó Alice—. ¿Sabemos algo nuevo sobre el pedazo de papel que enviamos al laboratorio?

—No. Las vacaciones, ya sabes. Y tampoco es que seamos famosos por nuestros rápidos resultados —repuso Longfellow, apretando los labios—. Oye, ¿no fuiste tú quien una vez sobornó a alguien para que trabajara más deprisa?

—Así es —admitió Alice, riendo—. Pero ahora no creo que a mi nuevo esposo le guste que haga ese tipo de cosas.

Probablemente, no.

¿Se sabe algo nuevo sobre la mujer que murió en casa del senador Fowler?

—Lo cierto es que el senador se pasó por aquí y te dejó una nota. Creo que la puse en el cajón de tu escritorio. Dijo que ibas a ser una nuera excelente...

Oops, se supone que yo no debía saber eso, ¿verdad? Alice abrió los ojos de par en par. No había pensado que se había convertido en nuera del senador de Texas. Se sentó, sin aliento.

—Vaya. No había pensado en eso.

—Tendrás contactos en los centros de poder, si alguna vez los necesitas —comentó Longfellow con malicia—. ¡Puedes usarlo para amenazar a la gente!

—Idiota —repuso Alice, riendo.

—Yo amenazaría a la gente con él —replicó Longfellow y frunció el ceño—. Sobre todo, a Jon Blackhawk.

—¿Qué te ha hecho Jon?

—Me llamó a casa a medianoche para preguntarme si tenía los resultados del laboratorio del termo que te entregó el sheriff Hayes.

—¿Por qué querrá saber eso?

—La investigadora que está trabajando con Márquez en el caso Kilraven recuerda haber visto un termo igual —señaló Longfellow.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En casa de su ex esposo —respondió Longfellow—.

¿Recuerdas el dibujo de la taza? Es bastante raro. Como si alguien lo hubiera pintado con pintura acrílica. —¿Podemos averiguar quién es el ex marido de la detective? —inquirió Alice, excitada.

—Lo he hecho ya. Murió hace unas semanas. La mujer con la que vivía no sabía nada de sus amigos ni del termo. La detective me contó que la mujer estaba tan drogada que apenas sabía en qué mundo vivía.

—Una pena.

—Sí. Y parece ser que el ex marido también estaba metido en drogas. Pobre mujer —añadió Longfellow—. La detective logró ser nombrada sargento de Homicidios gracias a su esfuerzo y perdió su ascenso cuando ayudó a Márquez a reabrir el caso Kilraven.

Alice apenas la prestó atención. Recordó lo de la nota del senador, abrió su cajón, la sacó y la leyó. El senador había hablado con el jefe de policía, quien le había prometido restablecer a la detective en el caso Kilraven. También decía que había hablado con su colega, el senador más joven, y le había advertido de que no iban a entorpecer la investigación criminal. Además, había hablado con el jefe del departamento forense y la muerte de su empleada había sido reclasificada como homicidio. Decía que esperaba haber sido de ayuda. Y le recordaba que Harley y ella estaban invitados a cenar en su casa. Les había comprado un regalo de bodas.

—Ha estado muy ocupado —comentó ella y compartió con Longfellow las cosas que el senador había hecho—. Es un hombre muy amable.

—Tienes suerte de ser parte de su familia —observó la otra mujer, riendo—. Como te había dicho... Espera un momento.

El teléfono estaba sonando. Longfellow respondió y levantó las cejas, mirando a Alice.

—¡Es muy amable por tu parte! ¡No esperábamos saber de ti tan pronto!

Sí, estoy lista —dijo Longfellow y tomó un lápiz y un papel. Anotó algo—. Sí, lo tengo. Sí. Está bien. ¡Gracias! —añadió y colgó el teléfono—. Del laboratorio del FBI —informó a Alice—. ¡Han descifrado el resto de los números del pedazo del papel que encontraste en la mano del muerto en Jacobsville! —¡De veras? ¡Déjame verlo!

Alice tomó el papel y leyó los números con el estómago encogido. Ya no había ninguna duda de a quién había ido a ver la víctima a Jacobsville. Era el número de móvil de Kilraven.

Capítulo Once

Kilraven esperaba a Alice en la comisaría de Jacobsville. Alice había ido directa a hablar con él, no quería hacerlo esperar y tampoco había querido decírselo por teléfono.

¿Y bien? —preguntó él al verla llegar.

El número que había escrito en el pedazo de papel que tenía el muerto. Es tu teléfono.

—Sabía algo sobre el asesinato —repuso Kilraven tras un momento, con ojos llenos de amargura—. Había venido a contármelo. Alguien lo supo y lo mató.

—Luego, pensaron que Dolores podía saber algo y la mataron también —añadió Alice.

—Es horrible. Pero sé que este caso va a arrojar luz sobre el otro crimen. Gracias, Alice. Te debo una.

Lo tendré en cuenta —dijo ella, sonriendo—. Tenme al corriente. Ah, otra cosa, casi lo olvido. Ese termo que encontró Hayes... la detective de San Antonio lo reconoció. ¡Pertenece a su ex marido!

Oh, vaya. Eso va a ser bastante doloroso en el pueblo.

¿Sí? ¿Por qué?

—El ex marido de la detective era tío de Winnie Sinclair.

¿Lo sabe Winnie? —preguntó Alice, atónita.

—No: Y no se lo digas —pidió Kilraven con ojos tristes—. Tendré que hacerlo yo.

—¿Era la clase de tipo capaz de asesinar a alguien?

—No lo sé. Ahora está muerto. Sus secretos murieron con él. Gracias de nuevo, Alice. Te mantendré informada, lo prometo.

Kilraven se fue y Alice se quedó pensando en lo angustiado que estaba. Quizá, al fin, conseguiría resolver el caso. Y tal vez, la pequeña Winnie Sinclair podría tener un futuro feliz. Kilraven parecía muy interesado por ella.

Alice y Harley fueron a cenar con el senador y su esposa. Al principio, estaban un poco cohibidos, pero, luego, la conversación se animó. Se

reabrieron dos viejas heridas, pero también comenzaron a curarse.

—Ha estado mejor de lo que esperaba —comentó Harley cuando ya se habían despedido—. Supongo que los tres teníamos nuestras reticencias.

—Tus padres se mostraron muy orgullosos de ti cuando les contaste lo que has hecho con tu vida —observó Alice, sonriendo.

—He crecido. Cuando empecé a trabajar para Cy Parks era un jovencito orgulloso. Pero aprendí rápido. Y sigo creciendo —afirmó él y la miró, mientras conducía—. Además, nos han hecho unos regalos muy bonitos.

—Sí. Un telescopio. Un Schmidt—Cassegrain de ocho pulgadas.

—¿Tú sabes lo que es eso?

—Claro que sí. Di un curso de Astronomía. Tengo muchos libros en mi despacho... comenzó a decir ella y se detuvo al caer en la cuenta de que el senador había estado en su despacho y los habría visto. Rió—. ¡Vaya, el senador es muy observador!

—Mi regalo tampoco está mal.

Sus padres habían regalado a Harley una montura muy adornada para usarla en los desfiles.

Tenemos que venir a verlos más —dijo ella—. La familia es importante. Sobre todo, cuando tienes poca. Además, me gustaría mucho tener hijos. Y necesitarán tener abuelos, ¿no crees?

Sí —dijo él y entrelazó su mano con la de ella—. Vamos a ser muy felices, Alice.

Alice apoyó la cabeza en el respaldo y lo miró, enamorada.

—Vamos a ser muy, muy felices, Harley —repitió ella y cerró los ojos, suspirando—. Muy felices.

Fin.